

378

CION C

90

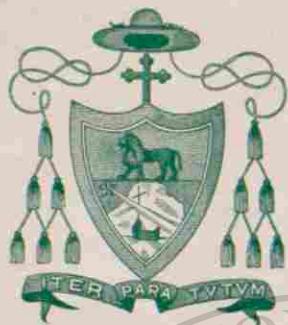
BX1378

.1

M3

c.1

09290



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Edición de "El Tiempo," diario católico de México.

EL MAGISTERIO
DE
LEON XIII.

COLECCION COMPLETA

DE
LAS ENCICLICAS
DEL
PONTIFICE REINANTE,

*Desde su exaltacion á la Sede Apostólica hasta
fines del año de 1886.*

Con Apéndices.

MEXICO.

Imprenta de "El Tiempo," de Victoriano Agüeros y Compañía,
1ª. Calle de Mesones número 20.

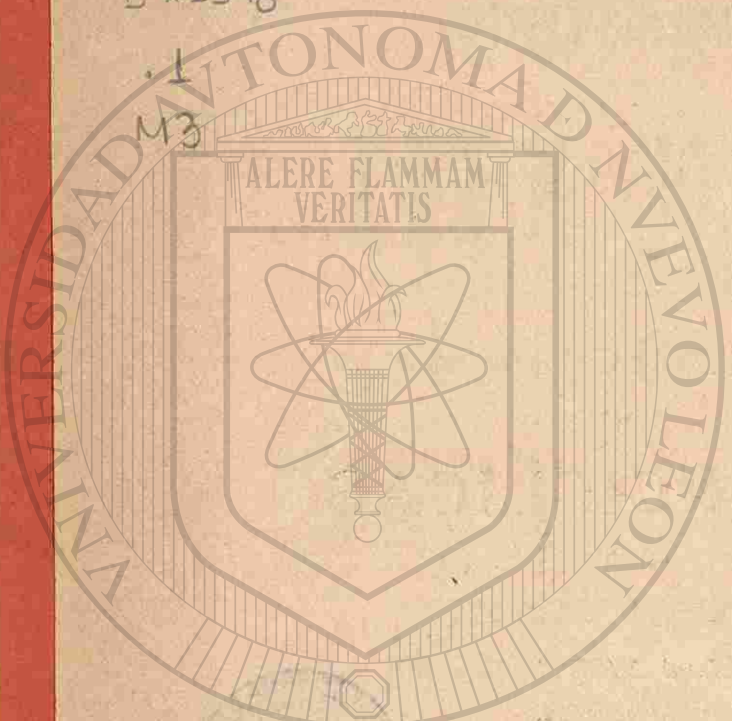
1886.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria®

45818

V
922
L
B x 1378



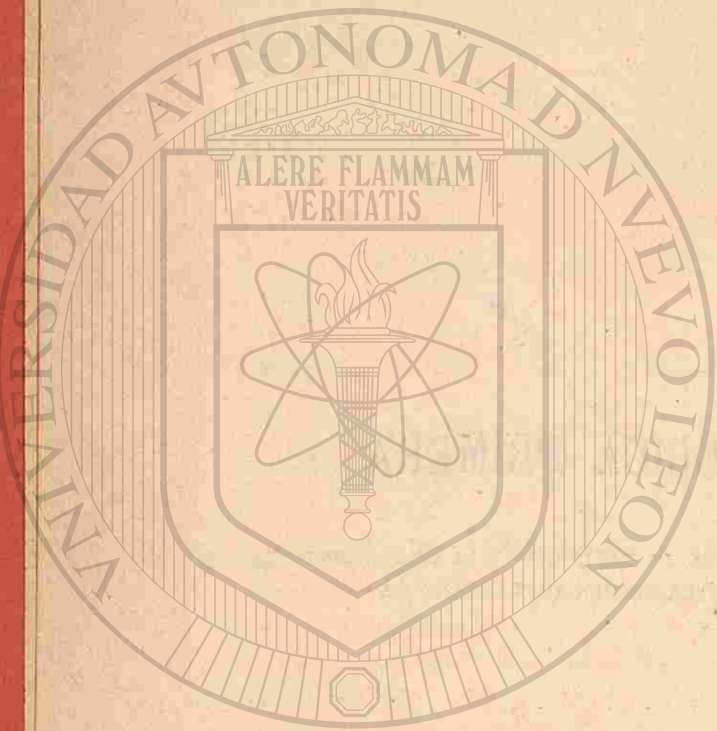
UANI

ENCICLICA PRIMERA

EN QUE SE PRUEBA LA NECESIDAD DE LA EXISTENCIA DE LA IGLESIA CATÓLICA PARA EL BIEN DE LA SOCIEDAD.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

009290



LEON XIII Y SU PONTIFICADO.

APUNTES HISTORICOS.

INTRODUCCION.

La Iglesia es la más vasta sociedad de seres inteligentes y libres, es la sociedad de las almas, es la reunión, ó más bien la *comunión* de los fieles bautizados en nombre de Jesucristo y que profesan la doctrina de Jesucristo, bajo el gobierno instituido é inspirado por El mismo para aplicar á la humanidad regenerada los méritos de la redención; formada en todas las patrias sin destruir á ninguna su dominio moral es la humanidad, su territorio material el mundo entero; sociedad de fieles alimentados con la misma sávia divina tomada de los mismos sacramentos, su Cabeza visible es el obispo de Roma, su cabeza invisible el mismo Jesucristo, el Hijo de Dios, Verbo de Dios por toda la eternidad. (1)

Contemplándola desde cualquier punto de vista, siem-

(1) P. Félix. *El progreso por medio del Cristianismo*: t. XIV, conf. 1.^a
I.

pre se nos presenta con ese orden gerárquico que tiene en el primer grado de su gerarquía al párroco, en el segundo á los obispos, en el más elevado al Romano Pontífice: en los dos flancos de esta institucion admirable van á juntarse en la misma cumbre familias religiosas y legiones apostólicas creadas para la oracion ó armadas para la conquista; y en la base de ésta pirámide de sagrados misterios millones de hombres señalados con el mismo bautismo; y todos, gobernantes y gobernados, *do centes* y enseñados llevan el nombre para siempre ilustre de *católicos*.

El fin propio de esta sociedad sobrenatural es conducir á las almas de esta vida hácia otra vida más alta, último fin y glorificación suprema del hombre: solo ella tiene las llaves del reino de los cielos. Para alcanzar esta fin cumplidamente tiene una organizacion la más adecuada: sí, la Iglesia tiene su gobierno y aún nos atrevemos á decir, apoyados en el elocuente testimonio de diez y ocho siglos, que por su unidad y disciplina, por su fuerza moral, dignidad, justicia, ciencia y conciencia de la virtud, nada tiene que envidiar á las otras potestades que dirigen el mundo. Carece de los atributos exteriores que demuestran la fuerza de las otras potestades; ni tiene boyonetas ni dispone de acorazados, ni posee cañones Krupp, y sin embargo á la menor señal hace brotar millones de héroes, verdaderas ciudades vivientes: en los primeros siglos de su vida, tres millones de mártires le conquistaron en los anfiteatros del paganismo el derecho de mostrarse á la luz del día; en los siglos creyentes de la Edad Media, con el solo llamamiento de los Papas levanta naciones enteras que en apretadas filas se oponen á la barbárie musulmana; hoy día, lo mismo que en su sangrienta cuna, encuentra voluntarios que saben morir; sus legiones de apóstoles, á costa de las penalidades y la muerte llevan la luz de la fé hasta las más remotas extremidades del globo.

En el centro de esta sociedad magnífica, en la cúspide de este monumento grandioso é imperecedero, que con la

amplitud de su base ocupa toda la tierra y con su inmensa altura toca el cielo, sobrepujando las más altas cumbres del mundo religioso; en el suelo romano, en la moderna Sion, en la Ciudad Eterna, providencialmente preparada para tan gloriosa eleccion, asentóse la Cátedra de Pedro para que permaneciese inquebrantable hasta el fin de los tiempos: de allí se ha derramado sobre el universo entero ese torrente de verdades y gracias que por cerca de diez y nueve siglos ha fecundado el campo inmenso en que se despliega bajo todas sus formas la actividad del género humano rescatado.

x

A la vez que el sucesor de Augusto, Augústul, es arrojado del trono por un bárbaro, los sucesores del rudo pescador de Galilea van á salvar el mundo, á convertir á los bárbaros, á trasformar la sociedad: muere el imperio de los Césares, y se levanta el de los Papas.

Y bien, los Papas fundan sobre las ruinas del mundo pagano las naciones modernas; protejen las ciencias, las artes, y todo linage de útiles descubrimientos; se oponen al despotismo de los reyes en pro de los intereses de los pueblos; reprueban constantemente las demasías de los poderosos; son los autores de las Cruzadas, de la Tregua de Dios, de la abolición de la esclavitud; crean en fin, la civilización cristiana con su espíritu de verdadera libertad y de verdadero progreso, con sus aspiraciones á todo lo noble y generoso, con todas sus grandezas y maravillas.

¿Cómo no recordar con entusiasmo, que excomulgando á reyes como Lotario y Felipe Augusto, conservan la santidad del matrimonio, que predicando la Cruzada contra los turcos, libertan á Europa de la barbárie, que depониendo á reyes como Enrique IV de Alemania, impiden la resurreccion del cesarismo pagano?

¿Cómo olvidar que fundan y protegen las Universidades, que contienen en lo posible las guerras y las revoluciones,

que son un freno para los príncipes y una égida para los pueblos? ¿Cómo olvidar que hay un siglo de Leon X, como hay un siglo de Augusto; que Nicolás V contribuye, aún más que el mismo Leon al progreso de las letras, que en plena Edad Media ocupa la Cátedra de San Pedro un Papa tan sabio como Gerberto? ¿Como no prosternarse ante la figura de Gregorio VII, una de las más grandes que han gobernado la Iglesia, ante la que aparecen pequeños todos los grandes génius que el mundo admira, la que hizo decir al primer Bonaparte: "Si yo no fuera Napoleon querría ser Gregorio VII?"

El solo, astro brillantísimo del cielo de la Iglesia, bastaría á iluminar con vivos resplandores la Cátedra de San Pedro, aunque no tuviese por compañeros á San Julio I, que con tanto valor defiende la fé católica entre los herejes, á San Leon el Grande, que detiene á Atila y Genserico en el camino de Roma, á Adriano IV, que resiste con la firmeza de un héroe las violencias del emperador Federico I, á Inocencio III, que eleva el trono pontificio á altísimo grado de esplendor, á Bonifacio VIII, el enérgico adversario de Felipe el Hermoso, á San Pio V, el vencedor de Lepanto, á Pio VI, el mártir de la revolucion francesa, á Pio IX, el mártir de la revolucion universal. De suerte que la obra de los Papas comienza en la Roma prostituida de los Césares y continúa hoy, á pesar de los inmensos obstáculos que encuentra en su camino. (1)

El pontificado, cual viviente fanal, no ha cesado desde San Pedro de iluminar el camino señalado á los hombres, de trazar infaliblemente los límites del círculo en que deben moverse los espíritus para quedar asegurados contra las seducciones del error; roca indestructible, el Pontificado desde San Pedro ha gozado constantemente del privilegio de prestar el apoyo considerable de su fuerza divina

(1) FERREIROA: *Leon XIII y la Situación del Pontificado*. Madrid, 1878.

á quien quiera que necesitase de su auxilio, protegiendo sin descanso al débil y al oprimido, sosteniendo á los hijos de Dios donde quiera que luchasen por el bien, dispensando el socorro de sus tesoros sobrenaturales á todos los que han tenido hambre ó sed, ya fuesen individuos, familias ó sociedades.

×

La Revolucion ha hecho creer al mundo lo contrario: lo que es luz ella lo llama tinieblas, lo que es fuerza lo denomina debilidad; y los hombres, al ménos muchos de ellos, se han dejado sorprender por esta calumnia funesta; pero su ingratitud suprema ha dado tempranos frutos, porque la peor confusion doctrinal y la más deplorable esterilidad están demostrando lo que se pierde con desconocer la verdadera luz y con repudiar la verdadera fuerza.

Existe, sin embargo, el médico que ha de curar las llagas de la sociedad moderna; es aquel que ha determinado con infalible diagnóstico el mal que ella padece, el que ha denunciado sin dudas ni vacilaciones las sustancias con que fué envenenada, el que sin cesar ha pronunciado al oído del enfermo las amenazas más rigurosas ó los más amantes reclamos; el que está presto, tan luego como el paciente quiera, á aplicar el bálsamo saludable cuyos efectos se han de sentir bien pronto; es el sucesor de esos hombres que merced á la asistencia divina salvaron en otros tiempos á la Europa de la barbárie, fundaron la república cristiana, rechazaron la invasion musulmana, extendieron por todas partes el reinado de la civilizacion y constituyeron los elementos de esa misma civilizacion; es, en una palabra, única y eminentemente el Soberano Pontífice.

Esa conviccion, arraigada en los hombres pensadores y generalizada en los pueblos, puso en expectativa al mundo á la muerte del gran Pio IX: pocos acontecimientos habrán llamado la atencion con más viveza, ni agitado lo ánimos tan profundamente, ni convidado á reflexiones más graves, ni abierto más ancho campo á conjeturas y pro-

nósticos como el fallecimiento del Pontífice mártir, porque las circunstancias en que entonces se encontraban la Iglesia y el Pontificado eran muy excepcionales. Aprovechándose la Revolución años atrás de la retirada del ejército francés que protegía á Roma, completó el curso de sus sacrilegos atentados; al mismo tiempo que los prusianos sitiaban á París, las pocas provincias que habían permanecido bajo el gobierno de la Santa Sede fueron invadidas, y al fin penetraron los piemonteses en la Ciudad Santa, por la brecha de *Porta Pia*, el 20 de Setiembre de 1870. Víctor Manuel se apoderó del Quirinal, antiguo palacio de los Papas, mientras Pío IX quedó reducido á la estrecha cárcel del Vaticano, en donde se le dejó una apariencia de irrisoria libertad. Los gobiernos protestaron con tan poca energía contra estas violencias, que su protesta solo sirvió para hacer más atrevida á la impiedad, y como la revolución continuara impeliendo al rey Víctor Manuel, éste acabó por tomar posesión el 2 de Julio de 1871 de la capital del mundo cristiano como de su propia capital. Consumada esta iniquidad que arrebató al Pontífice su patrimonio temporal, hovieron sobre Pío IX nuevas amarguras; de suerte que al pasar de esta vida á la gloria que Dios le reservara en la otra, las principales potencias europeas habían roto sus relaciones diplomáticas con el Vaticano. La triunfante Alemania, recién elevada al rango de imperio, había proclamado su *Kulturkampf*, haciendo á la Iglesia cruel persecución; Rusia, también triunfante en Turquía, amenazaba á Europa con su preponderancia á la Iglesia con sus armas, con su *nihilismo* á la sociedad; en Francia, Italia, Suiza y Austria, empezaban á hacer activa propaganda los socialistas y la dinamita había reemplazado al petróleo en sus tristes y atentatorias funciones; reinaba grande inquietud en la India y se preparaban inmensos trastornos; la eterna cuestión de Oriente tenía en expectativa á los gobiernos y á los pueblos; todo era, en fin, inquietud, zozobra, alarma, así en los dominios de la

política, como en las esferas religiosa y social. Fué, pues, una gran complicación la muerte de Pío IX y muchos creyeron llegado el momento en que debía perecer el Pontificado, y aún así se anunció en todos los tonos.

x

Pero, como dice con brillante expresión un elocuente escritor, cuando se reflexiona sobre lo presente y lo porvenir, no con las prevenciones del espíritu de partido, ni con sueños de vanas utopías, ni con el apocamiento que liga el ánimo á un pequeño círculo de espacio y tiempo, sino con la luz de una sana filosofía, la enseñanza de la historia, y sobre todo con la fé en el entendimiento y la esperanza en el corazón, se descubre algo de sorprendente y sublime en la marcha de la humanidad, descollando entre los objetos más dignos de contemplación, el poder espiritual y el dominio temporal de la Santa Sede. En los temores que tan fácilmente asaltan el ánimo del débil mortal, en aquellas ansiedades con que nos angustia la vista de un suceso turbulento, la historia desenvuelve sus magníficas páginas y nos consuela y tranquiliza. ¿Dónde está el imperio de los señores del mundo, que enviaban al suplicio á los santos Pontífices de los tres primeros siglos? No existe; y el Pontificado permanece. ¿Dónde está el imperio de aquellos reyes bárbaros que talan, devastan, incendian la Iglesia y Roma? No existe. ¿Dónde está el imperio de los sucesores de Carlo Magno, que ora apoyan, ora combaten á la Santa Sede? No existe; y el dominio de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde está la obra revolucionaria de Arnaldo de Brescia y su restablecimiento de la antigua república en Roma? Disipóse como el humo; y aún dura el Pontificado. ¿Dónde están esas repúblicas de Italia que se prometían la inmortalidad á la sombra de la libertad y de la independencia? No existe; y la soberanía de la Santa Sede ha llegado hasta nuestros días. ¿Dónde están las fundaciones políticas, los establecimientos dinásticos de Carlos V, de Francisco I, de Felipe II y de sus sucesores? Se disiparon;

y la soberanía temporal de la Santa Sede ha durado hasta el siglo XIX. ¿Dónde están las obras de los generales de la república francesa, dónde las de Napoleon, las repúblicas, los reinos, las confederaciones que diseñaba con la punta de la espada el irresistible vencedor? No existe; y la soberanía incomparable de los sucesores de Pio VI y Pio VII dura todavía. Esto en Italia: ¿y qué ha sucedido en el resto del mundo? ¿Pueden contarse las formas políticas que han caducado, las dinastías que han perecido, los reyes que han sucumbido, las repúblicas que han perdido su libertad, las nacionalidades que han muerto, los imperios que se han desplomado? Y sin embargo, en Roma, combatida por el error, las pasiones y los potentados, dura la Santa Sede; en Roma, asolada por los bárbaros, tomada por los emperadores de Alemania, asaltada por las tropas de Carlos V, sometida por la república francesa, sojuzgada por Napoleon, agitada por los carbonarios, en esa Roma de 1846, al advenimiento de Pio IX, la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía; y si al fin del reinado de tan glorioso Pontífice los sacrilegos piamonteses huellan con su grosera planta el sagrado recinto del Quirinal, como lo hollaron los soldados de Radet en 1809, y convierten en Prisionero á Pio IX como convirtieron en mártires á Pio VI y Pio VII; no pueden acabar con la admirable institucion del Pontificado: grande enseñanza para no aplicar á *Roma capital* en lo futuro el argumento de analogía sin mucha cautela, sin numerosas correcciones; grande enseñanza que suspende el ánimo y lo pone sobre sí, para considerar que hay en Roma algo singular, que hace fallar los cálculos de la política humana; grande, convincente enseñanza, pues no se funda en utopias sino en hechos, los que si parecen acaso sueños de poética fantasía, son una incontestable realidad histórica.

x

Y bien: en nuestros días, en estos supremos momentos en que la revolucion, semejante á rio desbordado todo lo

inunda, ¿quién la contiene, quién es capaz de contenerla? ¿quién impide su crecimiento, quién la opone fortísimo dique? El Papa y solo el Papa.

La inspiracion de lo Alto no deja un solo momento de asistir á la Iglesia Católica y á su Cabeza visible, porque les acompañan las promesas divinas, con las cuales el Pontificado continúa y continuará viviendo próspero, lozano y floreciente: por lo mismo, cuando uno de sus héroes desaparece de la escena del mundo, para entrar en la gloria perdurable, el Espíritu Santo designa otro que le sustituya, para que se continúe en la nueva Jerusalem el reinado de Dios, siempre idéntico á sí mismo y adecuado siempre á las circunstancias y á los tiempos.

Así, ¡después de Pio IX viene Leon XIII!

Quizás se pueda emplear aquí un dicho del conde de Maistre: esto no es un acontecimiento es una época. Meditemos sobre ella sin prevencion, sin pasiones, con amor á la verdad: nos presenta un espectáculo magnífico, con una novedad que asombra, una complicacion que aturde, una magnitud que anonada; hay en él algo que entusiasma y arredra. Para describir, si quiera sea á grandes rasgos, la vida de éste Pontífice, para apreciar debidamente su gloriosa empresa, necesitariase la poética inspiracion del Dante al celebrar el jubileo universal de 1600 y la profundidad de pensamiento de Bossuett al escribir su Discurso sobre la Historia Universal; necesitariase la brillante pluma de los escritores ascéticos españoles del siglo XVI, porque en esta vida preciosa, en este glorioso Pontificado, salen al paso la historia con sus lecciones, la experiencia con sus desengaños, el porvenir con sus nubes, la sociedad con sus necesidades, la revolucion con sus exigencias, lo antiguo que se cae á pedazos lo nuevo que lo invade, que amenaza, que á veces se desborda; la fé con sus firmezas, la esperanza con sus consoladores destellos, la caridad con sus divinos resplandores, que derrama sobre la humanidad bál-

samo saludable; la virtud en todas sus manifestaciones, las más altas, las más puras y radiantes!

Veámos, pues, cómo hoy mismo continúa siendo el Pontificado el eje al rededor del cual giran todos los sucesos; el foco de donde brotan rayos de luz en todas direcciones; la cabeza que dirige al universo católico é influye de manera decisiva en el resto del mundo.

Veámos cómo se desarrolla en el espacio y el tiempo la acción inmortal de la Providencia en su Iglesia, al crecer y desarrollarse en el tiempo y en el espacio la vida vigorosa y llena de plenitud de Leon XIII, la obra colosal y admirable de su Pontificado, que ilumina con divinos resplandores todos los horizontes de la historia contemporánea.

Pero antes de contemplar al sacerdote y al Pontífice veámos al hombre.

PRIMERA PARTE.

I.

VICENTE JOAQUIN PECCI.—SUS PRIMEROS ESTUDIOS. SUS TRIUNFOS ESCOLARES.

Es Carpinetto un pueblo de la diócesis de Anagni, perteneciente á los antiguos Estados de la Iglesia, de unos 3,500 habitantes, situado en el valle del torrente Fosso, sobre una estribación de los Apeninos y al pié del monte Capreo.

Las calles de este pueblo son estrechas, inclinadas y tortuosas, las casas bajas y de miserable aspecto, amontonadas á veces hasta interrumpir la vía, obligan al transeunte á pasar por unos senderos oscuros y angostos cual si fuesen socavones. En dicha población vivían á principios de este siglo los condes Luis Pecci y Ana Proserpi, ambos de noble estirpe, descendientes de una antigua familia de Siena establecida en Carpinetto hácia el siglo XV. La mansión señorial de los Pecci, sita en la calle últimamente llamada de Cavour (porque hasta en Carpinetto hay calle de ese nombre), puede pasar muy bien por un palacio y descuella en el cuadro de miseria que la rodea. (1) En

(1) Hé aquí como describía un corresponsal del *Figaro* de Paris el interior de la casa de los condes de Pecci, en 1873, pocos dias despues de la elección de Leon XIII.

“..... El departamento de Leon XIII, situado en el primer piso, está amueblado á la antigua, con cierta riqueza aunque sin os-

samo saludable; la virtud en todas sus manifestaciones, las más altas, las más puras y radiantes!

Veámos, pues, cómo hoy mismo continúa siendo el Pontificado el eje al rededor del cual giran todos los sucesos; el foco de donde brotan rayos de luz en todas direcciones; la cabeza que dirige al universo católico é influye de manera decisiva en el resto del mundo.

Veámos cómo se desarrolla en el espacio y el tiempo la acción inmortal de la Providencia en su Iglesia, al crecer y desarrollarse en el tiempo y en el espacio la vida vigorosa y llena de plenitud de Leon XIII, la obra colosal y admirable de su Pontificado, que ilumina con divinos resplandores todos los horizontes de la historia contemporánea.

Pero antes de contemplar al sacerdote y al Pontífice veámos al hombre.

PRIMERA PARTE.

I.

VICENTE JOAQUIN PECCI.—SUS PRIMEROS ESTUDIOS. SUS TRIUNFOS ESCOLARES.

Es Carpinetto un pueblo de la diócesis de Anagni, perteneciente á los antiguos Estados de la Iglesia, de unos 3,500 habitantes, situado en el valle del torrente Fosso, sobre una estribacion de los Apeninos y al pié del monte Capreo.

Las calles de este pueblo son estrechas, inclinadas y tortuosas, las casas bajas y de miserable aspecto, amontonadas á veces hasta interrumpir la vía, obligan al transeunte á pasar por unos senderos oscuros y angostos cual si fuesen socavones. En dicha poblacion vivian á principios de este siglo los condes Luis Pecci y Ana Proserpi, ambos de noble estirpe, descendientes de una antigua familia de Siena establecida en Carpinetto hácia el siglo XV. La mansion señorial de los Pecci, sita en la calle últimamente llamada de Cavour (porque hasta en Carpinetto hay calle de ese nombre), puede pasar muy bien por un palacio y descuella en el cuadro de miseria que la rodea. (1) En

(1) Hé aquí como describía un corresponsal del *Figaro* de Paris el interior de la casa de los condes de Pecci, en 1873, pocos dias despues de la eleccion de Leon XIII.

“..... El departamento de Leon XIII, situado en el primer piso, está amueblado á la antigua, con cierta riqueza aunque sin os-

aquella noble morada, que acusa esplendor y grandeza, nació el actual Pontífice, hijo de dichos condes, el 2 de Marzo de 1810, á la sazón que la Iglesia vestía luto por el cautiverio de Pio VII en Fontainebleau.

Este niño recibió en el bautismo los nombres de Vicente Joaquín, y con el primero de ellos lo llamó siempre su madre, pero él mismo lo cambió por el segundo al terminar posteriormente sus estudios.

Cuando solo contaba 8 años de edad el joven Pecci, fué enviado por su hermano mayor, José, al colegio de los jesuitas de Viterbo, donde bajo la sabia dirección del padre Leonardo Garibaldi estudió con notable aprovechamiento gramática y humanidades. Muerta en 1824 su madre Ana, se trasladó á Roma, para continuar sus tareas escolares: establecióse primero, bajo la custodia de un tío suyo, en el palacio del Marqués Muti, despues en el celebre Colegio Romano, recién restituido á los jesuitas por el Papa Leon XII, donde tuvo por maestros á los padres Fernando Minimi y José Bonvicini, célebres ambos por su saber y virtudes.

tentación. Seguramente muy poco se entra á él, pues al abrir la puerta se nota ese olor de humedad y de moho propio de los cuartos deshabitados.

"En la ante-cámara se ven un retrato de Pio VI y varias estampas. En el salón están los retratos de familia, entre los cuales encontré el del Papa vestido de cardenal. Su semblante un poco afeminado, es risueño, joven todavía, amable y de una belleza sorprendente. Al envejecer, los rasgos de la fisonomía se han acentuado, pero guardan siempre ese aire de afabilidad que hace al nuevo pontífice tan simpático para cuantos lo conocen.

"El padre del Papa, Luis Pecci, está allí también, vestido con el uniforme de coronel francés *ad honorem*, lo mismo que el de su madre, Ana Proserpi: es una hermosa figura de patricia.

"En el cuarto de dormir hay un modesto lecho de fierro, mal adornado, á cuya cabeza está un crucifijo de plata sobre fondo rojo.

"A un lado se encuentra una pequeña capilla de familia, como las que hay en todas las casas nobles de Italia; el cardenal Pecci, cuando residía aquí, celebraba en ella la misa.—Por último, en el segundo piso hay cuartos y salones que nada tienen de notable.

"Las tumbas de la familia Pecci están en la Iglesia de los Capuchinos. Cuando yo la visité, el gran catafalco levantado para las honras de Pio IX: las cubría á todas."

Por espacio de tres años estudió el joven Pecci la filosofía en dicho colegio, teniendo por maestros á los padres Juan Bautista Piacini, sabio ilustre y sobrino de Leon XII, y al padre Andrés Caraffa, matemático célebre. Allí "dió pruebas de eximio talento, dice el biógrafo Cenni, (1) no solo en la parte racional de la filosofía, sino en las demás, como lo demuestra el haber obtenido el primer premio de física y química y el primer accésit de matemáticas, en 1828."

x

El paisaje que rodea á Carpineto, agreste y de primitiva rudeza, un tanto suavizada por sus magníficos bosques de castaños, la montaña que lo domina y el torrente que á sus piés se precipita; aquellos sitios impregnados de la severa majestad de la naturaleza, la vida austera de los campos y la sencillez y piedad de los condes de Pecci, tal vez contribuyeron en no escasa medida á desarrollar en el alma del joven Pecci la tendencia á la austeridad y el gusto de lo bello, haciendo nacer en su corazón sentimientos grandes y nobles, santas aspiraciones hácia la verdad y el bien. Ello es que en la edad de los peligros, en que los jóvenes entreveen el mundo bajo un prisma de doradas ilusiones, cuando "la vida parece desbordarse como torrente que sale de su cauce", el futuro Pontífice por su sólida piedad, por sus excelentes costumbres, modestia angelical y asidua aplicación al estudio, crecía en las ciencias al par que en las virtudes.

Un discípulo suyo, decía en carta particular lo siguiente: "Puedo asegurar que en tanto que estuvo en Viterbo (el joven Pecci), todos admiraban su viva inteligencia y más todavía la singular pureza de sus costumbres. Habiéndole tratado en la escuela de humanidades, donde éramos rivales, me complacia en observar su alma tan viva y tan inteligente. En sus estudios en Roma no tuvo

(1) *La Civiltà Cattolica*, año de 1878.

compañías, ni diversiones, ni juegos. Su mesa de trabajo era todo su mundo, profundizar las ciencias su paraíso. Desde los doce ó trece años escribía latín en prosa y verso con facilidad y elegancia sorprendentes.

Apartado del mundo que no tenía para él mayores atractivos, entregábase con delicia á la contemplación y al recogimiento del santuario, fortaleciendo así la vocación que tenía para servir á Dios en el santo ministerio sacerdotal. Por esto comenzó con ardor los estudios eclesiásticos, una vez terminada la filosofía, teniendo por maestros en los cuatro años consagrados á aquellos, á los afamados padres Juan Perrone, Francisco Manera, Miguel Zechilleli, Cornelio Van Everbrek y el venerable y sabio exegeta Francisco Javier Patrizzi. Estudiando teología fué encargado de dar repeticiones de filosofía á los alumnos del Colegio Germánico, cargo que solo se confiaba á personas de inteligencia superior y vasta instrucción.

En 1830, á la sazón que estudiaba tercer año de sagrada teología, sostuvo públicamente con gran talento una tesis, según consta de la siguiente nota conservada en los registros del Colegio:

"Vincentius Pecci de selectis quaestionibus ex tractatu de Indulgentiis, nec non de Sacramentis Extremae Unctionis atque Ordinis, in aula collegii maxima, publice disputavit, facta omnibus, in frequenti Praesulum aliorumque insignitum virorum corona, post tres designatos, arguendi potestate. In qua disputatione idem adolescens tale ingenii sui specimen praebuit ut ad altiora proluere visus sit."

Y en la lista de premiados del mismo año, antes del anuncio del primer premio en teología, obtenido por el estudiante Pecci, se leen estas palabras:

"Inter theologiae academicos, Vincentius Pecci strenue certavit de Indulgentiis, in aula maxima, coram doctoribus collegii, aliisque viris doctrina spectatissimis. Quum vero in hac publica exercitatione, academico more peracta, indus-

trius adolescens non parvam ingemi vim et diligentiam impenderit, placui ejus nomen honoris causa hic rescensere."

Al año siguiente, esto es, cuando solo contaba 21 de edad, terminó sus estudios teológicos y recibió el grado de doctor. Inmediatamente entró á la Academia de Nobles eclesiásticos, verdadero semillero de Prelados notables, en donde se estudia sobre todo el derecho y la diplomacia. Allí se distinguió, como siempre, entre sus compañeros no solamente por su clara inteligencia sino por su vida ejemplar: él y el duque Sixto Ricario Sforza, que después fué cardenal arzobispo de Nápoles, fueron por entonces los dos modelos de aquellos numerosos escolares.

Entonces fué también cuando el cardenal José Antonio Sala, personaje ilustre por su doctrina y su ardiente celo, empleado en bien de la Iglesia, distinguió al joven Pecci, que ya no llevaba el nombre de Vicente, por haberlo sustituido con el de Joaquín, que también recibió en el bautismo: de tan insigne príncipe de la Iglesia recibió excelentes consejos que le ayudaron á perseverar en el buen camino.

II.

MONSEÑOR PECCI, DELEGADO APOSTOLICO.—SU
NUNCIATURA EN BRUSELAS.

Una vez graduado Pecci de doctor en derecho civil y canónico, Gregorio XVI, que lo tenía en alta estima, nombrólo Prelado doméstico y Refrendario de la *Signatura* en 16 de Marzo de 1837. El 23 de Diciembre del mismo año, Monseñor Pecci, que había ya recibido las órdenes sagradas en la capilla de San Estanislao Kostka de San Andrés del Quirinal, fué ordenado Presbítero, en la capilla del Vicariato, por el cardenal príncipe Carlos Odescalchi, célebre por haber abandonado la púrpura cardenalicia para vestir la humilde sotana de los hijos de Loyola.

Poco despues de haber dicho su primera misa el jóven presbítero, Gregorio XVI, á quien no se ocultaban sus relevantes prendas de carácter y talento, lo envió en calidad de Delegado apostólico, sucesivamente á Benevento, Spoleto y Perugia, cargo equivalente al de gobernador civil de dichas provincias, en el cual representaba al Soberano Pontífice en sus funciones de Jefe temporal de los Estados de la Iglesia. Y aquí es donde verdaderamente empieza la vida pública de Joaquín Pecci, y empieza bajo brillantísimos auspicios, porque el nuevo gobernador desplega tantos talentos, tantas y tan raras cualidades, tal celo, en fin, en el desempeño de su cargo, que pronto se conquista la estimación pública, pareciendo más bien administrador experto que principiante en el difícil arte de gobernar.

En efecto, el jóven y austero sacerdote, sabio y moderado, pero firme, hábil, enérgico y á la vez generoso y probo no se detiene ante ningún obstáculo para corregir abusos: cuando llegó á Benevento estaba assolada la provincia por el bandolerismo, y él restablece el orden y devuelve á sus habitantes la perdida tranquilidad, teniendo para esto que luchar abiertamente con los más poderosos señores del país que daban abrigo á los facinerosos aún en sus propios castillos. Comienza por obtener del gobierno pontificio un empleado inteligente que organiza las aduanas. Ve en seguida al rey de Nápoles, le participa sus propósitos y lo decide á adoptar severas disposiciones; asegúrase despues de la buena disposicion de los carabineros y demás tropa y pone manos á la obra. Se hace necesario librar combates en regla y perseguir á los bandidos hasta en los mismos castillos en que se atrincheraban para destruir sus madrigueras.

El más poderoso protector de los bandoleros, preséntase un dia á Mons. Pecci y le dice:

—Parto para Roma, veré al cardenal Tal, y no tardaré en volver con la órden para expulsaros.

Monseñor Pecci, sin conmoverse, contesta:

—Está bien, pero todavía ocuparé este puesto tres meses, porque en todo ese tiempo voy á teneros en la cárcel.

Ejecutada la sentencia, el castillo del audaz y opulento señor fué tomado por asalto. El pueblo, lleno de gozo, aclamó con entusiasmo la energía del Delegado, quien en poco tiempo dejó limpia de malhechores la provincia; por lo cual el Papa felicitó cordialmente á Mons. Pecci, y Fernando II le suplicó fuese á Nápoles á recibir los homenajes de su régia consideracion.

Una enfermedad seria amenazó por entónces su existencia, y el clero y fieles de la provincia hicieron rogativas públicas, se organizaron procesiones de penitencia, en las que caminaban aquellos descalzos y con la cabeza descubierta, para impetrar del Cielo la salud de su Gobernador.

En Perugia, á donde pasó despues, dictó iguales providencias y obtuvo idénticos resultados, siendo de notarse que en esta poblacion, de unas 20,000 almas, llegaron las cárceles á estar vacías durante la administracion de Mons. Pecci: tanta era la eficacia desplegada en la aplicacion de las leyes. En esta capital tuvo la alegría de recibir el 25 de Setiembre de 1841 al Padre Santo, que hacia la visita de los Estados Pontificios. Deseando el Papa recompensar los méritos y servicios de Monseñor, nombrólo Arzobispo de Damietta *in partibus infidelium*, en el Consistorio de 20 de Enero de 1843, para enviarle con carácter de inter-Nuncio á Bruselas.

El 19 de Febrero del mismo año fué consagrado en Roma por el cardenal Lambruschini, en la iglesia de San Lorenzo *in panisperna*. Estaba próximo á cumplir 33 años cuando fué promovido al Episcopado.

Mons. Pecci llegó á Bruselas el 6 de Abril de 1843. De cómo desempeñó el inter-Nuncio su encargo es elocuente testimonio, el amor, la veneracion que aún se le profesa

en Bélgica. Protegía en dicha nación los institutos de caridad, las escuelas y universidades católicas, todo lo grande, generoso y benéfico; su actividad incansable permitióle recorrer las poblaciones, presidir los actos religiosos, visitar los establecimientos católicos, dejar donde quiera huellas de su celo por el bien de las almas, y particularmente de los desdichados.

Visitaba con frecuencia el célebre colegio de *Jette-Saint Pierre*, de Bruselas, pero debe mencionarse entre las comunidades que merecieron su predilección, en primer lugar la Casa del Sagrado Corazón. Las instituciones de enseñanza católica atraían irresistiblemente al joven inter-Nuncio, que no se desdenaba de ocuparse aún en los más menudos detalles relativos á la educación de la juventud, y como era tan vasta su instrucción y su ilustración tan notoria, en todas partes recibía de la juventud estudiosa homenajes de respeto y admiración ardientes.

El 29 de Julio de 1843 se verificaron en la Universidad católica de Lovaina algunos ejercicios para grados y promociones en teología y derecho canónico, á los cuales asistió Mons. Pecci en compañía del Ilmo. Sr. Obispo de Nancy, y recibió allí, de un alumno que hablaba en nombre de sus compañeros, calurosas muestras de simpatía y veneración.

El 6 de Mayo de 1844, asistió en Brujas á la procesion de la Santa Sangre, con el Sr. Obispo de Gante, y dió al pueblo su bendición con la preciosa reliquia. Entónces inscribió su nombre, él mismo, en los registros de esta Cofradía.

El domingo de la Santísima Trinidad, 2 de Junio del mismo año, presidió en Bruselas la célebre procesion del centenario de Nuestra Señora de la Capilla, en medio de una afluencia excepcional de fieles. En el colegio de San Miguel, encomendado á la dirección de la Compañía de Jesús, varias veces distribuyó premios á los alumnos y confirió las sagradas Ordenes á muchos jóvenes profesores.

Lovaina, Gante, Brujas, Lieja, Namur y otras poblaciones de Bélgica, conservan gratos recuerdos del inter-Nuncio. El enviado de Gregorio XVI aprovechaba estos viajes para difundir en todas partes el espíritu católico, y estudiaba con empeño el carácter, las costumbres, las tradiciones nacionales y los diversos aspectos de estos pueblos tan diferentes de Italia; tal vez con idéntico objeto viajó también por Holanda y las orillas del Rhin. Así, el conocimiento de otros usos y costumbres iba preparando el espíritu de Monseñor, para unir más tarde á la inflexibilidad doctrinal esos sábios temperamentos que usados con discreción por el Pastor Supremo de las almas mantienen y fomentan en ellas la gracia.

Leopoldo I, que por entónces gobernaba la nación belga, estimaba cordialmente á Mons. Pecci, quien no há mucho decía á un obispo belga:

—“Conocí bastante al padre de vuestro rey actual y á su piadosa madre. Frecuentemente he sido recibido en amable intimidad por la familia real, y he tenido en mis brazos al pequeño Leopoldo (el rey actual) duque de Bravante. Aun me acuerdo de que la reina María Luisa, que era tan buena cristiana, me pedía mi bendición para su primogénito de ocho ó nueve años, el cual tiene la dicha de ser un buen rey. Muchas veces le bendije con esta esperanza.”

La vida tan activa que llevó Monseñor y algo tal vez el rigor del clima, alteraron profundamente su salud, por lo cual se vió obligado á solicitar su relevo. Leopoldo I lo sintió vivamente y por decreto de 1º de Mayo de 1846 le confirió el gran Cordon de su Orden, testificándole así “su estimación y benevolencia particulares.” Despues le recomendó pusiera en manos del Papa un pliego cerrado que le entregó al efecto. Preguntó Monseñor si urgía llevarlo á Su Santidad, pues ántes de regresar á Roma deseaba visitar una parte de Europa con objeto de estudiar sus instituciones, como lo había hecho en Bélgica y Holanda.

—Basta, monseñor, contestó el rey, que al volver á Roma pongais vos mismo el pliego en manos del Papa.

Cuando Mons. Pecci volvió á la capital del mundo cristiano, Gregorio XVI, despues de enterarse de la carta real le dijo:

—El rey de los belgas elogia vuestro carácter, vuestras virtudes, vuestros servicios y pide para vos una cosa que os concederé, sí, de buen grado: la púrpura.....Pero hé aquí que una diputacion de Perusa ha venido á pedirme os confie el gobierno de ésta diócesis; aceptad la silla de Perusa, que pronto recibireis el capelo.

El 19 de Enero de 1846 fué, en efecto, preconizado Mons. Pecci Arzobispo-Obispo de Perusa, y creado al mismo tiempo cardenal de la Santa Iglesia Romana, aunque reservado *in-petto*. La muerte del Papa, la eleccion de Pio IX y los sucesos extraordinarios acaecidos en los primeros años de este laborioso Pontificado, fueron causa de que se retardase la entrada de Mons. Pecci en el Sacro Colegio hasta el Consistorio de 25 de Diciembre de 1853, en el cual publicó Pio IX *únicamente* un Cardenal, el del título de San Crisógono, JOAQUIN PECCI, Arzobispo-obispo de Perusa.

III.

32 AÑOS DE EPISCOPADO.—ADMINISTRACION DEL ARZOBISPO-OBISPO DE PERUSA.

El ilustre Arzobispo-obispo de Perusa hizo su entrada solemne en la ciudad el 26 de Julio de 1846, dia en que la Iglesia celebra á Nuestra Señora Santa Ana, elegido por él en recuerdo piadoso de la condesa Ana Prosperi, su madre; y solo se separó de su diócesis por breve tiempo, hasta el año de 1877 en que fué nombrado Camarlengo.

Estos 32 años de episcopado en Perusa fueron realmen-

te dignos de uno de aquellos obispos de los primitivos tiempos de la Iglesia. Pudiera escribirse un grueso volúmen solo para relatar las obras que llevó a cabo en este periodo glorioso de su vida Mons. Pecci; pero en estos apuntes solo cabe breve é incompleta enumeracion de ellas.

Así, en 1848 reforma por completo el Seminario, para volver á abrirlo bajo nueva forma de disciplina. En 1850 asiste al feliz hallazgo del cuerpo de Santa Clara, en Asís. En 51 funda la Congregacion tutora de los lugares píos, funda y abre el santuario del Puente de la Piedra, cerca de Perusa, en honor de la prodigiosa imágen de María, Madre de la Misericordia. En 54, con motivo de las públicas necesidades por escasez de víveres, dá caritativas disposiciones que remedian en gran parte á su pueblo. Al año siguiente llama y establece en Perusa á los Hermanos de la Misericordia, de Bélgica, como directores de la Casa de huérfanos, corona solemnemente la imágen de María Santisim de las Gracias en su catedral, y abre para los jóvenes que están en peligro el Conservatorio de la Obra pía Graziani, llamando para que lo dirijan á las Hermanas de la Divina Providencia, de Bélgica. En 56 bendice é inaugura un nuevo Asilo de mujeres, para enfermas crónicas. Al año siguiente abre el Gineceo Noble de Santa Ana, encomendándolo á las Hermanas del Sagrado Corazon. En 58 instituye los llamados *Jardines de San Felipe Neri*, para enseñar el catecismo á los niños en los dias festivos y alejarlos del juego y de la disipacion. En 59 inaugura la Academia científica de Santo Tomás de Aquino, para promover el estudio de la escolástica. En 69 instituye la Obra pía para redimir á los clérigos del servicio militar. En 71 celebra entre los rendidos homenajes y fiestas del pueblo y del clero, el año 25° de su Episcopado. En 72 consagra solemnemente la ciudad y diócesis al Sagrado Corazon de Jesus, prévia la publicacion de una Pastoral, organiza y ordena las instrucciones catequísticas en las iglesias de la ciudad. En 73 funda la Asociacion Pía de San Joaquin pa-

—Basta, monseñor, contestó el rey, que al volver á Roma pongais vos mismo el pliego en manos del Papa.

Cuando Mons. Pecci volvió á la capital del mundo cristiano, Gregorio XVI, despues de enterarse de la carta real le dijo:

—El rey de los belgas elogia vuestro carácter, vuestras virtudes, vuestros servicios y pide para vos una cosa que os concederé, sí, de buen grado: la púrpura.....Pero hé aquí que una diputacion de Perusa ha venido á pedirme os confie el gobierno de ésta diócesis; aceptad la silla de Perusa, que pronto recibireis el capelo.

El 19 de Enero de 1846 fué, en efecto, preconizado Mons. Pecci Arzobispo-Obispo de Perusa, y creado al mismo tiempo cardenal de la Santa Iglesia Romana, aunque reservado *in-petto*. La muerte del Papa, la eleccion de Pio IX y los sucesos extraordinarios acaecidos en los primeros años de este laborioso Pontificado, fueron causa de que se retardase la entrada de Mons. Pecci en el Sacro Colegio hasta el Consistorio de 25 de Diciembre de 1853, en el cual publicó Pio IX *únicamente* un Cardenal, el del título de San Crisógono, JOAQUIN PECCI, Arzobispo-obispo de Perusa.

III.

32 AÑOS DE EPISCOPADO.—ADMINISTRACION DEL ARZOBISPO-OBISPO DE PERUSA.

El ilustre Arzobispo-obispo de Perusa hizo su entrada solemne en la ciudad el 26 de Julio de 1846, día en que la Iglesia celebra á Nuestra Señora Santa Ana, elegido por él en recuerdo piadoso de la condesa Ana Prosperi, su madre; y solo se separó de su diócesis por breve tiempo, hasta el año de 1877 en que fué nombrado Camarlengo.

Estos 32 años de episcopado en Perusa fueron realmen-

te dignos de uno de aquellos obispos de los primitivos tiempos de la Iglesia. Pudiera escribirse un grueso volúmen solo para relatar las obras que llevó a cabo en este periodo glorioso de su vida Mons. Pecci; pero en estos apuntes solo cabe breve é incompleta enumeracion de ellas.

Así, en 1848 reforma por completo el Seminario, para volver á abrirlo bajo nueva forma de disciplina. En 1850 asiste al feliz hallazgo del cuerpo de Santa Clara, en Asís. En 51 funda la Congregacion tutora de los lugares píos, funda y abre el santuario del Puente de la Piedra, cerca de Perusa, en honor de la prodigiosa imágen de María, Madre de la Misericordia. En 54, con motivo de las públicas necesidades por escasez de víveres, dá caritativas disposiciones que remedian en gran parte á su pueblo. Al año siguiente llama y establece en Perusa á los Hermanos de la Misericordia, de Bélgica, como directores de la Casa de huérfanos, corona solemnemente la imágen de María Santisim de las Gracias en su catedral, y abre para los jóvenes que están en peligro el Conservatorio de la Obra pía Graziani, llamando para que lo dirijan á las Hermanas de la Divina Providencia, de Bélgica. En 56 bendice é inaugura un nuevo Asilo de mujeres, para enfermas crónicas. Al año siguiente abre el Gineceo Noble de Santa Ana, encomendándolo á las Hermanas del Sagrado Corazon. En 58 instituye los llamados *Jardines de San Felipe Neri*, para enseñar el catecismo á los niños en los dias festivos y alejarlos del juego y de la disipacion. En 59 inaugura la Academia científica de Santo Tomás de Aquino, para promover el estudio de la escolástica. En 69 instituye la Obra pía para redimir á los clérigos del servicio militar. En 71 celebra entre los rendidos homenajes y fiestas del pueblo y del clero, el año 25° de su Episcopado. En 72 consagra solemnemente la ciudad y diócesis al Sagrado Corazon de Jesus, prévia la publicacion de una Pastoral, organiza y ordena las instrucciones catequísticas en las iglesias de la ciudad. En 73 funda la Asociacion Pía de San Joaquin pa-

ra eclesiásticos indigentes. En 75 promueve y amplía la Tercera Orden de San Francisco en la diócesis.

x

Tres revoluciones presenció el obispo de Perusa, que no poco lo hicieron padecer: la de 1848, que duró casi un año, la de 1859, que terminó con la toma de Perusa por las tropas pontificias y la del Otoño de 1860, ó sea la invasión de las hordas piemontesas. En todas ellas se mostró á gran altura, firme, caritativo, prudente, pero celoso de su dignidad y del respeto debido á su persona. En 1848 prefirió sufrir duros tratamientos ántes que doblegarse á las injustas pretensiones de los secuaces de Mazzini.

Aunque siempre dió pruebas de moderacion en sus relaciones con los funcionarios del llamado reino de Italia, hasta el punto de ser acnsado por algunos enemigos suyos de debilidad, nunca perdió de vista que era Cardenal de la Santa Iglesia y que su diócesis formaba parte de los Estados Pontificios: jamás dejó, por tanto, de defender enérgicamente el poder temporal de la Santa Sede contra "los tenebrosos designios y sacrílegas maquinaciones de sus conculcadores."

A raíz de los acontecimientos de 1859, Mons. Pecci dirigió al ilustre Pio IX el siguiente mensaje:

SANTÍSIMO PADRE:

El Cardenal Arzobispo de Perusa y el Cabildo entero de su Catedral, profundamente conmovidos ante los acontecimientos impíos y sacrílegos que cada día se verifican contra la Santa Sede, tienen la honra de depositar á los piés de Vuestra Santidad este afectuoso tributo de su obediencia filial y de su adhesión.

Ellos sienten vivamente las largas y ásperas amarguras que contristan el corazón paternal de Vuestra Santidad; deploran sinceramente la ceguedad y los errores de esos hijos ingratos y degenerados que hacen causa común con los

enemigos de la Iglesia para combatir á su augusta Jefe, reprobando con indignación los medios tenebrosos que tienen por objeto debilitar el principado civil del Papado, y los esfuerzos pérfidos que tienden á despojar al Soberano Pontífice de su dignidad y de su independencia, provocando contra el gran principio de la unidad, la revolución y el cisma.

Protestando, con toda la cristiandad, contra estos odiosos designios, dirigen sus votos y súplicas al Príncipe de los Pastores, de quien Vos sois ¡oh Santo Padre! oráculo, vivo y augusta Vicario, para que no se cumplan tan culpables y sacrílegas maquinaciones, y para que se vea renovado en vuestra sagrada persona el milagro tan frecuentemente evidenciado, de que la Cátedra de Pedro es la piedra angular, contra la cual toda fuerza es impotente.

Logre este humilde homenaje que los que suscriben depositan al pié del trono Pontificio, aligerar las penas que contristan Vuestro corazón. En cambio de estos sentimientos, solicitan Vuestra bendición apostólica para que los afirme en la obediencia que os deben y en su celo para defender la unidad de la Iglesia Católica.

Perusa, 28 de Enero de 1860.

GIOACHINO, CARD. PECCI,
Obispo de Perusa.

(Siguen las firmas.)

Esta protesta, dice un moderno escritor, formulada con lenguaje viril, pone de realce el carácter enérgico de Leon XIII, y sirve de pauta para formar opinión, no solo de sus sentimientos, sino de las firmes convicciones de su inteligencia y de su corazón. Si los que á su advenimiento al Pontificado, pensando otra cosa, se hubieran fijado en los términos en que aparece concebido y expresado este documento, no habria tomado cuerpo en su fantasía la quimé-

rica ilusion de que Leon XIII venia á alterar, más ó ménos profundamente, las tradiciones del Papado, manifestando alguna ductilidad para transigir con los desatentados propósitos de la Revolucion, enemiga jurada de la unidad católica y sectaria eterna de la protesta.

Cuando se verificaron los primeros despojos sacrilegos de los Estados Pontificios, de los cuales Roma fué la última etapa, los escritores más famosos de Europa trataron de llenar la gran cuestion del poder temporal. Entre todos, ningun publicista la discutió con más autoridad y fuerza que Joaquin Pecci, en su Pastoral para la Cuaresma de 1860. El tono de este documento es reposado y sereno, y su argumentacion luminosa y llena de verdad.

Esta Pastoral produjo viva sensacion en la Península entera, y hasta el Gobierno sintió sus efectos, por lo cual teniendo ya á Perusa en su poder, procuró por todos los medios imaginables atraerse al cardenal Pecci, más en vano; éste siempre rechazó conciliaciones absurdas, y las muestras de su energía admiraron á los mismos revolucionarios. Cuando fueron á decirle que los *italianísimos* se habian apoderado del Seminario, contestó:

—No tengo necesidad más que de algunas habitaciones.

Instaló á los seminaristas en su propio palacio, vivió en medio de ellos y hasta compartió con los mismos las horas de recreo. Aunque las autoridades revolucionarias intentaron acercársele, Mons. Pecci llevó á tal punto su firmeza y energía que jamás permitió á un empleado del nuevo régimen pasar el dintel de la puerta de su palacio.

Además de esto, no cesaba de protestar enérgicamente contra las iniquidades del gobierno italiano, dirigiéndose al mismo Víctor Manuel. Menciónanse dos cartas muy bellas y muy firmes, la primera de las cuales era una protesta contra la introduccion del matrimonio civil impuesto á los pueblos de la Umbría, por un decreto de Pépoli; la segunda era una reclamacion contra la expulsion de los ca-

maldulenses de Monte Corona y de otras corporaciones monásticas.

×

El celo del Arzobispo de Perusa por los buenos estudios igualaba á su firmeza: propúsose restaurar en su diócesis los estudios filosóficos y teológicos en que era tan versado, y al efecto, protegió á todos los defensores de la doctrina de Santo Tomas; exhortó á seguirla de palabra y por escrito; nombró catedráticos de su seminario á los discípulos del Angel de las Escuelas, entre otros á un hermano suyo, sabio teólogo que desempeñó con Pio IX el cargo de consultor en las comisiones preparatorias del Concilio Vaticano. Finalmente, al fundar en Perusa la Academia de Santo Tomás, fué el alma y la vida de aquella corporacion que llegó á adquirir extensa fama, por el ingenio y propiedad con que dilucidaba las más arduas cuestiones filosóficas y teológicas. ¿Pero debe maravillar que el Cardenal Pecci fuese protector de los sabios, no solamente en Perusa, sino en toda Italia, cuando él mismo era un sabio?

Todos sus escritos, numerosos en la época de su Episcopado, dirigidos á los fieles y al clero de su diócesis, revelan al filósofo, al teólogo, al hombre versado en toda clase de ciencias: en ellos se eleva á las más encumbradas alturas del pensamiento, recorre con su vista perspícua vastos horizontes y los muestra despues iluminados con los resplandores de su genio y la unción de su sacerdocio pastoral; sondea todas las profundidades de nuestra sociedad, examina sus males, busca sus causas y propone su remedio más eficaz, con el vigor de raciocinio y la serena convicción de consumado maestro y director de almas.

Entre estos numerosos escritos merecen especial mencion: una Pastoral relativa al *dominio temporal* del Papa, otra contra el vicio de la incontinencia, la instruccion y disposiciones para la santificacion de las fiestas, un edicto

con particulares disposiciones contra la blasfemia; la homilía llamada del *Duomo*, con advertencias sobre los vicios principales que dominan en la presente sociedad, la Pastoral de 1854 acerca de la publicacion del Jubileo; otra del año siguiente, en que se anuncia el solemne aniversario de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion; un nuevo Catecismo diocesano, el edicto de 1857 contra el abuso del *Magnetismo*; la declaracion doctrinal contra el *matrimonio civil*, la Pastoral contra la escuelas protestantes de Perugia y otra contra la obra de Renan: *La vida de Jesus*; las reglas prescritas al Clero sobre la conducta que debe observar en tiempos de conmocion política, una Pastoral sobre los errores corrientes contra la Religion y la vida cristiana; otra sobre las prerogativas de la Iglesia Católica, otra sobre la lucha cristiana, otra en que instruye á su pueblo acerca del Concilio Ecuménico Vaticano y anuncia el Jubileo; una homilía sobre las prerogativas del Romano Pontífice, otra Pastoral contra la violacion de las fiestas y contra la blasfemia, otra sobre los peligros de perder la fé, otra sobre las actuales tendencias del siglo contra la religion, otra (1875) sobre el *Año Santo*, otra (1876) sobre la *Iglesia católica y la civilizacion*.

En esta última, en la que se adunan la más pura ortodoxia; la belleza clásica de la forma y la solidez de la verdadera ciencia, examina la civilizacion bajo su aspecto material, demuestra que la Iglesia no se opone á ningun progreso útil y concluye describiendo los males de la civilizacion moderna y oponiéndoles el oportuno remedio.

En el año siguiente, esto es, en 1878 y diez dias ántes de ser ascendido al Papado, publica otra Pastoral para la Cuaresma, sobre la Iglesia y la Civilizacion, más importante que la anterior, de la que es complemento. Habla en ella de la civilizacion en cuanto mejora las costumbres, rehabilita y purifica las almas, humaniza el trato y comunica generosidad á las relaciones domésticas y civiles; patentiza la necedad de los que dicen no está ya la Igle-

sia en el caso de socorrer á los hombres, ni de ser guía y maestra suya; explica el fundamento que aquella dá á la civilizacion, *la caridad*, que solo existe en la Iglesia; hace notar la saludable influencia de la moral cristiana para santificar y hacer que las sociedades prosperen, y la conyugal, sobre todo, de donde nace la familia; y discurre, en fin, sobre las ventajas que saca la sociedad civil de la doctrina de la Iglesia.

El Cardenal Pecci hizo por 9 meses la sagrada visita de su diócesis, y comenzaba la sétima cuando Pio IX le creó Camarlengo de la Santa Iglesia. Durante este largo y laborioso Episcopado se construyeron de nuevo en la diócesis 36 Iglesias y dejó 6 más en construccion. Muchas otras se restauraron ó ensancharon: á su manificencia debe la catedral de Perugia adornos y ornamentos preciosos; pudiéndose decir que el Seminario episcopal subsistió por su generosidad, sobre todo despues de las leyes usurpadoras que pusieron fin á su patrimonio. (1)

IV.

EL CARDENAL PECCI EN EL SACRO COLEGIO.—ES NOMBRADO CAMARLENGO.—SU VIDA INTIMA.—EL CARDENAL PECCI JUZGADO POR LOS ESTADISTAS ITALIANOS.

Ya queda apuntado que Monseñor Pecci recibió la púrpura prometida por Gregorio XVI de manos de Pio IX, é hizo su entrada en el Colegio cardenalicio el 25 de Diciembre de 1853, siete años despues de su nombramiento de Arzobispo-obispo de Perugia. Fué notable en aquella circunstancia que Pio IX publicase *únicamente* un cardenal, y que en el Consistorio de dicha fecha pronunciase el inmortal Pontífice su alocucion *In Apostolicæ sedis fastigio*, en la cual dijo al Sacro Colegio cuánto le hacia sufrir el

[1] Estos datos los proporcionó á la *Civiltà cattolica*, Monseñor Laurenzi, obispo de Amanta y auxiliar de Perugia.

con particulares disposiciones contra la blasfemia; la homilía llamada del *Duomo*, con advertencias sobre los vicios principales que dominan en la presente sociedad, la Pastoral de 1854 acerca de la publicacion del Jubileo; otra del año siguiente, en que se anuncia el solemne aniversario de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion; un nuevo Catecismo diocesano, el edicto de 1857 contra el abuso del *Magnetismo*; la declaracion doctrinal contra el *matrimonio civil*, la Pastoral contra la escuelas protestantes de Perugia y otra contra la obra de Renan: *La vida de Jesus*; las reglas prescritas al Clero sobre la conducta que debe observar en tiempos de conmocion política, una Pastoral sobre los errores corrientes contra la Religion y la vida cristiana; otra sobre las prerogativas de la Iglesia Católica, otra sobre la lucha cristiana, otra en que instruye á su pueblo acerca del Concilio Ecuménico Vaticano y anuncia el Jubileo; una homilía sobre las prerogativas del Romano Pontífice, otra Pastoral contra la violacion de las fiestas y contra la blasfemia, otra sobre los peligros de perder la fé, otra sobre las actuales tendencias del siglo contra la religion, otra (1875) sobre el *Año Santo*, otra (1876) sobre la *Iglesia católica y la civilizacion*.

En esta última, en la que se adunan la más pura ortodoxia; la belleza clásica de la forma y la solidez de la verdadera ciencia, examina la civilizacion bajo su aspecto material, demuestra que la Iglesia no se opone á ningun progreso útil y concluye describiendo los males de la civilizacion moderna y oponiéndoles el oportuno remedio.

En el año siguiente, esto es, en 1878 y diez dias ántes de ser ascendido al Papado, publica otra Pastoral para la Cuaresma, sobre la Iglesia y la Civilizacion, más importante que la anterior, de la que es complemento. Habla en ella de la civilizacion en cuanto mejora las costumbres, rehabilita y purifica las almas, humaniza el trato y comunica generosidad á las relaciones domésticas y civiles; patentiza la necedad de los que dicen no está ya la Igle-

sia en el caso de socorrer á los hombres, ni de ser guía y maestra suya; explica el fundamento que aquella dá á la civilizacion, *la caridad*, que solo existe en la Iglesia; hace notar la saludable influencia de la moral cristiana para santificar y hacer que las sociedades prosperen, y la conyugal, sobre todo, de donde nace la familia; y discurre, en fin, sobre las ventajas que saca la sociedad civil de la doctrina de la Iglesia.

El Cardenal Pecci hizo por 9 meses la sagrada visita de su diócesis, y comenzaba la sétima cuando Pio IX le creó Camarlengo de la Santa Iglesia. Durante este largo y laborioso Episcopado se construyeron de nuevo en la diócesis 36 Iglesias y dejó 6 más en construccion. Muchas otras se restauraron ó ensancharon: á su manificencia debe la catedral de Perugia adornos y ornamentos preciosos; pudiéndose decir que el Seminario episcopal subsistió por su generosidad, sobre todo despues de las leyes usurpadoras que pusieron fin á su patrimonio. (1)

IV.

EL CARDENAL PECCI EN EL SACRO COLEGIO.—ES NOMBRADO CAMARLENGO.—SU VIDA INTIMA.—EL CARDENAL PECCI JUZGADO POR LOS ESTADISTAS ITALIANOS.

Ya queda apuntado que Monseñor Pecci recibió la púrpura prometida por Gregorio XVI de manos de Pio IX, é hizo su entrada en el Colegio cardenalicio el 25 de Diciembre de 1853, siete años despues de su nombramiento de Arzobispo-obispo de Perugia. Fué notable en aquella circunstancia que Pio IX publicase *únicamente* un cardenal, y que en el Consistorio de dicha fecha pronunciase el inmortal Pontífice su alocucion *In Apostolicæ sedis fastigio*, en la cual dijo al Sacro Colegio cuánto le hacia sufrir el

[1] Estos datos los proporcionó á la *Civiltà cattolica*, Monseñor Laurenzi, obispo de Amanta y auxiliar de Perugia.

gobierno subalpino con sus crueles y reiterados ataques á los más sacrosantos derechos de la Iglesia.

Cuéntase que el día en que recibió el Capelo, Pio IX le dijo que estaba llamado á ceñir la tiara (1). Durante la ceremonia se vió en una de las tribunas á un jóven de unos 20 años, vestido de rigurosa etiqueta y en cuyo semblante y maneras se revelaba el profundo respeto que le inspiraba aquel acto. Este jóven era el príncipe Federico de Prusia, hijo del príncipe real y sobrino del monarca reinante.

La conducta del cardenal Pecci en Perugia, su popularidad y el alto renombre que le alcanzaron su saber y virtudes, no eran á propósito para mantenerle en la oscuridad, ¿cómo, pues, pudo permanecer en su diócesis otros 25 años, despues de haber recibido la púrpura? A la muerte del Cardenal Barnabo, Prefecto de la Propaganda, ocurrida en 20 de Febrero de 1874, Pio IX dijo á un Cardenal inglés:

—He sufrido una gran pérdida. ¿Cómo reemplazar á ese Cardenal, que tenía un conocimiento tan perfecto y una experiencia tan consumada en los asuntos de la Propaganda?

—Me parece, Santísimo Padre, respondió el Cardenal, que Vuestra Santidad tiene en el Sacro Colegio un hombre del más subido mérito.

—¿Cuál? preguntó el Pontífice.

—Su Eminencia Pecci, un buen obispo.

—Sí, añadió Pio IX, es un buen Obispo y sería una desgracia privar de él á su diócesis.

En consecuencia Monseñor Franchi fué nombrado Prefecto de la Propaganda.

El alejamiento del Cardenal Pecci dió motivo á algunos espíritus malévolos para que hablasen de divergencia

[1] Ricard, *Le Pape Leon XIII*

entre las opiniones de éste Prelado y las del Cardenal Antonelli, Secretario de Estado de Pio IX.

Consideradas á cierta distancia, dice Herrero, las relaciones que asistieron entre estos dos miembros del Colegio Cardenalicio, parece que aunque igualmente afectos al Padre Santo, reinaba entre ellos algun espíritu de secreta enemistad. Suponen algunos que este espíritu pudo surgir de lo poco favorable que eran los principios de Antonelli á toda idea de progreso, mientras que Mons. Pecci, en interés de la Iglesia, se mostraba partidario de una política más expansiva y ménos refractaria á las mejoras materiales.

Los que esto suponen, llegan de induccion en induccion á creer que Mons. Pecci se hizo sospechoso al Cardenal Ministro por haberse dicho que durante la inter-nunciatura de aquel en Bruselas, se habia iniciado en la política y en el mecanismo de los gobiernos constitucionales, atrayéndose así la amistad de un rey protestante. Bajo este supuesto, se aventuran á expresar la idea de que se proveyó en él el Obispado de Perugia para desterrarle ó relegarle al olvido (1)

La contestacion dada por Pio IX al Cardenal inglés arriba apuntada, deshace estos juicios aventurados y ligeros, á la par que descubre la verdad. La Santa Sede quiso utilizar la energía, la gran fuerza moral, el espíritu activo y emprendedor del Cardenal Pecci, allí donde más le convenia, en el Obispado de Perugia.

×

Por lo demás, Pio IX amaba y apreciaba á Mons. Pecci: sucesivamente fué nombrado miembro de la Congregacion de Ritos, de la del Concilio, de la de la Disciplina y de la de Inmunidad Eclesiástica; y cuando fué preciso dar un sucesor al difunto y venerable Camarlengo, Monseñor de

[1] *Historia de Leon XIII*, segun el plan del abate Vidieu, por Don Leandro Herrero. Madrid, 1879

Angelis, Pio IX pensó en el ilustre Arzobispo de Perusa para proveer tan importante cargo.

Antes de la usurpacion de 1870, el Camarlengo (del alemán *Kamerling*, camarero ó jefe de la cámara) era el Cardenal encargado en los Estados Pontificios del tesoro y de la administracion de justicia; despues de 1870, sus atribuciones son puramente religiosas y sin relacion con la política: él es quien publica los edictos durante la vacante de la Santa Sede, y dispone todo lo conveniente para la reunion del Conclave y la eleccion del nuevo Pontífice.

La Candidatura del Cardenal Pecci para Camarlengo suscitó alguna desconfianza, pues como queda dicho, despues de la anexion de los Estados Pontificios, Mons. Pecci no rompió de una manera ostensible con los funcionarios del nuevo gobierno: todo lo contrario, sus maneras corteses, la moderacion de sus formas y la estimacion de que gozaba entre los liberales, le hicieron sospechoso á los ojos de algunos Cardenales, de ser amigo del rey usurpador y partidario de su política, por lo cual propusieron, por su parte, al Cardenal Panbianco.

Pio IX sostuvo su candidatura, y los amigos del Cardenal Pecci desvanecieron todas las objeciones. Sin embargo, el Padre Santo quiso oír todavía por separado la opinion de todos los Cardenales residentes en Roma. Celebradas algunas conferencias, pudo cerciorarse de que todos se adherían á su dictámen, é inmediatamente redactó el Pontífice en persona la Allocucion consistorial. Su Eminencia Monseñor Simeoni, la transmitió inmediatamente á los Cardenales extranjeros, con orden de contestar telegráficamente: *Apruebo ó no*. Todos ellos dieron su aprobacion y el nombramiento de Mons. Pecci para Camarlengo fué así verdaderamente ratificado por todo el Sacro Colegio.

Al sostener Pio IX ésta candidatura, presintiendo que su vida ya no se prolongaría mucho, quiso dotar á la Iglesia con un hombre capaz de gobernarla durante la peli-

grosa crisis que habia de surgir mientras se verificaba la eleccion del nuevo Pontífice; ó tal vez quiso dar á conocer á todos á la persona que un espíritu profético le hacia mirar como sucesor.

El dia en que el insigne Pio IX le presentó al Sacro Colegio como Camarlengo, en Setiembre de 1877, dijo:

—Si le he nombrado, es que he visto que está dotado de mucha prudencia, de verdadero espíritu de justicia y de gran ciencia.

Ya desde entónces se vió obligado el Cardenal Pecci á ir con frecuencia á Roma, hasta que por último tuvo que establecerse en ella, por lo cual solicitó y obtuvo del Papa el nombramiento del Canónigo Laurenzzi, electo obispo *in partibus in fidelium*, para que lo auxiliase en la administracion de la diócesis de Perusa.

×

El ilustre Prelado de Perusa, hizo muy contadas visitas á Carpinetto; pero con tal facilidad se acostumbró á vivir la misma vida austera y sencilla en que fué educado por sus buenos padres, que no obstante haber pasado la mayor parte de la suya en las ciudades y los palacios, cuando realizó su último viaje á su país natal en 1856, cualquiera le hubiera tomado, dice el abate Vidieu, por verdadero montañés al verle trepar ágil, alegre, calzado con botas encarnadas, los pintorescos riscos de sus montañas.

En su casa solariega de Carpinetto, un modesto lecho de hierro de humilde apariencia, y un hermoso crucifijo de plata sobre fondo rojo era todo lo que se ponía en el dormitorio del Cardenal, durante su corta permanencia en la poblacion.

Esta llaneza de condicion; su caridad inagotable, de que nunca podrán olvidarse los habitantes de Carpinetto, le han valido siempre universales testimonios de simpatía. En Perusa nadie ignora en qué invertía las dos terceras

partes de sus rentas Mons. Pecci, y los pobres son los que mejor lo saben.

Levantábase durante su estancia en Perugia al amanecer, y despues de celebrar el Santo Sacrificio poníase á trabajar con laboriosidad. Comia una sola vez al día, á la una de la tarde, con tanta frugalidad que con justicia dijo un personaje que lo visitó en los últimos años de su Episcopado: "Nunca he comido más mal que á su mesa: os ofrecia una chuleta de carnero, un pescado del Tiber y una taza de café negro, todo remojado con escasos vasos de vino blanco de las orillas del lago Trasimeno; verdad es que al mismo tiempo el digno señor Obispo bebia agua y comia los restos de su cocido de la víspera, puestos en ensalada. Y con esto y unas maneras de gran señor y una conversacion encantadora, nadie se quejaba de la frugalidad de la mesa; al contrario, envidiábase el favor de sentarse á ella....."

A las diez de la noche se retiraba á dormir.

Vivia con frecuencia en medio de los seminaristas en su palacio episcopal, y despues de 1846 convirtió á este en asilo de todos los belgas perseguidos que se le presentaban y recibíalos el sábio y venerable Arzobispo con exquisita cordialidad. Frecuentemente recibia tambien, durante las vacaciones, á los alumnos del Colegio Belga de Roma; y en este Colegio solia hospedarse cuando tenia precision de ir á la Metrópoli de la Cristiandad.

"Era necesario verle, dice un testigo presencial, en medio de sus seminaristas, para formarse idea de su gran benevolencia y de su gran espíritu de fe. Yo le he visto por la noche presidir paternalmente una especie de repeticion de ceremonias, que sus seminaristas más jóvenes llevaban á cabo con una exactitud que encantaba al Obispo de Perugia."

Una vez trasladada su residencia á Roma, siguió el mismo género de vida. Alojado en el palacio Falconieri (pero no en el suntuoso departamento del Cardenal Fesch), el Ca-

marlengo de la Iglesia, es decir su primera dignidad en caso de fallecimiento del Papa, mandaba preparar su comida en la cocina del dueño del palacio, la cual no tenia fama, por cierto, de hallarse á la altura de la de Lúculo.

Gran parte de sus vigiliass las consagrò siempre á estudios históricos y literarios. Su carácter siempre afable y bondadoso, revestia sin embargo una majestad y grandeza imponentes, particularmente en los actos del culto divino. En 1870, en la época del Concilio Ecueménico, recibió en el Seminario francés de Roma la abjuracion de una familia judia de Bolonia, y administró á los recién convertidos el bautismo y la Sagrada Comunion. Los 14 ó 15 Obispos franceses que se hallaban presentes, se admiraron tanto de la majestad del celebrante, que no pudieron ménos de decir: "¡Qué hermoso Papa seria!"

×

Las eminentes cualidades de Mons. Pecci fueron reconocidas y confesadas aun por sus naturales enemigos, los hombres de Estado de la Italia oficial. El Sr. Bonghi, antiguo ministro de Instruccion publica y Cultos, decia del nuevo dignatario de la Cámara Apostólica en su libro *Pío IX y el futuro Papa*:

"El cardenal Pecci, nombrado últimamente Camarlingo, es seguramente uno de los ingenios más distinguidos del Sacro Colegio, una naturaleza de las mejor templadas y al mismo tiempo, en cuanto á salud, uno de los más vigorosos Cardenales. Estudió mucho, gobernó bien, fué buen Obispo. El ideal de Cardenal es tan alto como cualquiera otro, y puede decirse que lo realizó. (1.)

El Sr. Bonghi deploraba solamente que el Cardenal Pecci no fuese entusiasta por la situacion creada á la Iglesia por la Italia Unida.

(1) He aquí ese ideal, segun San Bernardo:

"Sint compositi ad mores, probati ad sanctimoniam, parati ad obedientiam, mansueti ad patientiam, subjecti ad disciplinam, rigidi, ad censuram catholici, ad fidem, fideles ad dispensationem, concordés ad pacem, con-

Urbano Ratazzi, antiguo ministro de Víctor Manuel, en una carta dirigida á su esposa desde Florencia, hizo este acabado retrato:

"A pesar de la alta opinion que tengo del Cardenal Di Pietro, y sea cualquiera el deseo que siento personalmente y en interés de mi país de verle suceder á Pio IX, no creo que llegue á cumplirse. Seguramente el emperador Napoleón es de tu parecer, lo que no suele suceder á menudo; pero hay un hombre que con sentimiento mio tiene mayores probabilidades, si Antonelli muere antes que el cardenal Pecci, Arzobispo de Perusa, de quien nuestra tia María nos hablaba el año pasado.

"Esta eleccion me daría mucho en qué pensar, y mi sola esperanza es que Antonelli sobreviva al Papa; porque suspicaz como es, impedirá que llegue Pecci al Trono Pontificio. Creo que el advenimiento del Cardenal Pecci no cambiaría en gran manera el *statu quo* de hoy. Este Pecci es un hombre de innegable mérito, que me ha preocupado y dado en qué pensar frecuentemente. Está dotado de gran energía y severidad administrativa, y su trato es el más dulce que se puede imaginar. Su conducta en Benevento ha revelado gran capacidad y un carácter firme é indomable.

"Hace algunos años que en Ostende, mientras tú tomabas los baños de mar, hablé mucho del Cardenal Pecci con el Rey Leopoldo, Príncipe el más perspicaz de Europa, que le estudió á fondo cuando residió en Bélgica en calidad de Nuncio, y que contribuyó á que se le diera la púrpura. El Rey no se hacía ninguna ilusion acerca de la flexibilidad de su carácter; y es que, á pesar de la gran elevacion

formes ad unitatem. Sint in iudicio recti, in consilio providi, in iudendo, discreti, in disponendo industrii, in agendo strenui, in loquendo modesti in adversitate securi, in prosperitate devoti, in zelo sobrii, in misericordia non remissi, in ocio non ociosi, in hospitio non dissoluti, in convivio non effusi, in cura rei familiaris non anxii, alienae non cupidi, suae non prodigi, ubique et in omnibus circumspecti." "Citado por Gerónimo Plato en su libro *De Cardinalis dignitate et officio*. Cap. VIII; pág. 56.

de espíritu y de la incorruptibilidad del Cardenal Pecci, á pesar del respeto que inspira á nuestro poder civil, las concesiones que podría hacer no serían más que aparentes, de pura forma, de las que un hombre de mundo no suele rehusar. Podría someterse á los secretos de la Providencia; pero su afecto á la Santa Sede es extremado y sus principios absolutos. Su firmeza indomable, ó mejor dicho, casi feroz, afirma perentoriamente que sería incapaz de plegarse á ninguna exigencia. Es preciso convenir en que es uno de los Sacerdotes á quienes es forzoso honrar y admirar, porque tiene gran sentido político, al que sobrepuja todavía su sabiduría."

¡Ah! no se engañaba el señor ministro con la facilidad con que se engañaron despues despues otros políticos más impresionables, que esperaban ver realizada la absurda reconciliacion.

V.

UNA CIRCULAR DEL PRINCIPE DE BISMARCK—MAQUINACIONES DE LA DIPLOMACIA EUROPEA.—FALLECIMIENTO DE PIO IX—ADMINISTRACION DEL CAMARLENGO EN LA VACANTE DE LA SANTA SEDE.

Recojamos esta preciosa confesion de un periódico protestante de gran valía, el *Times* de Londres:

"Crease lo que se quiera, espérese lo que se quiera, Pio IX ocupaba indudablemente un puesto en todos los cálculos. Si alguno queria realizar algo nuevo, preveer lo futuro, unir los divididos, elevar lo que está bajo, enseñar al ignorante ó verificar una de las buenas obras de este siglo, tenia que contar con Pio IX como amigo ó enemigo, trabajando directa ó indirectamente por él, contra él ó á su lado." (1)

Por esto los impios, que no podían vencer al atleta de la Iglesia, deseaban con vehemencia la muerte del insigne

(1) *The Times*, Febrero de 1878.

Urbano Ratazzi, antiguo ministro de Víctor Manuel, en una carta dirigida á su esposa desde Florencia, hizo este acabado retrato:

“A pesar de la alta opinion que tengo del Cardenal Di Pietro, y sea cualquiera el deseo que siento personalmente y en interés de mi país de verle suceder á Pio IX, no creo que llegue á cumplirse. Seguramente el emperador Napoleón es de tu parecer, lo que no suele suceder á menudo; pero hay un hombre que con sentimiento mio tiene mayores probabilidades, si Antonelli muere antes que el cardenal Pecci, Arzobispo de Perusa, de quien nuestra tia María nos hablaba el año pasado.

“Esta eleccion me daría mucho en qué pensar, y mi sola esperanza es que Antonelli sobreviva al Papa; porque suspicaz como es, impedirá que llegue Pecci al Trono Pontificio. Creo que el advenimiento del Cardenal Pecci no cambiaría en gran manera el *statu quo* de hoy. Este Pecci es un hombre de innegable mérito, que me ha preocupado y dado en qué pensar frecuentemente. Está dotado de gran energía y severidad administrativa, y su trato es el más dulce que se puede imaginar. Su conducta en Benevento ha revelado gran capacidad y un carácter firme é indomable.

“Hace algunos años que en Ostende, mientras tú tomabas los baños de mar, hablé mucho del Cardenal Pecci con el Rey Leopoldo, Príncipe el más perspicaz de Europa, que le estudió á fondo cuando residió en Bélgica en calidad de Nuncio, y que contribuyó á que se le diera la púrpura. El Rey no se hacía ninguna ilusion acerca de la flexibilidad de su carácter; y es que, á pesar de la gran elevacion

formes ad unitatem. Sint in iudicio recti, in consilio providi, in iudendo, discreti, in disponendo industrii, in agendo strenui, in loquendo modesti in adversitate securi, in prosperitate devoti, in zelo sobrii, in misericordia non remissi, in ocio non ociosi, in hospitio non dissoluti, in convivio non effusi, in cura rei familiaris non anxii, alienae non cupidi, suae non prodigi, ubique et in omnibus circumspecti.” Citado por Gerónimo Plato en su libro *De Cardinalis dignitate et officio*. Cap. VIII; pág. 56.

de espíritu y de la incorruptibilidad del Cardenal Pecci, á pesar del respeto que inspira á nuestro poder civil, las concesiones que podría hacer no serían más que aparentes, de pura forma, de las que un hombre de mundo no suele rehusar. Podría someterse á los secretos de la Providencia; pero su afecto á la Santa Sede es extremado y sus principios absolutos. Su firmeza indomable, ó mejor dicho, casi feroz, afirma perentoriamente que sería incapaz de plegarse á ninguna exigencia. Es preciso convenir en que es uno de los Sacerdotes á quienes es forzoso honrar y admirar, porque tiene gran sentido político, al que sobrepuja todavía su sabiduría.”

¡Ah! no se engañaba el señor ministro con la facilidad con que se engañaron despues despues otros políticos más impresionables, que esperaban ver realizada la absurda reconciliacion.

V.

UNA CIRCULAR DEL PRINCIPE DE BISMARCK—MAQUINACIONES DE LA DIPLOMACIA EUROPEA.—FALLECIMIENTO DE PIO IX—ADMINISTRACION DEL CAMARLENGO EN LA VACANTE DE LA SANTA SEDE.

Recojamos esta preciosa confesion de un periódico protestante de gran valía, el *Times* de Londres:

“Crease lo que se quiera, espérese lo que se quiera, Pio IX ocupaba indudablemente un puesto en todos los cálculos. Si alguno queria realizar algo nuevo, preveer lo futuro, unir los divididos, elevar lo que está bajo, enseñar al ignorante ó verificar una de las buenas obras de este siglo, tenia que contar con Pio IX como amigo ó enemigo, trabajando directa ó indirectamente por él, contra él ó á su lado.” (1)

Por esto los impios, que no podían vencer al atleta de la Iglesia, deseaban con vehemencia la muerte del insigne

(1) *The Times*, Febrero de 1878.

mártir: una, dos, veinte, innumerables veces anunciaron por telégrafo el infausto suceso cuando Pio IX gozaba de cabal salud; una y otra vez comentaron los desastres que iba á acarrear á la Iglesia el deseado acontecimiento, y hasta creyeron, ¡inocentes! que con él terminaría el Pontificado. Pero los gobiernos no se preocupaban ménos que los individuos, y por esto la Alemania, que llevaba la batuta de la diplomacia europea, corrió traslado á las demás naciones de la siguiente circular, que apareció publicada en varios periódicos de nota:

“SEÑOR....

“La salud de Pio IX, segun todas las noticias recibidas es por completo satisfactoria. Pero tarde ó temprano, necesariamente ha de haber una eleccion pontificia. La actitud del Jefe supremo de la Iglesia católica con todos los Estados donde esa Iglesia es admitida, tiene tal importancia, que parece conveniente pensar en tiempo oportuno en las consecuencias de un cambio en la persona del Papa. Es cosa há mucho tiempo reconocida, que todos los gobiernos que tienen súbditos católicos están por ese mismo hecho grande y directamente interesados en la eleccion de Papa, y especialmente en que esta eleccion sea, en la forma y en el fondo, rodeada de todas las garantías que pueden permitir á los gobiernos reconocerla en sus Estados por válida y regular, y que excluyan toda posibilidad de duda para los gobiernos y para el pueblo católico.

“En efecto, me parece incontestable que los gobiernos, cuando se trata de conceder á un soberano electivo, llamado á ejercer en sus propios Estados derechos muy extensos, y en ciertas materias hasta la soberanía, deben, antes de concederle el ejercicio práctico de tales derechos, examinar concienzudamente *la cuestion de si pueden reconocer la eleccion.*

“No podrá existir un Papa á quien todos ó la mayor parte de los soberanos europeos, por razones de forma ó de fondo, se crean en la obligacion de no reconocer, así como no es posible imaginar á un Obispo ejerciendo derechos en un Estado cualquiera, sin haber sido reconocido por el gobierno de tal Estado.

“Esto ya sucedia en el antiguo órden de cosas cuando la situacion de los Obispos era más independiente, y los gobiernos se encontraban rara vez en contacto con el Papa, á propósitos de asuntos eclesiásticos. Los Concordatos hechos á principios de este siglo dieron ya lugar á relaciones más directas, y, en cierto modo, más íntimas entre el Papa y los gobiernos; pero el Concilio del Vaticano, con sus dos principales decisiones, relativas á la infalibilidad, y á la jurisdiccion del Papa, cambió esencialmente y por completo, la situacion de este último y sus relaciones con los gobiernos. Este Concilio aumentó de este modo hasta el último extremo, el interés que los gobiernos tienen en la eleccion pontificia, y dió así más sólida base al derecho que tienen á ocuparse en ella. En efecto, las decisiones de que se trata pusieron al Papa en estado de apropiarse los derechos episcopales en cada diócesis y sustituir el poder pontificio al de los Obispos del país. La jurisdiccion episcopal fué absorbida por la jurisdiccion pontificia.

“El Papa no se limita como antes á ejercer algunos derechos reservados, sino que goza de la plenitud de los derechos episcopales. Se puso, en principio, en lugar de cada Obispo, y solo depende de él ponerse á cada instante en su lugar en la práctica, en frente de los Gobiernos.

“No son los Obispos más que instrumentos suyos sin responsabilidad propia; se convirtieron para los gobiernos en empleados de un soberano que, en virtud de su infalibilidad, es completamente absoluto, más absoluto que ningun soberano de la tierra.

“Antes que los gobiernos consientan que el nuevo Papa ocupe semejante situacion y le permitan usar de tales derechos, es necesario que vean si la eleccion y la persona del Papa ofrecen las garantías que tienen derecho á exigir contra un abuso de semejarle poder.

“Añadiré, que precisamente en las circunstancias actuales no se pueda esperar con certeza que se pongan en práctica aún las garantías de que antes se rodeaban los Conclaves y que estas Asambleas ofrecian por su forma y su composicion.

“El derecho de exclusion ejercido por el Soberano del Sacro romano imperio, por España y por Francia seria claramente ilusorio.

“La influencia que las diversas naciones pudieran ejercer en los Conclaves por medio de los Cardenales de su nacionalidad, dependia de circunstancias accidentales.

“¿Quién puede prever con qué condiciones se verificará la próxima eleccion pontificia; si se intentará proceder en ella de una manera regular, y si, por consiguiente, serán aseguradas las antiguas garantías, aunque no sea más que en la forma?

“A causa de todas estas consideraciones me parece conveniente que todos los gobiernos europeos á quienes interesa la eleccion pontifical con motivo de los intereses de sus súbditos católicos y de la situacion de la Iglesia católica en sus respectivos países, estudien á tiempo las cuestiones que se relacionan con esta eleccion, y se entiendan, si es posible, entre sí, sobre la actitud que deben adoptar á propósito de este acto y sobre las condiciones de que podrán hacer depender en caso de necesidad el reconocimiento de la eleccion.

“Una inteligencia europea seria de inmensa importancia. Permitiria quizás prevenir graves complicaciones.

“En consecuencia, ruego á V. E. informe desde luego confidencialmente al gobierno, acerca del cual tiene el honor de estar acreditado, á fin de saber si está dispues-

to á entrar en relaciones y en inteligencia conmigo sobre esta cuestion. La forma en que esto pudiera hacerse seria fácil de encontrar, toda vez que estoy seguro de las disposiciones favorables de los gobiernos.

“Autorizo á V. E. á dar lectura de este despacho; más le suplico que no dé copia hasta nueva orden, y le recomiendo además que trate este asunto con *discrecion*.—
Firmado—DE BISMARCK.”

Segun puede colegirse, la solemne condenacion de los errores contemporáneos reunidos en el *Syllabus* y la declaracion de la infalibilidad pontificia, habian arrancado un grito de furor, habian suscitado las iras de los gobiernos liberales, que declararon la más cruda guerra á la Santa Sede. En estos supremos momentos, últimos del glorioso Pontificado de Pio IX, Prusia, la triunfante Prusia, que habia logrado atraerse los Estados de la Alemania del Norte, para formar su poderoso imperio, era la más hostil al Papa.

Por entónces hablóse mucho de conciertos entre esta nacion é Italia para imponer un Papa á la Iglesia, y hasta se estimuló al gobierno italiano para que pusiese trabas á la reunion de los Cardenales, se ingiriese en la designacion de un candidato, ó por lo ménos exigiese del electo formal renuncia del poder temporal. Contábase con la salida de Roma del Sacro Colegio, si se le ponian tales trabas, y con un Conclave celebrado en Malta, Niza ó Micamur. Así, despues de la salida del Sacro Colegio, se podrian reunir en Roma comicios electorales, esto es, un Conclave popular, para elegir un Papa, mejor dicho un anti-Papa, á quien el *italianissimo* Crispi habia de establecer en el Vaticano, antes de que la eleccion del verdadero Papa se verificase en el extranjero. Hasta llegó á fundarse en Roma una sociedad revolucionaria con el objeto de difundir esa idea de que el nuevo Papa debia elegirse con el concurso del pueblo; sociedad que repartió numerosos programas, im-

primió abultados volúmenes y procuró por toda clase de medios propagar su descabellado proyecto.

Francia había sustituido su gobierno conservador por otro radical, Austria estaba bajo la influencia de Alemania, España con sus turbaciones interiores tenía demasiado que hacer, y para colmo de desdicha subió al trono de Italia Humberto, bien conocido por sus aficiones revolucionarias y más amigo de la alianza prusiana que su padre Víctor Manuel. La tempestad iba acercándose por momentos, el horizonte estaba cubierto de negros nubarrones; parecía que á la muerte del Papa había de realizarse una catástrofe.

×

A principios de Febrero de 1878, el mal de que adolecía el venerable Pio IX hizo progresos rápidos y alarmantes. El día 7 por la mañana quiso recibir Su Santidad los últimos sacramentos, presintiendo su cercano fin, y á mediodía se reunió el Sacro Colegio en la Capilla del moribundo Pontífice, para recitar las santas preces de la Iglesia propias de tan solemne instante. A las cuatro de la tarde entró en agonía, y al dar el reloj cercano la hora del *Angelus*, cual si ese sonido fuese un tierno llamamiento de la Reina de los Cielos, que él había proclamado Inmaculada, su alma voló á la mansión de los justos.

El gran prestigio de Pio IX se conoció más particularmente en el momento de su muerte. El mundo entero se sobrecogió de espanto, y al recibir la noticia de la muerte de ese anciano de 86 años, enfermo y débil, que no pudieron doblegar los tiranos de la tierra, incrédulos y protestantes, racionalistas y ateos, propios y extraños, todos se inclinaron por un momento ante pérdida tan grande.

Oprimiéronse de angustia los corazones católicos, á quienes pareció que habían perdido más que un Padre, parte de su vida, y de su alma. El vacío fué inmenso; pero la Iglesia Católica llena todos los vacíos y vence todos los obstáculos.

Los Papas mueren, pero el Pontificado es inmortal.

Al siguiente día, 8 de Febrero, el Colegio de Clérigos de la Cámara y otros dignatarios de la Santa Sede se reunieron por la mañana con S. Em. el Cardenal Pecci, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, quien seguido de Mons. Machi, se dirigió á practicar la ceremonia del reconocimiento del cadáver. Mandó el Cardenal Camarlengo se levantase el velo blanco que cubria la cabeza del Pontífice y le llamó tres ocasiones por su nombre de Juan, tocándole al mismo tiempo ligeramente con un martillo de plata. Juan Mastai Ferreti permaneció mudo; la muerte del Papa estaba comprobada.

×

Muerto Pio IX, fué preciso resolver acto continuo dónde había de reunirse el Conclave.

Generalmente, y según las constituciones pontificias, el Conclave se reúne en la misma ciudad en que el Papa acaba de morir. Mas como no ignoraba Pio IX las maquinaciones de las lógicas, formó varias Constituciones para la elección de nuevo Pontífice: una en 1871, inmediatamente después de la brecha de la Puerta Pia; otra en 1874 y la tercera en 1877. Además, un mes antes de morir, concluyó el reglamento de la última, el cual lleva la fecha de 10 de Enero (1). En estas Constituciones se facultaba á los Cardenales para que se reuniesen donde lo creyeran oportuno, y aún para anticipar el Conclave.

La salida de Roma del Sacro Colegio habría retardado la elección de Nuevo Vicario de Jesucristo, y así fué muy acertada la resolución de celebrar el Conclave en Roma, en el caso de que el gobierno italiano no se opusiera á su libertad.

Una vez decidido este importante punto, después de

(1) Margatti, en la *Unitá Cattolica*.

muchas deliberaciones entre los Cardenales, el Camarlengo se apresuró á disponer lo necesario para la reunion del Conclave en el interior del Vaticano. Como en el año de 1848 fueron destruidos los materiales que servian en estas ocasiones no se pudieron utilizar ni los menores vestigios de aquellos, pero merced á la infatigable actividad del Camarlengo, los trabajos quedaron concluidos para el 18 de Febrero.

Así procuraba el Camarlengo abreviar los dias de su gobierno, llenando su poder cumplidamente, sin más ambicion que la de mantener en todo su vigor las Constituciones pontificales y consolar la viudez de la Iglesia dándole nuevo Jefe.

Teniendo plena conciencia de su autoridad, suprimió ciertas larguezas usadas en la Curia romana á la muerte de un Pontífice, y que no se hallaban ya en relacion con los recursos de la Iglesia; y se mantuvo firme contra la introduccion de abusos, para lo cual usó de esa energía que siempre habia normado su conducta. Buena prueba tuvo de ella el rey Humberto cuando solicitó del Camarlengo un lugar de honor en los funerales de Pio IX.

—Muy bien, señor, contestó Mons. Pecci al enviado del rey; dignaos decir á S. M. que conforme al ceremonial, que todo lo regula en estas circunstancias, el primer lugar está reservado al embajador de Austria; el segundo al de Francia, etc.; vienen en seguida los Príncipes extranjeros que actualmente se hallen en Roma; entre ellos puede tener su puesto el rey de Italia.

VI.

ANTES DE LA ELECCION.—EL CONCLAVE.
SU LIBERTAD DE ACCION.

Antes de constituir el Conclave, los Cardenales quisieron explicar á los Estados europeos por qué se hacia la eleccion en Roma, no fuese á interpretarse su conducta

en el sentido de un reconocimiento de los hechos consumados. En la redaccion del documento circulado al efecto, tomó gran participio el Cardenal Camarlengo, y es como sigue:

“Circular del Sacro Colegio al Eminentísimo Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede.

EXCELENTISIMO SEÑOR:

“El acontecimiento inopinado de la muerte del Soberano Pontífice Pio IX, de gloriosa memoria, ha contristado profundamente los corazones de todos los fieles dispersos en el mundo católico; pero más especialmente ha sumergido en la tristeza al Sacro Colegio que, acostumbrado á mirar más de cerca las costumbres sublimes y los actos gloriosos del Pontífice difunto, puede más que otros apreciar la pérdida irreparable que ha tenido la Iglesia Católica en los últimos dias.

“La gravedad de esta desgracia pública es para el Sacro Colegio tanto más sensible, cuanto que, llamado por las disposiciones de los Santos Cánones y por las Constituciones Pontificias á proveer á las necesidades urgentes de la Iglesia y de la Sede Apostólica vacante, se ve obligado á atravesar, sin estar guiado por su Jefe, los momentos más graves y las dificultades más serias.

“Pero, confiado en la palabra de Aquél que ha prometido su divina asistencia á la Iglesia, el Sacro Colegio está firmemente decidido á llenar los deberes sagrados que le imponen las dignidades eminentes de que está revestido y la importante mision que le ha sido confiada.

“Nadie ignora que los juramentos prestados por todos los que componen el Sacro Colegio al ser promovidos á la dignidad Cardenalicia, les prescriben, como estrictos deberes, defender y proteger las leyes, las prerogativas, así como los deberes temporales de la Iglesia, á costa de to-

muchas deliberaciones entre los Cardenales, el Camarlengo se apresuró á disponer lo necesario para la reunion del Conclave en el interior del Vaticano. Como en el año de 1848 fueron destruidos los materiales que servian en estas ocasiones no se pudieron utilizar ni los menores vestigios de aquellos, pero merced á la infatigable actividad del Camarlengo, los trabajos quedaron concluidos para el 18 de Febrero.

Así procuraba el Camarlengo abreviar los dias de su gobierno, llenando su poder cumplidamente, sin más ambicion que la de mantener en todo su vigor las Constituciones pontificales y consolar la viudez de la Iglesia dándole nuevo Jefe.

Teniendo plena conciencia de su autoridad, suprimió ciertas larguezas usadas en la Curia romana á la muerte de un Pontífice, y que no se hallaban ya en relacion con los recursos de la Iglesia; y se mantuvo firme contra la introduccion de abusos, para lo cual usó de esa energía que siempre habia normado su conducta. Buena prueba tuvo de ella el rey Humberto cuando solicitó del Camarlengo un lugar de honor en los funerales de Pio IX.

—Muy bien, señor, contestó Mons. Pecci al enviado del rey; dignaos decir á S. M. que conforme al ceremonial, que todo lo regula en estas circunstancias, el primer lugar está reservado al embajador de Austria; el segundo al de Francia, etc.; vienen en seguida los Príncipes extranjeros que actualmente se hallen en Roma; entre ellos puede tener su puesto el rey de Italia.

VI.

ANTES DE LA ELECCION.—EL CONCLAVE.
SU LIBERTAD DE ACCION.

Antes de constituir el Conclave, los Cardenales quisieron explicar á los Estados europeos por qué se hacia la eleccion en Roma, no fuese á interpretarse su conducta

en el sentido de un reconocimiento de los hechos consumados. En la redaccion del documento circulado al efecto, tomó gran participio el Cardenal Camarlengo, y es como sigue:

“Circular del Sacro Colegio al Eminentísimo Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede.

EXCELENTISIMO SEÑOR:

“El acontecimiento inopinado de la muerte del Soberano Pontífice Pio IX, de gloriosa memoria, ha contristado profundamente los corazones de todos los fieles dispersos en el mundo católico; pero más especialmente ha sumergido en la tristeza al Sacro Colegio que, acostumbrado á mirar más de cerca las costumbres sublimes y los actos gloriosos del Pontífice difunto, puede más que otros apreciar la pérdida irreparable que ha tenido la Iglesia Católica en los últimos dias.

“La gravedad de esta desgracia pública es para el Sacro Colegio tanto más sensible, cuanto que, llamado por las disposiciones de los Santos Cánones y por las Constituciones Pontificias á proveer á las necesidades urgentes de la Iglesia y de la Sede Apostólica vacante, se ve obligado á atravesar, sin estar guiado por su Jefe, los momentos más graves y las dificultades más serias.

“Pero, confiado en la palabra de Aquél que ha prometido su divina asistencia á la Iglesia, el Sacro Colegio está firmemente decidido á llenar los deberes sagrados que le imponen las dignidades eminentes de que está revestido y la importante mision que le ha sido confiada.

“Nadie ignora que los juramentos prestados por todos los que componen el Sacro Colegio al ser promovidos á la dignidad Cardenalicia, les prescriben, como estrictos deberes, defender y proteger las leyes, las prerogativas, así como los deberes temporales de la Iglesia, á costa de to-

dos los sacrificios, incluso el de la vida. Ahora bien; estos juramentos han recibido hoy una solemne confirmacion, cuando los Cardenales, reunidos en una Congregacion general, despues de la muerte del inolvidable Pontífice, han renovado unánimemente delante de Dios los precedentes. Han querido adherirse de nuevo por un acto formal, y renovar todas las reservas y protestas emitidas por el difunto Soberano Pontífice, ya sea contra la ocupacion de los Estados Romanos, ya contra las leyes y decretos promulgados en detrimento de la Iglesia y de la Santa Sede Apostólica.

“Por esto, y en nombre y con encargo de sus respetables colegas, los Cardenales que suscriben, se dirigen á Vuestra Excelencia para darle comunicacion de este acto importante, suplicándole dé conocimiento de él á su Soberano, persuadidos de que verá con gusto la defensa de los derechos mencionados arriba, así como la manifestacion del sentimiento de los Cardenales, que están decididos á seguir la senda trazada por el Pontífice difunto, cualesquiera que sean las pruebas á las cuales tengan que atenerse en el curso de los acontecimientos.

“Y como conviene que el ejercicio del poder eclesiástico supremo, y especialmente el acto importante de la eleccion del sucesor de San Pedro, descansa sobre bases sólidas y seguras, y no se vea, por el contrario, expuesto á las agitaciones políticas ni sometido al interés ó arbitraje de otros poderes, el Sacro Colegio, desde el instante de la muerte del Supremo Gerarca, se ha visto obligado, no sin temores y ansiedad, á fijarse en la cuestion espinosa y árdua del lugar donde el Conclave se reuniera.

“Si, por una parte la necesidad de tomar una resolucion enfrente de las conciencias ansiosas de los fieles y la de asegurar en pleno la absoluta independencia y libertad del Sacro Colegio en momentos tan graves y decisivos para la Iglesia, suscitaba el pensamiento de buscar desde luego un asilo seguro y tranquilo; por otra, los retrasos á

que necesariamente tendria que exponerse la eleccion del Pontífice Romano, aconsejaban obrar de otra manera, y el primero de los deberes del Sacro Colegio es hoy ocuparse sin tardanza en dar un Jefe á la Iglesia viuda, y un nuevo Pastor al rebaño de Jesucristo.

“Este sentimiento ha prevalecido sobre todas las dificultades, moviendo al Sacro Colegio á decidir que el Conclave se constituya en esta ciudad, en tanto que su libertad no sea turbada por nadie. Esta resolucion ha sido tomada con tranquilidad tanto más grande, cuanto que, no relacionándose con el porvenir, deja al futuro Pontífice completamente libre de escoger los medios que el bien de las almas y el interés general de la Iglesia le aconsejen en las condiciones penosas y difíciles en que se encuentra la Sede Apostólica.”

×

Habian trascurrido 10 dias desde la muerte de Pio IX el Grande; y el 18 de Febrero por la mañana se reunieron los Cardenales en la Capilla Sixtina para oír la Misa del Espíritu Santo; el Cardenal Billio ofició de pontifical, y los cantores de la capilla del Papa cantaron la Misa de Palestrina. Mons. Mercurelli pronunció un magnífico discurso *pro eligendo Pontífice*.

Terminada la Misa, recibió Mons. Pecci, Camarlengo, el juramento de los empleados que por su oficio debian permanecer fuera del Conclave: eran éstos el Comendador Sturbine, proveedor del Conclave, el Sr. Scifoni, sustituto del anterior, el conde Vespigniani, arquitecto, y el caballero Martinucci, arquitecto de los palacios apostólicos, ad-junto al anterior.

A las 4 de ese mismo dia se verificó la entrada en el Conclave: los Cardenales cada uno acompañado de su con-clavista ó familiar, se reunieron en la Capilla Paulina, recitaron allí las oraciones preparatorias, y despues, escoltados por la guardia noble y la suiza, atravesaron la gran

sala Real, para dirigirse procesionalmente á la Capilla Sixtina, cantando el sagrado himno *Veni Creator*.

Esta procesion, de la Capilla Paulina á la Sixtina, fué, según testigos oculares, solemne y magestuosa en extremo: marchaban los augustos y ancianos Cardenales lenta y pausadamente; sus voces resonaban graves y melancólicas al entonar el sagrado himno; sus rostros resplandecian con dulzura y piedad celestiales; los severos trajes cardenalicios y los uniformes de los guardias, tomaban un aspecto deslumbrador y fantástico á la rojiza luz de las antorchas que se reflejaba en las severas galerías del Palacio apostólico.

El eminentísimo Marchini, caminaba penosamente, sostenido por dos sacerdotes, y el Cardenal decano Amat, impedido, era llevado en un sillón; sus largos cabellos blancos casi cubrían su rostro, pálido como el de un muerto; pero en su mirada serena y profunda parecia reconcentrarse toda su vida. El Cardenal Carafa apenas podia andar con el peso de los años.

Tierno y conmovedor ha de haber sido ver á aquellos ancianos abandonados de los poderes de la tierra, aborrecidos de los próceres y magnates impios, caminando tranquilos y confiados á elegir el Vicario de Jesucristo, descansando en sus promesas inmortales.

Terminado el *Veni Creator*, los cantores de la Capilla Sixtina y los conclavistas salieron de ésta última, cuyas puertas fueron inmediatamente cerradas. Solos ya los Cardenales, escucharon una breve exhortación del Cardenal Di Pietro, subdecano; leyéronse en voz alta las Constituciones pontificias relativas al Conclave y la elección, y todos los miembros del Sacro Colegio prestaron el juramento de rigor. Un maestro de ceremonias fué en busca del príncipe Chigi, mariscal del Conclave, que llegó precedido de 8 suizos, 6 criados con librea y los 4 Capitanes del Conclave, que componian su estado mayor, y seguido de su gentil hombre de espada, de un Capellan, de los oficiales

de la guardia suiza y del teniente coronel de la palatina. Este séquito quedó á la puerta de la Capilla Sixtina, y el príncipe penetró solo á ella.

Allí prestó juramento en manos del Cardenal subdecano, ante el Sacro Colegio, y se volvió á sus habitaciones con el mismo aparato. El maestro de ceremonias llamó después al mayordomo, á los Obispos, á los Oidores de la Rota, á los sacerdotes de Cámara y á todos los demás Prelados á quienes de algun modo está confiada la custodia del Conclave. Todos penetraron en la Capilla y prestaron el acostumbrado juramento, salieron en seguida y las puertas de la Capilla fueron abiertas de par en par para dar paso á los miembros del Sacro Colegio, quienes después de pasar por la sala Real, llegaron á la Ducal, donde estaban las primeras celdas. Cada Cardenal fué acompañado por un guardia noble.

61 fueron los Cardenales que entraron al Conclave en ese día, y solo faltaron tres para que estuviese completo el Sacro Colegio: el Patriarca de Lisboa, Cardenal Moraes, que llegó á Roma el martes 19 y por la tarde fué admitido al Conclave; el Arzobispo de Nueva York, Cardenal Mackoskley, que habiendo salido de aquella capital el día 9, llegó á Roma el 20, cuando la elección estaba terminada; y el Cardenal Arzobispo de Rennes (Francia), que no pudo asistir por hallarse moribundo.

Habia en aquella Asamblea hombres eminentísimos por su ciencia tanto como por sus virtudes, los cuales después de haber sido lumbreras de los centros de enseñanza y de las Academias habian llegado á convertirse como en oráculos de las congregaciones que presidian: tales eran los Cardenales Franzelin, Billio, Pitra, Guidi, García Gil, etc.; habia jurisconsultos célebres como el abogado Mertel, Obispos llenos de sabiduría en el gobierno de la Iglesia, como los Cardenales Guibert Dechamps, Donnet; habia Cardenales del más ilustre abolengo, como las Eminencias Bonaparte, Schwarsemberg, Hohenloe, Chigi, Anti-

ci Mattei, Falloux, De Luca, Borromeo y Canossa, que han dotado con sus bienes á los enfermos y á los pobres.

Después de haber tomado cada Cardenal posesion de su celda, los tres jefes de las respectivas Ordenes visitaron interiormente el Conclave, para cerciorarse de que todas las salidas estaban bien cerradas y de que no habia comunicacion con el exterior, en tanto que el Mayordomo, gobernador del Conclave, hacia la visita exterior. Habiéndose encontrado todo en regla, procedió el Mariscal á cerrar la puerta con las ceremonias de costumbre. Luego, se redactaron y firmaron las actas prescritas por las Constituciones pontificias.

Eran cerca de las 6 de la tarde del lunes 18 de Febrero, y el Conclave quedó constituido.

×

Y bien, ¿qué fué de las combinaciones diplomáticas más ó menos tenebrosas tramadas con el objeto de estorbar ó de influir en la eleccion del nuevo Papa? ¿qué de la intervencion que se proponia ejercer Alemania?

Dejemos la palabra al Dr. Ferreiroa para que nos explique en su lenguaje lleno de brío y elocuencia el curioso fenómeno:

En vano se conjuran los príncipes y los pueblos contra la obra de Dios; los príncipes y los pueblos perecen, la obra de Dios durará eternamente.

La humana sabiduría y la grandeza terrena, ¿qué son comparadas con la sabiduría y grandeza divinas?

Con un soplo de su aliento disipa el Señor las más fieras tormentas, pone límite á los mares embravecidos, convierte la oscura noche en dia espléndido y sereno. *Pasa y ya no existe el impio*; deja, es cierto, que los príncipes y los pueblos se congreguen contra la Iglesia; más cuando crean más próximo el triunfo, *irredēbit eos*; vendrá el soplo de las *tempestades* (1), de que habla el Espíritu de

(1) Salm. 32, 10.

Dios, y serán arrebatados como la *paja seca* y como el *polvo*.

Así, después de tan grandes temores é inquietudes, y de tan pavorosos obstáculos, celebróse el Conclave con toda la libertad apetecible; Bismarck nada hizo para oprimirle; el *veto*, el absurdo *veto*, no fué exigido por nacion alguna, y hasta Italia no solo dejó á los Cardenales en completa libertad, sino que evitando las apariencias de presion, impidió las demostraciones que se intentaban contra la llamada ley de garantías; prorogó la reunion del Parlamento, fué celosísima en mantener el orden público contra los perturbadores, y empleó su propio ejército en asegurar contra toda tentativa de violencias el lugar donde se habia reunido la Sagrada Asamblea. Asemejáronse las tropas italianas á los soldados del Pretorio en el sepulcro de Cristo, los cuales, con su vigilancia, lograron hacer más palpable la verdad de la Resurreccion del Divino Redentor (1).

¿No es brillante el prodigio, completa la victoria?

Habia llegado para los enemigos de la Iglesia la ocasion deseada; podian llevar á cabo sus planes iníquos, coartar la libertad de los Cardenales, oponerse á la eleccion de Vicario de Jesucristo, suscitar un cisma, y ¡oh maravilla de la Providencia! nada hicieron, ni aun pretendieron hacer.

Bismarck, Depretis, Gambetta, Gorstchakoff enmudecieron ante la tumba de Pio IX, como si Dios hubiera sellado sus lábios, y permitieron á la Iglesia cambiara tranquila sus vestiduras de luto por su traje de gala. (2)

Ahora bien, ¿cómo se explica que hayan enmudecido

[1] *La Civiltà Cattolica*, série X, volúm. V, cuaderno 666.

[2] *L'Unità Cattolica* del 7 de Abril, decia lo que sigue:

"Pio IX preveía su muerte. Empezada la guerra de Oriente entre Rusia y Turquía, vaticinó que produciria grandes complicaciones en Europa, y que obligando á las potencias á serias meditaciones, impediria que atribulasen á la Iglesia, cuando ésta se hallase privada de su Pontífice. Y así sucedió, pues muerto Pio IX, fueron las mismas potencias las que vivamen-

los que tanto habian prometido hablar, que hayan desaprovechado ocasion tan favorable los enemigos de la Iglesia? No ciertamente porque la eleccion de nuevo Papa les pareciera cosa baladí, pues harto interés habian ya demostrado en esta cuestion; tampoco por amor á la Iglesia, pues nadie ignora el odio satánico que la profesan. Ni asimismo creemos que pueda explicarse su conducta por la esperanza de que el Conclave habia de elegir un Papa á su gusto. ¿Cómo llevar la necedad hasta el punto de pretender que los discípulos de Pio IX habian de olvidar tan pronto sus enseñanzas?

Pero, ¿habrán contribuido quizás á la inaccion de los gobiernos los hechos extraordinarios que coincidieron con la muerte del Papa?

Nos referimos á la llegada de los rusos á 30 millas de Constantinopla, á la desaparicion de un imperio del mapa europeo, á la entrada de la escuadra inglesa en los Dardanelos, á la perspectiva, en fin, de guerra universal que por entónces agitaba todos los ánimos.

Tenemos por cierto que, en efecto, estos hechos gravísimos coincidieron con la muerte de Pio IX por especial disposicion de la Providencia, y contribuyeron sin duda á paralizar la accion de los gobiernos. No creemos, sin embargo, que basten á explicar completamente la actitud de estos.

Sin disminuir la impresion causada por sucesos tan

te desearon con la mayor solicitud que fuese pronto elegido su sucesor. Por esto no hubo exclusiva alguna respecto á la persona de los Cardenales, y solo los gobiernos que ántes usaban de la prerogativa del veto manifestaron deseos de la pronta eleccion del Papa, de que ésta se verificase en Italia y de que el Pontífice fuese italiano. Por lo cual todos los que hoy mandan en Roma trabajaron con todas sus fuerzas en procurar la libertad del Conclave. Cuya libertad es por otra parte un caso particular, y no prueba nada en favor del nuevo orden de cosas. Un Cardenal, al que se le mostraban todos los soldados que en los días de viudez de la Santa Sede custodiaban el Vaticano, se contentó con preguntar: "¿Quién los manda? Y si hoy se le antoja mandarlos en nuestro favor, ¿no podrá mañana mandarlos contra nosotros?"

jigantescos, puede asegurarse haber sido mayor la producida por la muerte del Papa, ora porque las cuestiones religiosas tengan siempre el privilegio de interesar al hombre más que las otras, ora tambien porque la noticia de la muerte de Pio IX se recibió de improviso, cuando ménos se esperaba, en tanto que la aproximacion de los rusos á Constantinopla era un hecho generalmente previsto.

Ello es que la cuestion de Oriente no relegó al olvido la cuestion del Papa, y acaso por algunos momentos haya sucedido lo contrario. Cuando en medio de la agitacion producida en Europa por los triunfos de los rusos, el abatimiento de Turquía y las probabilidades de guerra universal, estalló como repentino y formidable trueno la noticia de la muerte de Pio IX, todas las cuestiones se empuñecieron, y por algunos momentos nadie se ocupó más que en el Papa.

No obstante, las potencias no aprovecharon esta especie de tregua de la política oriental para entrometerse en la eleccion de nuevo Pontífice; siendo de advertir, que los triunfos de Rusia podian servir de aliciente á Prusia é Italia á llevar á cabo los planes por largo tiempo dispuestos y madurados; pues el czar seguramente no habia de oponerse á ellos, antes les prestaria apoyo de buen grado con todo su poder y toda su fuerza.

En fin, sea cualquiera el aspecto bajo el que se mire la cuestion, es fuerza reconocer en la conducta de los gobiernos la intervencion de la Divina Providencia.

¡Cuán cierto es que Dios saca el bien de las entrañas mismas del mal, como se vé singularmente en la conducta de Italia!

Esta potencia revolucionaria, desprovista de todo sentido moral, opresora y verdugo de la Santa Sede, fué la que protegió directamente al Conclave; la que con sus mismas tropas veló por la seguridad de los Cardenales. Del mal sacó Dios el bien, y lo sacó tanto más cuanto esa potencia no hizo el bien sino con un fin malo, con el de

probar que el carcelero y el preso disfrutaban de igual libertad. Como si el preso que por benevolencia del carcelero goza de cierta libertad por un momento, dejara de estar preso, como si el verdugo que juega con su víctima no fuera más cruel que el que solamente se ensaña con ella.

Los ministros italianos no se opusieron á sus principios, representando una farsa hipócrita y cobarde; los católicos contradirían á los suyos dejándose engañar, no viendo en los ministros italianos á dóciles instrumentos que manejó á su gusto la Providencia.

El hombre se agita pero Dios le conduce; y los ministros italianos fueron reducidos á defender la libertad del Conclave, como Balaam cantó á pesar suyo las glorias del Señor, como los grandes perseguidores sirven las más de las veces, sin saberlo, los intereses de la Iglesia.

Salutem ex inimicis nostris.

VII.

LOS ESCRUTINIOS.—ELECCION Y ADORACION.
LEON XIII.—SU HUMILDAD.

Este Conclave en que reinó tanto orden, en que se vió tan claramente la unidad de la Iglesia y el concierto cardenalicio, solo contaba en su seno cuatro Cardenales nombrados por Gregorio XVI, que pudieran recordar lo acaecido en el Conclave de 1846: y de estos, el Cardenal Amat habia estado enfermo en aquel tiempo, el Cardenal Schwarzenberg no habia asistido á él por haber llegado tarde; el Cardenal Asquini declaró que sus recuerdos eran muy confusos, y el Cardenal Caraffa, muy anciano, dijo al ser interrogado, que de nada se acordaba.

El primer escrutinio tuvo lugar á las 9 de la mañana del dia 19. Despues de implorar rendidamente la asistencia del Espíritu Santo, acercábase cada Cardenal á depositar su sufragio en el sagrado Cáliz, ante el altar del Dios vivo, con esta solemne protesta:

Testor Christum Dominum, qui me judicaturus est, me eligere quem secundum Deum judico eligi debere.

“Pongo por testigo á Cristo Señor que me ha de juzgar, que elijo á aquel que segun Dios debe ser elegido.”

En este primer escrutinio, el Cardenal Pecci obtuvo 19 votos (1), con lo cual el Camarlengo empezó á llamar la atencion. Mas éste escrutinio fué nulificado á consecuencia de algunas irregularidades de forma: una de las papeletas llevaba marcados en el sello el Capelo y los picchi cardenalicios, y está ordenado por las Constituciones que el sello no contenga nada que pueda indicar al que vota.

Procedióse, por tanto, á otro escrutinio, el primero en realidad, y éste fué su resultado.

Cardenal Pecci	17 votos (por escrutinio).
” ”	9 ” (por accesion).
Cardenal Billio	17 ”
” De Luca	6 ”
” Ferrieri	4 ”
” Franchi	4 ”
” Monaco de la	
” Valeta	4 ”
” Guidi	1 ”
” Martinelli	1 ”
” Caterini	1 ”
” Ledochowski	1 ”

×

En la tarde del mismo 16 se verificó el segundo escrutinio, y los electores que habian dado ya su voto al Cardenal Pecci lo confirmaron, y se les juntaron algunos más, de manera que el Camarlengo obtuvo 34 votos, 25 por escrutinio y 9 por *acesion*. Esta es una segunda votacion, en la cual los Cardenales que votaron á uno de sus colegas que obtuvo pocos votos, votan al que obtuvo más.

Ninguno de los otros Cardenales alcanzó más de 6

(1) Margotti *L' Unitá Cattolica* de 1.º de Marzo de 1878.

probar que el carcelero y el preso disfrutaban de igual libertad. Como si el preso que por benevolencia del carcelero goza de cierta libertad por un momento, dejara de estar preso, como si el verdugo que juega con su víctima no fuera más cruel que el que solamente se ensaña con ella.

Los ministros italianos no se opusieron á sus principios, representando una farsa hipócrita y cobarde; los católicos contradirían á los suyos dejándose engañar, no viendo en los ministros italianos á dóciles instrumentos que manejó á su gusto la Providencia.

El hombre se agita pero Dios le conduce; y los ministros italianos fueron reducidos á defender la libertad del Conclave, como Balaam cantó á pesar suyo las glorias del Señor, como los grandes perseguidores sirven las más de las veces, sin saberlo, los intereses de la Iglesia.

Salutem ex inimicis nostris.

VII.

LOS ESCRUTINIOS.—ELECCION Y ADORACION.
LEON XIII.—SU HUMILDAD.

Este Conclave en que reinó tanto orden, en que se vió tan claramente la unidad de la Iglesia y el concierto cardenalicio, solo contaba en su seno cuatro Cardenales nombrados por Gregorio XVI, que pudieran recordar lo acaecido en el Conclave de 1846: y de estos, el Cardenal Amat habia estado enfermo en aquel tiempo, el Cardenal Schwarzenberg no habia asistido á él por haber llegado tarde; el Cardenal Asquini declaró que sus recuerdos eran muy confusos, y el Cardenal Caraffa, muy anciano, dijo al ser interrogado, que de nada se acordaba.

El primer escrutinio tuvo lugar á las 9 de la mañana del día 19. Despues de implorar rendidamente la asistencia del Espíritu Santo, acercábase cada Cardenal á depositar su sufragio en el sagrado Cáliz, ante el altar del Dios vivo, con esta solemne protesta:

Testor Christum Dominum, qui me iudicaturus est, me eligere quem secundum Deum iudico eligi debere.

“Pongo por testigo á Cristo Señor que me ha de juzgar, que elijo á aquel que segun Dios debe ser elegido.”

En este primer escrutinio, el Cardenal Pecci obtuvo 19 votos (1), con lo cual el Camarlengo empezó á llamar la atencion. Mas éste escrutinio fué nulificado á consecuencia de algunas irregularidades de forma: una de las papeletas llevaba marcados en el sello el Capelo y los picchi cardenalicios, y está ordenado por las Constituciones que el sello no contenga nada que pueda indicar al que vota.

Procedióse, por tanto, á otro escrutinio, el primero en realidad, y éste fué su resultado.

Cardenal Pecci	17 votos (por escrutinio).
” ”	9 ” (por accesion).
Cardenal Billio	17 ”
” De Luca	6 ”
” Ferrieri	4 ”
” Franchi	4 ”
” Monaco de la Valeta	4 ”
” Guidi	1 ”
” Martinelli	1 ”
” Caterini	1 ”
” Ledochowski	1 ”

×

En la tarde del mismo 16 se verificó el segundo escrutinio, y los electores que habian dado ya su voto al Cardenal Pecci lo confirmaron, y se les juntaron algunos más, de manera que el Camarlengo obtuvo 34 votos, 25 por escrutinio y 9 por *acesion*. Esta es una segunda votacion, en la cual los Cardenales que votaron á uno de sus colegas que obtuvo pocos votos, votan al que obtuvo más.

Ninguno de los otros Cardenales alcanzó más de 6

(1) Margotti *L' Unitá Cattolica* de 1.º de Marzo de 1878.

votos; solo S. Emma Martinelli obtuvo 3 en vez de uno del primer escrutinio.

Más habiendo escrito un Cardenal español en su papeleta *Johanne Peccio*, fué anulado su voto á petición del mismo Camarlengo, quien reclamó, diciendo:

—*Non valet quia quisque eminentissimorum habet tabellam typis impresam cum nominibus dominorum Cardinalium.*

Los felices resultados obtenidos presagiaban que la elección no se haría esperar por largo tiempo; y para llegar más pronto á una solución, los Cardenales De Lucca, Franchi y Billio, suplicaron á sus venerables colegas prestaran sus votos al que desde el primer día reunía con justo título una mayoría considerable.

×

Al día siguiente, miércoles 20, verificóse el escrutinio por la mañana con la acostumbrada solemnidad, en esa maravillosa Capilla Sixtina que el génio del hombre iluminado con los más espléndidos resplandores del arte, adornó con tantas obras maestras; allí 62 Cardenales (queda dicho que el Patriarca de Lisboa, llegado la víspera, fué admitido al Conclave), vestidos de roquete y muceta, y con la birreta cardenalicia en la cabeza, sentáronse en sus tronos, y escribió cada cual su papeleta en medio del más profundo silencio. Cuando estuvieron escritas y selladas, se eligieron por suerte tres escrutadores, que fueron á colocarse al pié del altar, dos á la derecha y uno á la izquierda. Nombráronse tres enfermeros, encargados de ir á recoger el voto del Cardenal Amat, quien por su enfermedad no había entrado á la Capilla.

Dejaron despues los Cardenales su trono, y se encaminaron al medio de la nave, yendo procesionalmente, uno por uno, hasta el altar, en el cual estaba puesta al lado de un gran Cáliz de oro la fórmula del juramento, escrita con grandes caracteres. Al llegar cada Cardenal al pié del altar, se colocaba frente al Cáliz, pronunciaba el juramento

en alta voz, depositaba su voto en la patena, lo introducía en el Cáliz y se volvía á su sitio.

Terminada la ceremonia, los tres escrutadores, que lo eran el Card. Regnier, francés, el Card. Mikelowski, polaco, y el Card. Franzlin, alemán, contaron 44 VOTOS en favor del Card. Pecci, que quedó electo Pontífice, pues la mayoría de las dos terceras partes estaba fijada en 42 votos. Los 18 restantes se repartieron así:

Card. Franchi	11	votos.
„ Mertel	3	„
„ Simeoni	2	„
„ Bonaparte	1	„
„ Ledochowski	1	„

×

A consecuencia de esta votación, los Cardenales Franchi y Billio, que eran despues del Card. Pecci, los que habían reunido más votos en los primeros escrutinios, se levantaron, y acompañados de algunos otros, fueron á posternarse ante el Camarlengo. Todos siguieron este ejemplo: el voto le había dado la mayoría y la ADORACION añadió la unanimidad de los sufragios.

Terminada la votación, el Cardenal Di Pietro, en su calidad de subdecano del Sacro Colegio, llamó á monseñor Martinucci y le comunicó las órdenes oportunas para las ceremonias que debían verificarse. Lamó éste á su vez á los maestros de ceremonias, é inmediatamente fueron bajados todos los doceles que cubrían los tronos de los Cardenales, excepto el del número 9, colocado del lado del Evangelio y ocupado por el Card. Pecci, que todavía no era Papa, porque no había expresado aún su voluntad y podía rehusar.

Los tres Jefes de las respectivas Ordenes presentáronse entónces ante el trono del elegido del Señor, al cual el Cardenal subdecano Di Pietro hizo la siguiente pregunta:

—*¿Acceptas ne electionem in Summum Pontificem?*

El Cardenal Pecci oraba!

¿Por qué oraba el Sacerdote eminente—exclama Paul Feval—(1) el hombre de Estado que conocia á fondo la historia lastimosa de nuestro siglo escrita día por día? El que Jesus, esposo de la Iglesia, acababa de elegir entre los hombres, por ser el más fuerte, miraba sin duda dentro de su alma, donde penetraba el primer rayo del espíritu infalible, la imagen distinta del mundo, el reino Espiritual. Pensaba tal vez en las debilidades que era preciso fortalecer, en los dolores que necesitan consuelo, porque tal es la sublime mision del Pontífice Romano; llevar, como Jesus, en su pensamiento todas las angustias de la Iglesia Católica, todos los suplicios del mundo cristiano.”

×

El elegido contestó á la pregunta de estilo del subdecano, “que no se creía digno de ocupar puesto tan encumbrado; pero que viendo la conformidad de pareceres se podría en manos de Dios.”

—*Fiat voluntas tua*, añadió.

Entonces el mismo Cardenal le dirigió esta otra pregunta:

—*Quomodo vis vocari?*

A lo que el Padre Santo respondió:

—LEON XIII, en recuerdo de Leon XII, á quien siempre he tenido en gran veneracion.

Despues monseñor Martinucci, Proto-notario apostólico, redactó el acta de aceptacion del Sumo Pontífice, siendo testigos mons. Lasagni, secretario del Sacro Colegio, y mons. Marinelli, Obispo de Porfiro. Habiéndose retirado los tres Jefes de las Ordenes, se llamó á los Cardenales Diáconos Mertel y Consolini; para que condujesen al elegido á la sacristía, en donde se le revistió con los ornamentos pontificales, es decir, con la sotana y medias blancas, chinelas rojas con la cruz, roquete, muceta, estola y solideo blancos.

[1] *Revue du Monde Catholique.*

Al volver á entrar en la Capilla, el Sumo Pontífice dió de paso la bendicion papal á todos los Cardenales, y sentado en la *Sede gestatoria*, colocada cerca del altar, recibió de aquellos las primeras adoraciones.

Segun las Constituciones, el Camarlengo es quien debe poner el anillo del Pescador en el dedo al nuevo Papa, más resultando electo en esta vez el mismo Camarlengo, Leon XIII nombró Proto-camarlengo al cardenal Schwarzenberg, para que efectuase la ceremonia.

Su Santidad dió de nuevo su bendicion al Sacro Colegio y salió de la Sixtina para volver á su celda, en donde debia permanecer hasta el solemne momento de la gran bendicion.

Lo que debe llamar más particularmente la atencion es la corta duracion de tiempo en que el Conclave hizo la eleccion. En realidad, ésta se hizo por adoracion, en lo cual el Sacro Colegio dió una prueba de gran sentido político: el catolicismo necesitaba un Papa que fuese aclamado, y no uno cuya eleccion fuese dudosa y resultado de compromisos y transacciones.

×

El Conclave acababa de dar un Jefe á la Iglesia de Jesucristo, venciendo preocupaciones de raza y de nacion, sobreponiéndose á toda idea personal, mirando con supremo desden las pretensiones del liberalismo; justificando, en fin, aquella hermosa expresion del duque de Laval, Embajador de Luis XVIII en Roma: “La Revolucion francesa, señores Cardenales, ha puesto los piés en todas partes, ménos en un Conclave.”

El nuevo Pontífice, acudiendo con uncion religiosa al supremo recurso del alma cristiana, la oracion, empequeñeciéndose todo lo más posible, sofocaba en su interior los más tenuous vapores del orgullo, para impetrar del Maestro Divino, poder y fuerza para sobrellevar el peso de tamaña dignidad!

De este sentimiento de humildad del actual sucesor de Pedro, dieron formal testimonio los mismos Cardenales. Así el Eminentísimo Bonnechose, Arzobispo de Rouen, que asistió al Conclave; refiere lo siguiente:

“El Cardenal Pecci, que el martes había obtenido el mayor número de votos, salió al día siguiente de su celda pálido y consternado. En la puerta de la sala encontré con uno de los miembros más venerables del Sacro Colegio, persona de toda su confianza, y le dijo: “No puedo contenerme; siento la necesidad de hablar al Sacro Colegio, porque temo que cometa un error: se me tiene por un doctor, por un sábio, no lo soy: se cree que reúno las condiciones necesarias para ser Papa, y no las tengo. Esto es lo que quiero decir á los Cardenales.” Felizmente su interlocutor le contestó con estas palabras: “En cuanto á ciencia y doctrina, no es á Vos á quien toca juzgar, sino á nosotros. En cuanto á las cualidades para ser Papa, Dios las conoce; dejémosle obrar.” Obedeció el Cardenal Pecci, y bien pronto las cifras del escrutinio le proclamaron Papa.”

El Cardenal Donnet, Arzobispo de Burdeos, decía á su regreso de Roma:

“He visto muy de cerca al Cardenal Pecci. Fué mi comensal todo el tiempo que duró el Concilio Vaticano. Todas las veces que he ido á Roma he tenido con este venerable Príncipe de la Iglesia relaciones frecuentes, y puedo decir que los lazos de la más íntima amistad reunían nuestros corazones. No tardareis en reconocer en Leon XIII todas las cualidades de Pio IX, de impercedera memoria. Posee la misma dulzura, la misma facilidad, la misma elocuencia. La ciencia y la firmeza de carácter se unen en él, como en Pio IX, á la más peregrina virtud y á una prudencia consumada. Su humildad iguala á su mérito. Nuestras sillas se tocaban en el Conclave, y os diré lo que ví. Durante el escrutinio que había de colocarle en la Cátedra de San Pedro, oyendo que su nombre salía más frecuentemente de la urna, y que todas las probabilidades le designaban

como sucesor de Pio IX, ví gruesas lágrimas correr de sus ojos y caer de su mano la pluma de que acababa de hacer uso. La tomé y se la devolví diciéndole: *¡Valor! ¡No es de Vos de quien se trata en este momento! ¡Se trata de la Iglesia y del porvenir del mundo! ¡Si vuestra mano tiembla, la mia está segura!*”

El mismo Cardenal, con motivo de la elección, publicó un edicto en que decía á sus diocesanos:

“Durante el Conclave, y despues de la elección de ésta mañana, me ha sido posible, por estar junto á mí, contar los latidos de su corazón y ser testigo de sus angustias, cuando, saliendo á cada momento su nombre de la urna sagrada, resonaba en los oídos del Sacro Colegio como un grito de esperanza, y en los suyos como una amenaza ó anuncio del más doloroso sacrificio. No, aunque mi vida hubiera de prolongarse un siglo, no olvidaría la dulce efusión con que respondió á nuestros primeros homenajes, y la ternura de su corazón, inclinado hácia el nuestro, en el momento en que la Iglesia entera, en las personas de los Cardenales saludaba su autoridad soberana.”

En fin, el insigne Cardenal Dechamps decía también:

“Hemos asistido á un Conclave, y nó cesaremos de dar gracias á Dios por haber visto con nuestros propios ojos la acción del Espíritu Santo en esta Asamblea de más de sesenta Cardenales de la Santa Iglesia Romana. ¡Qué diferencia, muy queridos hermanos nuestros, entre la elección de un Papa y las demás elecciones que se hacen en el mundo! Los miembros del Sacro Colegio, casi todos Obispos, casi todos encanecidos por la edad, despues de haber invocado al espíritu de Dios, de haber asistido al santo sacrificio de la Misa y haber recibido la santa Comunión, procedieron al escrutinio en medio del más religioso silencio, se aproximaron sucesivamente al altar, se arrodillaron, oraron, y antes de depositar su voto en la patena, y en seguida en el cáliz de oro del Conclave,

prestaron juramento en presencia del Espíritu Santo que ha de juzgarles, de elegir á aquél que creían deber escojer segun Dios para Jefe de la Iglesia universal.

“El soplo de lo alto inclinó pronto los corazones hácia un mismo lado, y bastaron tres escrutinios para dar un Jefe al Catolicismo.

“Nós hemos visto palidecer á Leon XIII cuando aceptó el cáliz de su divino Maestro, y Nós hemos oido de su boca las palabras de la naturaleza humana que tiembla con un peso superior á sus fuerzas; pero tambien las palabras de la confianza cristiana que se apoya en Dios para cumplir la voluntad divina.

“El Papa elegido revistióse con los ornamentos pontificios, y recibió la obediencia del Sacro Colegio. En este primer homenaje de obediencia y en las que se verificaron los días siguientes, hemos visto pasar delante del sucesor de Pedro á la Iglesia católica en sus principales representantes; á los Cardenales de Italia con los de España y Portugal; á los Cardenales de Francia, á excepcion del Arzobispo de Rennes, moribundo; á los Cardenales de Austria, de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Polonia; á los Cardenales de Inaglaterra, de Bélgica, de los Estados-Unidos de América. ¿Qué poder habia podido reunir en Roma á esos ancianos de diferentes naciones? Ningun otro más que la fé en estas divinas palabras: “*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*”

“Había allí como una vision de la unidad religiosa sobre la tierra, milagro viviente y vencedor de las divisiones nacionales, segun esta promesa del Hijo de Dios: *Erit unum ovile et unus Pastor.*”

VIII.

PAPAM HABEMUS.—LA BENDICION SOLEMNE.—CORONACION DE LEON XIII.

La Metrópoli del mundo cristiano apénas bastaba á contener la muchedumbre de viajeros de todos los países que

diariamente llegaban por las vías férreas, que deseaban conocer al nuevo Papa y recibir su bendicion.

Diariamente á la hora de los escrutinios una muchedumbre inmensa cubria la vasta plaza de San Pedro, y confundiéndose allí los miembros más ilustres de la aristocracia romana con los humildes *cotadini*, los sacerdotes con los seglares, los fieles con los simples curiosos; todos con la vista fija en el Vaticano esperaban la feliz nueva de la eleccion, que sería anunciada por la *sfumata*. Los más impacientes exclamaban á cada momento: “*¿E questa fumata non viene?*” “*¿No aparece el humo?*”

El miércoles permaneció la muchedumbre en la plaza hasta despues de las 12 y media, más se dispersó, al ver aparecer una columna levisima de humo, exclamando: “*todavía no hay Pontífice.*”

No habian advertido que el humo era blanco, producido por la simple incineracion de las papeletas, á diferencia de la vispera, que habia sido negro por la paja húmeda que se quema con ellas.

Así, pues, la gran plaza estaba casi vacía. A la una y cuarto se abrió la *loggia* ó galeria exterior de la basílica, y apareció el Cardenal diácono Caterini, precedido de la cruz y seguido de numerosos Prelados, y pronunció con voz clara y elevada estas palabras:

“*Anuntio vobis gaudium magnum: Papam habemus: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum JOACHINUM, Sanctae Romanae Ecclesiae presbyterum tituli Sancti Crysogoni, Cardinalem PECCI, qui sibi nomen imposuit LEO DECIMUS TERTIUS.*”

“Os anuncio una gran alegría: tenemos Pontífice: el Eminentísimo y Reverendísimo Joaquin, Presbítero de la Santa Iglesia Romana, del título de San Crisógono, Cardenal Pecci, quien tomó el nombre de Leon XIII.”

La noticia se extendió con maravillosa rapidez por toda la ciudad, y el alambre telegráfico la trasmitió hasta los

prestaron juramento en presencia del Espíritu Santo que ha de juzgarles, de elegir á aquél que creían deber escojer segun Dios para Jefe de la Iglesia universal.

“El soplo de lo alto inclinó pronto los corazones hácia un mismo lado, y bastaron tres escrutinios para dar un Jefe al Catolicismo.

“Nós hemos visto palidecer á Leon XIII cuando aceptó el cáliz de su divino Maestro, y Nós hemos oido de su boca las palabras de la naturaleza humana que tiembla con un peso superior á sus fuerzas; pero tambien las palabras de la confianza cristiana que se apoya en Dios para cumplir la voluntad divina.

“El Papa elegido revistióse con los ornamentos pontificios, y recibió la obediencia del Sacro Colegio. En este primer homenaje de obediencia y en las que se verificaron los días siguientes, hemos visto pasar delante del sucesor de Pedro á la Iglesia católica en sus principales representantes; á los Cardenales de Italia con los de España y Portugal; á los Cardenales de Francia, á excepcion del Arzobispo de Rennes, moribundo; á los Cardenales de Austria, de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Polonia; á los Cardenales de Inaglaterra, de Bélgica, de los Estados-Unidos de América. ¿Qué poder habia podido reunir en Roma á esos ancianos de diferentes naciones? Ningun otro más que la fé en estas divinas palabras: “*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*”

“Había allí como una vision de la unidad religiosa sobre la tierra, milagro viviente y vencedor de las divisiones nacionales, segun esta promesa del Hijo de Dios: *Erit unum ovile et unus Pastor.*”

VIII.

PAPAM HABEMUS.—LA BENDICION SOLEMNE.—CORONACION DE LEON XIII.

La Metrópoli del mundo cristiano apénas bastaba á contener la muchedumbre de viajeros de todos los países que

diariamente llegaban por las vías férreas, que deseaban conocer al nuevo Papa y recibir su bendicion.

Diariamente á la hora de los escrutinios una muchedumbre inmensa cubria la vasta plaza de San Pedro, y confundiéndose allí los miembros más ilustres de la aristocracia romana con los humildes *cotadini*, los sacerdotes con los seglares, los fieles con los simples curiosos; todos con la vista fija en el Vaticano esperaban la feliz nueva de la eleccion, que sería anunciada por la *sfumata*. Los más impacientes exclamaban á cada momento: “*¿E questa fumata non viene?*” “*¿No aparece el humo?*”

El miércoles permaneció la muchedumbre en la plaza hasta despues de las 12 y media, más se dispersó, al ver aparecer una columna levisima de humo, exclamando: “*todavía no hay Pontífice.*”

No habian advertido que el humo era blanco, producido por la simple incineracion de las papeletas, á diferencia de la vispera, que habia sido negro por la paja húmeda que se quema con ellas.

Así, pues, la gran plaza estaba casi vacía. A la una y cuarto se abrió la *loggia* ó galeria exterior de la basílica, y apareció el Cardenal diácono Caterini, precedido de la cruz y seguido de numerosos Prelados, y pronunció con voz clara y elevada estas palabras:

“*Anuntio vobis gaudium magnum: Papam habemus: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum JOACHINUM, Sanctae Romanae Ecclesiae presbyterum tituli Sancti Crysogoni, Cardinalem PECCI, qui sibi nomen imposuit LEO DECIMUS TERTIUS.*”

“Os anuncio una gran alegría: tenemos Pontífice: el Eminentísimo y Reverendísimo Joaquin, Presbítero de la Santa Iglesia Romana, del título de San Crisógono, Cardenal Pecci, quien tomó el nombre de Leon XIII.”

La noticia se extendió con maravillosa rapidez por toda la ciudad, y el alambre telegráfico la trasmitió hasta los

más remotos confines del globo, inundando de júbilo á los corazones católicos, cuyas lejanas voces formaban eco á esta regocijada exclamacion de los romanos: "¡Tenemos Papa!, ¡Tenemos Papa!"

Pronto fué invadido el interior de la basílica por una muchedumbre numerosa de entusiastas romanos que acudían presurosos, con sin igual animacion, movidos por el deseo vehemente de contemplar á su nuevo Padre, al Padre Santo, y de recibir la Bendicion apostólica.

El nombre de Leon XIII estaba en todos los labios, hacíanse de él las más merecidas alabanzas, encomiábanse particularmente sus virtudes, su ciencia, su bondad y piedad: "E buono Papa," decían los buenos italianos; "es un buen Papa," y se abandonaban á todos los trasportes de la alegría. De repente se produjo uno de esos movimientos populares que preceden siempre á los momentos solemnes: acababa de aparecer la cruz; íbase á dejar ver el Papa, el sucesor de Pio IX; el silencio y el recogimiento sucedieron á la agitacion y al tumulto.

En el fondo de la magestuosa basílica, levantada por el soberbio génio del arte, se abren tres balcones entre seis pilastras colosales, separados por las anchas ventanas de una galería interior que une al Vaticano con San Pedro. El balcon del centro es la *loggia* (cámara) donde aparece el Papa en las grandes solemnidades de la Iglesia, para dar su bendicion á la ciudad y á todo el orbe cristiano.

El entusiasmo que rebotaban todos los pechos estalló en estrepitosas demostraciones de júbilo: treinta mil personas gritaban: ¡Evviva il Papa! ¡Evviva! ¡viva Leone! Los aplausos y las ovaciones caían como una verdadera tempestad; las lágrimas brotaban espontáneas de todos los ojos; todas las miradas se dirigían á lo alto de la basílica y los corazones más alto aún.

Leon XIII no permaneció insensible á la demostracion filial de que era objeto y estaba visible y hondamente con-

movido. Levantó su diestra: con voz clara y vibrante pronunció las palabras de la bendicion sobre el pueblo que la recibía prosternado; y los aplausos y las aclamaciones resonaron de nuevo.

El Pontífice levantó sus brazos al Cielo y bendijo otra vez de nuevo á la multitud. Cuéntase que apenas se había retirado de la *loggia*, cuando, asiéndose del brazo de un Cardenal, le dijo:

—Contemplad, Eminencia, á este bueno y fiel pueblo de Roma.

×

Como se vé, el primer acto público del Vicario de Jesucristo fué una demostracion de la esclavitud que oprime al Pontificado, pues no se presentó en la *loggia* exterior, sino en la interior de la basílica, para dar su bendicion; y así, en vano la esperaron las 80.000 personas que invadían la plaza de San Pedro.

El segundo acto de Leon XIII, esto es, la coronacion, fué otra demostracion palmaria de esa oprobiosa esclavitud. Todos los miembros del Sacro Colegio, recibieron el 1º de Marzo aviso de que no se efectuaría la ceremonia en la *loggia* del pórtico de la Basílica Vaticana, como en un principio se determinó, y como se acostumbraba hacer desde el reinado de Marcelo II (1535), sino en la Capilla Sixtina.

Ya todo se había dispuesto en el interior de San Pedro: allí estaban las tribunas destinadas al cuerpo diplomático, á la aristocracia romana y á los más elevados personajes: pero supose que los revolucionarios intentaban turbar la ceremonia con gritos ofensivos y desplegando estandartes masónicos, y que el gobierno italiano se negaba á mantener el órden; y hé aquí lo que motivó el que se empezaran á destruir el 1º de Marzo las obras llevadas á cabo en San Pedro.

En la mañana del 3 del mismo mes el Padre Santo, precedido de los Colegios de la Prelatura, Penitenciarios, Ca-

nónigos de San Pedro, y seguido de los Cardenales presentes en Roma, hizo su entrada solemne en la Capilla Paulina y de allí se le condujo en la *Sedia* á la Sixtina.

Al entrar á ésta, un maestro de ceremonias que llevaba un baston de plata guarnecido en su extremidad con estopa, hizo una genuflexion ante el Papa: un sacerdote inflamó la estopa y el maestro de ceremonias exclamó, volviéndose al Pontífice:

— ¡Padre Santo, así pasa la gloria de este mundo!

Y repitió tres ocasiones tan severa sentencia. (1)

Después de haber celebrado la Misa el Papa, se sentó en el Trono, teniendo á sus lados á los cardenales diáconos asistentes. Detrás se colocaron los miembros del Sacro Colegio, los Prelados y dignatarios de la Curia Pontificia.

En este momento la Capilla entonó el *motete* célebre de Palestrina: *Corona aurea super caput ejus*. "Una corona de oro ha sido puesta sobre su cabeza." Después el Cardenal diácono le dijo estas palabras: "Recibe la Tiara de tres coronas. Tú eres el Padre de los Príncipes y de los Reyes, el Pastor del Universo y el Vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo."

Cañida en la frente la triple corona, el Soberano Pontífice recitó las preces que preceden á la bendición, y después, elevando las manos al cielo, bendijo al pueblo, haciendo tres veces la señal de la cruz.

Conformándose con una costumbre antigua y respondiendo á la vez á los deseos de su corazón, Su Santidad quiso que participasen los pobres de Roma de una manera particular de la alegría que experimentaban los fieles con su gloriosa exaltacion al Pontificado. Al efecto hizo distribuir por ministerio de su Cardenal Vicario una cantidad

(1) Cuando el inmortal Papa Sixto V vió arder delante de sí la estopa, y oyó las palabras del maestro de ceremonias, exclamó:

—No, la gloria de mi nombre no pasará, porque yo la fundaré en la justicia.

de cinco mil pesos, que todos los años se continúa distribuyendo en el aniversario de su coronacion.

IX.

LUMEN IN COELO.—EL NOMBRE DEL PAPA.

Sabido es que en la profecía de San Malaquías hay una serie de divisas que se han aplicado á la serie cronológica de los Papas, desde Celestino II, que reinaba en vida del Santo, hasta el último Pontífice que será Pedro II, Pedro Romano. Escrita esta famosa profecía en 1143, fué publicada por el benedictino Arnoldo Vion en 1595, y de entonces acá casi ningun autor que se haya ocupado en estas materias ha dejado de citarla.

Es indiscutible que las divisas correspondientes por su número ordinal á los 6 últimos Pontífices, tienen luminosísima significacion y se adaptan á ellos con exactitud pasmosa.

Así, *Peregrinus apostolicus* (*El peregrino apostólico*), señala el lugar correspondiente á Pio VI (1755).—Ahora bien, Pio VI, como es sabido, salió de Roma, cosa desusada hasta entonces, y se dirigió á Viena con una *mission apostólica*. Más tarde fué arrancado de Roma por los revolucionarios franceses, llevado á Viena, á Grenoble y Valence (Francia), donde por fin murió.

Aquila rapax (*El águila que roba*), señala á Pio VII (1800).—¿Quién no vé aquí una alusion al primer Bonaparte que paseó sus águilas triunfantes por toda Europa, y cuya *rapacidad* arrebató al Papa sus Estados.

Canis et coluber (*El perro y la culebra*), corresponde á Leon XII (1823).—Emblemas de la bondad y prudencia de este Pontífice.

Vir religiosus (*El varon religioso*), indica la piedad de Pio VIII (1829).

De balneis Eluriae (*De los baños de Umbria*), alude á la patria de Gregorio XVI (1831).

Cruz de cruce (*Cruz de cruz*), designa á Pio IX (1849). —¿Cuál fué la *cruz* de este Santo Pontífice, sino la que colocó en sus hombros la revolucion acaudillada por la casa de Saboya, que lleva una *cruz* en sus armas, que tiene una *cruz* en su bandera?

Despues del lema *Cruz de cruce*, viene este otro en la profecía de San Malaquías: *Lumen in coelo*.

Despues de Pio IX ocupa el sòlio pontificio Leon XIII, cuyas armas, esas armas usadas por su familia de ilustre abolengo, son: un ciprés en campo azul, cortado por un arco de plata, con una estrella ó cometa de oro á la izquierda del árbol, en la parte superior, y dos flores de lis en la inferior.

El campo azul del blason, y principalmente el cometa y el arco que representa el iris en el cielo, son consideradas como la realizacion de la profecía de San Malaquías.

x

LEON, decimotercero de su nombre, es el 261° en la série de los Pontífices.

LEON... ¿qué presagio tan feliz vió en este nombre la cristiandad entera que esperaba con ánsia al sucesor de Pio IX! Ese solo nombre es todo un programa de combate y evoca el recuerdo de Pontífices que se consagraron á las cuestiones dogmáticas, rechazando los errores de los hombres con la palabra de Dios; que pusieron todo empeño en la constitucion y desarrollo de las sociedades; que atendieron con cuidadoso esmero y dedicaron su vigilancia paternal á los progresos de la civilizacion verdadera.

Viene el primero San Leon el grande (I), cuyas Epístolas recuerdan las del Príncipe de los Apóstoles, por su magestuoso vigor, y en las cuales expone luminosamente los privilegios de Pedro, que era atacado en su primacia y el Misterio de la Encarnacion. Ese fué el Papa que detuvo á las puertas de Roma á Atila y á sus huestes, ese *azote de Dios*, enviado para castigar y purificar la sociedad

antigua. Leon II le sigue, y gobierna la Iglesia con grande firmeza y sabiduría. El Papa III de este mismo nombre es, en el siglo IX, el obrero sublime que reconstruye, en medio del caos de su época, el edificio social de la cristiandad. Ante él dobla el poderoso Carlo Magno su frente para recibir en Roma la corona de Emperador cristiano de Occidente.

Vienen despues otros Papas ilustres de este nombre, y cuando los sarracenos amenazan á Italia y hasta la misma Roma, cuando la poderosa Media Luna se levanta soberbia en el Oriente, florece Leon IX, que pone en vergozosa fuga á los enemigos de Cristo y de la Europa. Este Papa condena la herejía de Berenger y reprime el cisma de Miguel, Cerulario, y de él dice Voltaire que no pudo ménos de rendir homenaje á su gran mérito:

"... el valor de los primeros años de la República revivió en él, en una época de perfidia y corrupcion."

Leon X (Juan de Médicis), llena su siglo con su nombre: entónces lucen con plácido encanto los más hermosos resplandores del Arte; entónces la Ciudad Eterna, la Metrópoli del mundo, es la Atenas cristiana, de donde brotan para derramarse por toda la tierra las más puras y caudalosas fuentes de la ciencia, del arte y la virtud.

Leon XII, el humildísimo Leon XII, que al morir pide ser enterrado á los piés de San Leon el Grande, bajo una simple losa que lleve esta inscripcion modesta: "es el menor de los herederos de tal nombre, quien ha elegido tan humilde lugar"; —asiste á las primeras y más penosas convulsiones de nuestro siglo; él es testigo de las luchas entre la tiranía y el derecho, vé al Papa prisionero de Napoleón, esto es del emperador, y luego ve al emperador caído y el Papa ensalzado; él, en fin, durante su corto Pontificado, propaga la fé arderosamente y ensancha los Estados de la Iglesia, restablecidos y asegurados á la Santa Sede por el Congreso de Viena.

Despues de Leon XII suben al solio pontificio Gregorio

XVI, cuyo rigor prudentísimo es el más adecuado para aquellos tiempos tenebrosos de las sectas enemigas del Pontificado y de la sociedad, y Pío IX, cuya misión providencial no es ignorada de ningún católico.

¿Qué papel, qué misión, corresponderá á Leon XIII en nuestra época, y en la lucha de los principios positivos con los errores contemporáneos y las tendencias de nuestra sociedad?

Ah! Leon XIII, para gloria de la Iglesia y de su nombre, á la humildad profunda de Leon XII juntará la santidad y sólida doctrina y la elocuencia magestuosa de San Leon I, solo comparable á la de los más insignes Padres de la Iglesia; al sereno valor de Leon IX adunará la prudencia, sagacidad y alta política de un Urbano VII: la lucha de este insigne Pontífice no será con la revolución dogmática como la de Pío VI, ni con la revolución encarnada en un hombre como la de Pío VII, ni solo con los gobiernos liberales como la de Gregorio XVI, sino principalmente con el fundamento de la revolución dogmática y de todas las revoluciones, como la lucha sostenida por Pío IX; con el liberalismo elevado al estado de anticristianismo, de anti-religion, de esencia y resumen de todos los errores, de todas las herejías.

Si San Leon el Grande fué el más á propósito para los tiempos de Atila; Gregorio XVI el más á propósito para el tiempo de Luis Felipe; Pío IX el más adecuado para el tiempo de Napoleon III y de Víctor Manuel.—Leon XIII será también el más á propósito para el de Bismarck y Humberto I.

El Sr. Leon XIII apareció sobre las ruinas del poder temporal de la Santa Sede y él sabrá levantarlo sobre Europa á la altura que alcanzó en la Edad Media!

Esto es lo que veremos en la Segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

I.

OJEADA RETROSPECTIVA.

Aun no hace nueve años que Nuestro Santo Padre Leon XIII ocupa por permission divina la silla de San Pedro, y en tan corto espacio de tiempo se han verificado ya muchos cambios significativos, y á veces radicales, en la actitud y aspecto de las grandes potencias europeas para con la Santa Sede; cambios más notables aún si se les considera, como vamos á hacerlo, en conexión con los importantes acontecimientos políticos que han señalado los últimos 15 años en Europa, á contar desde la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel. Mas no solamente en la esfera política se ha hecho notar el influjo providencial y supremo del actual Pontificado, sino también como es de suponerse, en lo que forma su objeto propio y esencial, en las esferas religiosa y social.

A consecuencia de la ocupación de Roma, los Estados Pontificios, que habían sido devueltos y garantizados al Papa, después de la usurpación del primer Bonaparte, por el Congreso de Viena, desaparecieron como Principado, y fueron absorbidos por el reino de Italia, con el patriótico

XVI, cuyo rigor prudentísimo es el más adecuado para aquellos tiempos tenebrosos de las sectas enemigas del Pontificado y de la sociedad, y Pío IX, cuya misión providencial no es ignorada de ningún católico.

¿Qué papel, qué misión, corresponderá á Leon XIII en nuestra época, y en la lucha de los principios positivos con los errores contemporáneos y las tendencias de nuestra sociedad?

Ah! Leon XIII, para gloria de la Iglesia y de su nombre, á la humildad profunda de Leon XII juntará la santidad y sólida doctrina y la elocuencia magestuosa de San Leon I, solo comparable á la de los más insignes Padres de la Iglesia; al sereno valor de Leon IX adunará la prudencia, sagacidad y alta política de un Urbano VII: la lucha de este insigne Pontífice no será con la revolución dogmática como la de Pío VI, ni con la revolución encarnada en un hombre como la de Pío VII, ni solo con los gobiernos liberales como la de Gregorio XVI, sino principalmente con el fundamento de la revolución dogmática y de todas las revoluciones, como la lucha sostenida por Pío IX; con el liberalismo elevado al estado de anticristianismo, de anti-religion, de esencia y resumen de todos los errores, de todas las herejías.

Si San Leon el Grande fué el más á propósito para los tiempos de Atila; Gregorio XVI el más á propósito para el tiempo de Luis Felipe; Pío IX el más adecuado para el tiempo de Napoleon III y de Víctor Manuel.—Leon XIII será también el más á propósito para el de Bismarck y Humberto I.

El Sr. Leon XIII apareció sobre las ruinas del poder temporal de la Santa Sede y él sabrá levantarlo sobre Europa á la altura que alcanzó en la Edad Media!

Esto es lo que veremos en la Segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

I.

OJEADA RETROSPECTIVA.

Aun no hace nueve años que Nuestro Santo Padre Leon XIII ocupa por permission divina la silla de San Pedro, y en tan corto espacio de tiempo se han verificado ya muchos cambios significativos, y á veces radicales, en la actitud y aspecto de las grandes potencias europeas para con la Santa Sede; cambios más notables aún si se les considera, como vamos á hacerlo, en conexión con los importantes acontecimientos políticos que han señalado los últimos 15 años en Europa, á contar desde la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel. Mas no solamente en la esfera política se ha hecho notar el influjo providencial y supremo del actual Pontificado, sino también como es de suponerse, en lo que forma su objeto propio y esencial, en las esferas religiosa y social.

A consecuencia de la ocupación de Roma, los Estados Pontificios, que habían sido devueltos y garantizados al Papa, después de la usurpación del primer Bonaparte, por el Congreso de Viena, desaparecieron como Principado, y fueron absorbidos por el reino de Italia, con el patriótico

(1) pero especioso pretexto de establecer la unidad de la Península; y las potencias europeas que sancionaron solemnemente en Viena la devolucion de dichos Estados, retiráronse y permitieron el despojo, cuando no contribuyeron á él encubiertamente. El 13 de Mayo de 1871 fué aprobado por las Cámaras italianas un proyecto de garantías papales: ese proyecto pretendia garantizar al Papa el título de soberano: graciosísima concesion para un soberano sin Estados. Pero no; él tenia un Estado, que se le garantizaba en el mismo proyecto, resto del territorio papal, el palacio y basílica del Vaticano, con una renta anual de \$645,000 que debia expensar el tesoro italiano; bien que por vía de compensacion de esta renta anual, las omnipotentes Cámaras italianas declararon en 1873 que toda la propiedad de la Iglesia en Roma é inmediatos territorios era propiedad de la nacion: desde aquella fecha se ha venido haciendo una venta constante y rápida de los bienes eclesiásticos, para cubrir los gastos reales y la deuda pública, siempre creciente.

Esto con respecto á Italia.

×
La guerra franco-prusiana de 1870-1871 creó una nueva potencia en Europa y conmovió á Francia hasta en su centro: á Francia dió la república, el imperio á Alemania.

El gobierno francés moderadamente anti-papal en un principio, se mostró al fin lo que es hoy, clara y agresivamente anti-cristiano. Sin embargo, sigue cultivando relaciones diplomáticas oficiales con la Santa Sede.

El conde de Bismarck pensó desde muy temprano, por razones bien conocidas, en romper con el Vaticano; así, el baron Armein, embajador prusiano cerca de la Santa Sede, entró á caballo orgullosamente con las tropas italianas por la brecha de la Puerta Pia. Más tarde fué retirada la legacion de Prusia, de suerte que cesaron las relaciones diplomáticas entre aquella y la Santa Sede. La historia de la guerra empeñada por el príncipe de Bismarck con la Santa

Sede y los súbditos católicos de Prusia es de tal manera conocida que apenas necesitamos hacer referencia á ella.

Después de la ocupacion de Roma, á la sazón que los prusianos hollaban el suelo francés, el Papa fue aprisionado en el Vaticano y despojado de su territorio, sin que en Europa encontrase un gobierno que le tendiera mano amiga.

Francia habia retirado sus tropas, y aunque Thiers, estadista que defendió siempre las temporalidades de la Santa Sede, se hallaba en el poder, encontrábase el país en tal estado de confusion y apuros que nada habria podido hacer por el Papa, aunque hubiera querido. Además, Francia acababa de ser reducida á potencia de segundo orden. Inglaterra, como de costumbre, era tenazmente antipapal; Alemania, bajo la direccion de Prusia y la política del príncipe de Bismarck se hizo ferozmente anticatólica; Rusia, que se hallaba bajo el cetro de Alejandro II, cruel perseguidor de los católicos, apartóse con indiferencia; Austria guardó silencio, mientras España, con sus perturbaciones interiores tenia demasiado que hacer para ayudar al Papa. Este, celoso de las prerogativas y del carácter inherente á su mision, en vísperas de encenderse la guerra entre Alemania y Francia, se aventuró á interceder con los combatientes para evitar el aterrador conflicto; pero su indicacion fué recibida con fria urbanidad por las partes interesadas, mientras la prensa europea se rió de ella, considerándola como un rasgo de audacia ó de candor senil.

×
Un hecho trascendental en el dominio religioso, suscitó y extendió la hostilidad de las Potencias para con el Pontificado en esta época: la definicion y aceptacion inmediata por toda la Iglesia Católica de la doctrina de la infalibilidad pontificia. La definicion de este dogma, poco tiempo después de la publicacion del *Syllabus*, en el que tan admirablemente se reunieron las enseñanzas y malignas

tendencias de la época, para condenarlas, puso en conflicto al mundo anticatólico, arrancándole un grito de furor y resentimiento contra la Santa Sede, el Papado y la supremacía del Sucesor de Pedro. Todo el edificio del Pontificado, á su vez, fué condenado á muerte por los mismos á quienes anatematizara con tanto valor. Las sociedades secretas creyeron llegado por fin el momento que por tanto tiempo desearan: era su hora y la del poder de las tinieblas. La falsa proteccion de Austria quedó aniquilada por Francia y Cerdeña; Francia, en cambio, tuvo que retirar la suya tan débil.

Sobre la quebrantada Francia y la conmovida Austria levantóse vencedora la protestante Prusia, unciendo toda la Alemania á las ruedas de su carro; á la vez que el mundo todo se levantaba contra el prisionero del Vaticano que tenia la presuncion de reprimirlo y enseñarlo.

En efecto, inmediatamente despues de la ocupacion de Roma, de la paz franco Prusiana, y de la inauguracion del nuevo y poderoso imperio aleman, empieza una política distintamente anticatólica y antipapal que se extiende rapidamente por toda la tierra.

El Sumo Pontífice tiene atadas las manos, y atada está su lengua; ya no le es dado comunicarse libremente con sus espirituales súbditos. Los obispos y sacerdotes de Italia, desposeidos de sus bienes propios se agrupan en torno de Pio IX, mendigando su actual subsistencia.

Bismarck hace pedazos la Iglesia de Prusia: los obispos son compelidos, uno por uno á abandonar sus iglesias ó á entrar en prision; cuando alguno de ellos muere no hay quien lo pueda remplazar, porque no hay tampoco manera de ordenarlos. Los seminarios eclesiásticos son invadidos y cerrados; la educacion católica está en entredicho completo; las órdenes religiosas de ambos sexos son expulsadas; los fieles ya no tienen altares en donde puedan ofrecer á Dios sus plegarias. La propaganda anticatólica de Alemania se extiende hasta Suiza, y allí se presentan

parecidas escenas. España tambien siente su influjo; los liberales belgas trabajan activamente en el poder; Francia toma bajo su direccion el movimiento, en tanto que Italia oprime á la Iglesia. Pio IX se expresó, pues, con verdad, cuando dijo á varios norte-americanos:

—“Soy más Papa en los Estados Unidos que en cualquiera otro país.”

Mr. Gladstone no deja tampoco de levantar en Inglaterra el grito antipapal, ni de poner en juego todo su influjo para convencer á sus compatriotas, y á todos los que se hallan al alcance de su elocuencia, que por causa del Papa y de su infalibilidad, es imposible para un verdadero católico ser verdadero inglés y súbdito leal del Reino Unido. Esto es precisamente lo que el príncipe de Bismarck procura inculcar con actos y palabras.

X

Así se estremecian de furor las naciones, así blasfemaban los pueblos, así se levantaban los príncipes de este mundo contra su Señor y su Cristo. En medio de estas escenas y de estas pruebas, el Sumo Pontífice no perdió un solo momento su esperanza, su paciencia, su fortaleza invencible; jamás cedió ni un ápice á sus enemigos, que eran los enemigos de la Iglesia y del Cristianismo; jamás cesó de sostener sus justas reclamaciones, la dignidad é inalienables derechos de la Santa Sede; jamás usó de palabras suaves para atenuar los actos de violencia, ultraje y rapacidad que lo privaron de su territorio, de su libertad personal, de su independencia de accion. Él llamó la atencion de los gobernantes sobre lo que significaban esos actos de abierta violacion de todo derecho sagrado y profano; él les hizo conocer repetidas veces, y con ardorosas palabras las consecuencias de sus propios actos; no solo con referencia á la Santa Sede sino tambien con relacion á ellos mismos y á la sociedad política y civil.

Nada valió, no obstante: los gobiernos siguieron opri miendo á la religion y segando los canales de la gracia di-

X

vina, enseñaron á los pueblos que no habia Dios, de la religion los condujeron á la irreligion. En Prusia, segun las leyes de Falk, tristemente célebres para los católicos, ya no habia necesidad de la intervencion religiosa en el nacimiento, ni en el matrimonio ni en la muerte; la vida del hombre podia deslizarse tranquilamente sin aquella, podia venir al mundo y salir de él sin la bendicion de Dios. En consecuencia, los sacramentos del bautismo, del matrimonio y la extremauncion quedaron abolidos como inútiles. ¿Y con qué se substituyó la mano de Dios? con la mano del Estado, porque "en el dominio de este mundo—como proclamó el príncipe de Bismarck en uno de sus discursos de aquella época—el Estado tiene la propiedad y la preeminencia." En ese mismo discurso pronunció el Canciller, si mal no recordamos, aquella arrogante cuanto aplaudida frase: "Nosotros no iremos á Cannosa."

En esta situacion lamentable del mundo, cuando todos los Estados de Europa eran gobernados por instrumentos ciegos del masonismo, cuando todos renegaban de las doctrinas salvadoras de la fé cristiana, es cuando aparece en la silla de Pedro el actual Pontífice Leon XIII.

Veámos, pues, su conducta y los hechos de su luminoso Pontificado.

II.

LOS PRIMEROS ACTOS DE LEON XIII

Cada nuevo Pontificado, como es de suponerse, ocasiona cambios en el personal del gobierno y corte del Vaticano: Leon XIII no quiso introducirlos sino despues de maduro y detenido exámen. Entregóse, pues, al estudio y meditacion de este asunto, y tanto trabajó en él los primeros ocho dias despues de su eleccion, que cayó enfermo y suspendió las recepciones.

Lo que más le preocupaba era el nombramiento del Secretario de Estado, cargo importantísimo en la corte de los Papas. Nunca habia sido tan difícil como entónces la

situacion de la Santa Sede, y hé aqui por qué exigia de parte del Secretario de Estado gran soltura y consumada experiencia en los negocios, cualidades que el Padre Santo encontró en el Cardenal Franchi, que fué inmediatamente designado. En efecto, este príncipe de la Iglesia tenia todas las cualidades necesarias para colocarse á la altura de su gravísimo destino, erudicion profunda, sagacidad diplomática, afabilidad exquisita, presencia simpática, carácter firme y golpe de vista seguro. Habiendo desempeñado el cargo de Nuncio en Madrid, supo captarse las simpatías generales, y en el corto tiempo en que fungió de Secretario de Estado pudo demostrar su gran valía: á él fué debido que se hiciera posible la presencia en Kissingen del Nuncio Apostólico de Baviera y la conferencia que tuvo éste con el príncipe de Bismarck. Pronto, por desgracia habia de sucumbir, victima de su deber, para ser substituido por el Cardenal Nina, el confidente y consejero de sus proyectos.

Leon XIII confirmó en sus cargos á los Prefectos de las Congregaciones; al Cardenal Monaco de la Valetta en el de Vicario general de Roma y al Cardenal Billio en el de Director de la Penitenciaría.

El Cardenal Morichini fué nombrado Prefecto de la Signatura de Justicia; el Card. Martinelli, Prefecto de la del Índice; el Card. Bartolini Prefecto de la de Ritos; y el Card. Mertel, Secretario de los Memoriales.

La Prefectura de la Propaganda, que desempeñaba el Card. Franchi, fué confiada al Card. Simeoni, y el Card. Di Pietro, Subdecano del Sacro Colegio quedó de Camarlengo de la Santa Iglesia: así proveyó el nuevo Pontífice los cargos más honrosos y delicados, acreditando una vez más con su acierto, su perspicacia y su celo por el bien y la prosperidad de la Iglesia.

Leon XIII se negó á conceder las gratificaciones que se acostumbraban dar á ciertos empleados del Vaticano, al

vina, enseñaron á los pueblos que no habia Dios, de la religion los condujeron á la irreligion. En Prusia, segun las leyes de Falk, tristemente célebres para los católicos, ya no habia necesidad de la intervencion religiosa en el nacimiento, ni en el matrimonio ni en la muerte; la vida del hombre podia deslizarse tranquilamente sin aquella, podia venir al mundo y salir de él sin la bendicion de Dios. En consecuencia, los sacramentos del bautismo, del matrimonio y la extremauncion quedaron abolidos como inútiles. ¿Y con qué se substituyó la mano de Dios? con la mano del Estado, porque "en el dominio de este mundo—como proclamó el príncipe de Bismarck en uno de sus discursos de aquella época—el Estado tiene la propiedad y la preeminencia." En ese mismo discurso pronunció el Canciller, si mal no recordamos, aquella arrogante cuanto aplaudida frase: "Nosotros no iremos á Cannosa."

En esta situacion lamentable del mundo, cuando todos los Estados de Europa eran gobernados por instrumentos ciegos del masonismo, cuando todos renegaban de las doctrinas salvadoras de la fé cristiana, es cuando aparece en la silla de Pedro el actual Pontífice Leon XIII.

Veámos, pues, su conducta y los hechos de su luminoso Pontificado.

II.

LOS PRIMEROS ACTOS DE LEON XIII

Cada nuevo Pontificado, como es de suponerse, ocasiona cambios en el personal del gobierno y corte del Vaticano: Leon XIII no quiso introducirlos sino despues de maduro y detenido exámen. Entregóse, pues, al estudio y meditacion de este asunto, y tanto trabajó en él los primeros ocho dias despues de su eleccion, que cayó enfermo y suspendió las recepciones.

Lo que más le preocupaba era el nombramiento del Secretario de Estado, cargo importantísimo en la corte de los Papas. Nunca habia sido tan difícil como entónces la

situacion de la Santa Sede, y hé aqui por qué exigia de parte del Secretario de Estado gran soltura y consumada experiencia en los negocios, cualidades que el Padre Santo encontró en el Cardenal Franchi, que fué inmediatamente designado. En efecto, este príncipe de la Iglesia tenia todas las cualidades necesarias para colocarse á la altura de su gravísimo destino, erudicion profunda, sagacidad diplomática, afabilidad exquisita, presencia simpática, carácter firme y golpe de vista seguro. Habiendo desempeñado el cargo de Nuncio en Madrid, supo captarse las simpatías generales, y en el corto tiempo en que fungió de Secretario de Estado pudo demostrar su gran valía: á él fué debido que se hiciera posible la presencia en Kissingen del Nuncio Apostólico de Baviera y la conferencia que tuvo éste con el príncipe de Bismarck. Pronto, por desgracia habia de sucumbir, victima de su deber, para ser substituido por el Cardenal Nina, el confidente y consejero de sus proyectos.

Leon XIII confirmó en sus cargos á los Prefectos de las Congregaciones; al Cardenal Monaco de la Valetta en el de Vicario general de Roma y al Cardenal Billio en el de Director de la Penitenciaría.

El Cardenal Morichini fué nombrado Prefecto de la Signatura de Justicia; el Card. Martinelli, Prefecto de la del Índice; el Card. Bartolini Prefecto de la de Ritos; y el Card. Mertel, Secretario de los Memoriales.

La Prefectura de la Propaganda, que desempeñaba el Card. Franchi, fué confiada al Card. Simeoni, y el Card. Di Pietro, Subdecano del Sacro Colegio quedó de Camarlengo de la Santa Iglesia: así proveyó el nuevo Pontífice los cargos más honrosos y delicados, acreditando una vez más con su acierto, su perspicacia y su celo por el bien y la prosperidad de la Iglesia.

Leon XIII se negó á conceder las gratificaciones que se acostumbraban dar á ciertos empleados del Vaticano, al

advenimiento de un Papa, pues no existiendo ya, en virtud del nuevo órden de cosas, la Cámara Apostólica, de donde se tomaban los fondos, y viéndose reducida la Sante Sede al extremo de vivir con las limosnas de los fieles, tenia el deber de conducirse con parsimonia, suprimiendo larguezas, é introduciendo economías, que aumentasen la parte de los pobres.

Otra reforma de importancia introdujo el Sumo Pontífice en la que era antes Cámara Apostólica: los clérigos que la componian estaban encargados de la administracion temporal de los Estados Pontificios, y en tal concepto desempeñaban cargos tan importantes, que su decano alcanzaba comunmente la púrpura cardenalicia; pero despues de 1870 esos cargos fueron puramente nominales, así como los de Oidores de la Rota y de otros prelados de diferentes colegios. Los titulares no tenian, pues, otra ocupacion que la concerniente á la dignidad de la prelatura. Por esto dispuso el Padre Santo que pasasen á ocupar un lugar en las Congregaciones pontificias, donde el despacho de los asuntos reclamaba urgentemente su presencia, para obtener de esta suerte mayor prontitud y expedicion en los numerosos negocios que afluyen á Roma de todos los puntos del globo, y para aprovechar todas las capacidades y energías cristianas.

Así imprimia el nuevo Gerarca, hasta en asuntos puramente administrativos, la huella de sus primeros pasos; y es que un verdadero carácter, como el de Leon XIII, tiene su manera de ser especial, é imprime sus rasgos esenciales en todo lo que le rodea.

x

La energía del nuevo Papa de nadie era desconocida; pero como no le falta aquella laudable templanza, aquel tacto exquisito que son compatibles con las exigencias severas de la justicia, cábele á Leon XIII la gloria de haber iniciado con las potencias que tenian interrumpidas sus relaciones con la Santa Sede una conciliacion discreta;

justamente apreciada por aquellos á quienes procuraba atraerse.

Así, Su Santidad se dirigió á los gobiernos hostiles ó disidentes, por medio de las siguientes cartas:

CARTA DE SU SANTIDAD Á S. M. EL EMPERADOR DE RUSIA.

“Leon XIII, Papa, al muy Serenísimo y muy poderoso Emperador y Rey, salud:

“Por los designios impenetrables del Señor y sin ningún mérito de Nuestra parte, Nós hemos sido elevado á la Silla del Príncipe de los Apóstoles, y cumplimos el grato deber de dar conocimiento de este hecho á V. M. I. y R., bajo cuyo cetro poderoso y glorioso viven tantos hombres adictos á nuestra Santa Religion.

“Sintiendo que no existan las relaciones que ántes existian felizmente entre la Santa Sede y V. M., Nós apelamos á la magnanimidad de su corazon para obtener que la paz y tranquilidad de las conciencias sea devuelta á esa parte considerable de sus súbditos, los cuales no dejarán, como se lo impone la misma fé que profesan, de mostrarse respetuosos y fieles hácia V. M. con la más escrupulosa sumision. Plenamente asegurado de la justicia de V. M., Nós imploramos al Señor para que le conceda los dones del cielo con abundancia, y le suplicamos se digne hacer que V. M. se una á Nós por los lazos de la caridad.

“Dado en Roma en la Basilica de San Pedro el 28 de Febrero de 1873, primer año de nuestro reinado.”

Respuesta del Emperador á la notificacion de Su Santidad Leon XIII, dada en San Petersburgo el 5 de Mayo de 1878.

“Hemos recibido la notificacion que Vuestra Santidad nos ha hecho de su advenimiento al Trono Pontificio y el

deseo que nos expresa para que se restablezcan las buenas relaciones entre nuestro Gobierno y la Santa Sede católica Romana, con ventaja de los pueblos que en nuestro Imperio profesan esa Religión. Nós participamos del deseo de Vuestra Santidad. La tolerancia religiosa es un principio consagrado en Rusia por las tradiciones políticas y las costumbres nacionales.

“No ha dependido de Nós que la Iglesia católica Romana, como todas las que existen en nuestro Imperio bajo la égida de las leyes, no haya cumplido con plena seguridad la misión que la Religión, estrictamente extraña á las influencias políticas, está llamada á ejercer para la edificación y la moralización de los pueblos. Vuestra Santidad debe estar convencido de que, dentro de sus límites, será acordada á la Iglesia, de la cual es el Jefe espiritual, toda la protección compatible con las leyes fundamentales de nuestro Imperio, que es nuestro deber hacer respetar, y que Nós secundaremos con eficacia todos los esfuerzos que tiendan al bienestar religioso de Nuestros súbditos del rito católico romano.”

A una carta idéntica á la que dirigió Su Santidad al Emperador de Rusia, contestó el Emperador de Alemania en la forma siguiente:

“Guillermo, por la gracia de Dios Emperador y Rey, á Leon XIII, Soberano Pontífice de la Iglesia Católica Romana, salud:

“Hemos recibido con reconocimiento, por mediación del Gobierno Confederado de S. M. el Rey de Baviera, la carta del 20 de Febrero, en que Vuestra Santidad ha tenido la bondad de informarnos de su elevación á la Silla Pontificia.

“Os felicito sinceramente porque los votos del Sacro Colegio se hayan reunido en vuestra persona, y os deseo

de todo corazón un Gobierno bendecido por la Iglesia confiada á vuestra guarda. Vuestra Santidad quiere con razón que nuestros súbditos católicos, lo mismo que los otros, presten á la autoridad y las leyes la obediencia que responde á las enseñanzas de la fé comun cristiana.

“Refiriéndonos á la ojeada que Vuestra Santidad arroja sobre el pasado, puedo añadir que los sentimientos cristianos del pueblo alemán han conservado la paz en el país y la obediencia hácia las autoridades; y que ellos garantizan que estos preciosos bienes serán igualmente conservados en el porvenir.

“A las palabras amistosas que Nos dirigís, añado voluntariamente la esperanza de que estareis dispuesto, con la influencia poderosa que la Constitución de Vuestra Iglesia concede á Vuestra Santidad sobre todos los siervos de la misma, á obrar de manera que los que han sido negligentes hasta aquí para obedecer las leyes del país que habitan, seguirán el ejemplo del pueblo cuya educación espiritual les está confiada.

“Ruogamos á Vuestra Santidad reciba las seguridades de nuestra más alta consideración.

“Berlin, 24 de Marzo de 1878.

GUILLERMO, Emperador y Rey.

“Firmado: DE BISMARCK.”

En estos mensajes de Su Santidad resulta, no solo su lenguaje conciliador, sino también su delicada caridad, porque muy lejos de acumular recriminaciones, lejos de herir susceptibilidades, el Soberano Pontífice dando muestras de elevadísimo consejo y del más fervoroso celo evangélico, se limitó por el contrario, á formular deseos de paz para ver de lograr el bien de las almas y la paz religiosa del mundo; consejo, celo y deseos que encontraron eco bien pronto en todos los corazones generosos. Así, en las con-

testaciones de los Jefes de Estados disidentes, nótase la admiración que causa la caridad del lenguaje Pontificio.

x

A otra carta dirigida por la Santidad de Leon XIII al Presidente de la Confederación Suiza, en la que expresaba idénticos deseos que á los emperadores de Prusia y Rusia, contestó el primer magistrado de aquella República lo siguiente:

"SANTÍSIMO PADRE:

"Por Breve del 25 de Febrero de este año se ha dignado Vuestra Santidad dar conocimiento al Congreso federal de la Confederación Suiza de su advenimiento á la Sede Apostólica; y este Consejo levantó con altísimo interés acta de esta comunicación. También no quiere dejar pasar esta ocasión de ofrecer á Vuestra Santidad sus felicitaciones más sinceras y su profundo agradecimiento por el Breve con que lo ha honrado.

"En lo que concierne á la situación de la Religión Católica en Suiza, que Vuestra Santidad califica de deplorable, el Consejo federal debe hacer notar que ésta Religión goza, como los demás cultos, una libertad garantizada por la Constitución, bajo la sola reserva de que las autoridades eclesiásticas no intervengan en los derechos y competencias de los Estados, ni en los derechos y libertades de los ciudadanos.

"El Consejo federal secundará con gusto en su esfera de acción los esfuerzos de Vuestra Santidad para la paz religiosa y buena armonía entre los diversos cultos de Suiza; y bajo el imperio de estos sentimientos aprovecha esta primera ocasión de presentar á Vuestra Santidad la expresión de su elevada consideración y profundos respetos y de recomendarlos con ellos á la protección del Todopoderoso.

"Berna, Abril 5 de 1878.—En nombre del Consejo Federal Suizo, el Presidente de la Confederación, Firmado:

SLHENK.—El Canciller de la Confederación, Firmado: SIHENNS."

x

A la sazón regía los destinos de nuestro país el general Diaz, elevado á la primera magistratura por el triunfo reciente del Plan de Tuxtepec. También á él se dirigió Su Santidad, en estos términos:

"A SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA MEXICANA,

LEON XIII, PAPA.

EXCELENTISIMO SEÑOR, SALUD.

Elevado por la voluntad divina, aunque sin mérito de Nuestra parte, á la sublime Catedra del Príncipe de los Apóstoles, Nos apresuramos á dar de ello conocimiento á Vuestra Excelencia, en el convencimiento de que esta comunicación personal pueda seros grata. Aflígenos en esta ocasión el que las amistosas relaciones que existían en otro tiempo entre la Santa Sede y la República Mexicana hayan sufrido en estos últimos años una interrupción deplorable, y por otra parte el que la situación de la Iglesia Católica sea en México igualmente deplorable.

"Confiado en los sentimientos de justicia que animan á Vuestra Excelencia y al pueblo mexicano, Nós esperamos que no se tardará en encontrar los oportunos y eficaces remedios de estos males; y abrigando esta dulce esperanza, Nós rogamos al Señor derrame sobre ella la abundancia de los dones celestiales; y al mismo tiempo le suplicamos se digne reunirlos á Nós con los lazos de la más perfecta caridad.

"Dado en San Pedro de Roma, el 25 de Febrero de 1875, año primero de Nuestro Pontificado.

Firmado: LEON XIII, PAPA.

No hemos podido haber á las manos, á pesar de nuestra diligencia, la contestacion á este Breve, para publicarla; pero cualquiera que haya sido, no dió resultados prácticos aquí donde el liberalismo solo pudo escalar el poder á fuerza de sangrientas revoluciones, no para garantizar las libertades que inscribió en su bandera, sino para oprimir y vejar á la Iglesia y sus hijos.

Dichosamente, no sucedió lo mismo en todas partes, pues los esfuerzos del Papa no tardaron en ser coronados por el éxito más lisonjero. De los Jefes de otros Estados disidentes, obtuvo desde luego contestaciones sumamente corteses y promesas solemnes de cooperar á la realizacion de los deseos formulados por el Padre comun de los fieles en pro de los intereses de la Iglesia. Las relaciones de España con la Santa Sede se estrecharon más, y los lazos que unian al Vaticano con la corte de Viena se consolidaron también con recíprocos testimonios de sincera y profunda amistad, como lo prueba el que Leon XIII, de acuerdo con el gobierno austriaco, restableció los obispos en Bosnia y Herzegovina. Portugal reanuló sus antiguas relaciones con el Vaticano y mejoraron algo las del Imperio alemán, en las repúblicas centro-americanas y en el Brasil se abrió una era de paz religiosa. En Inglaterra la opinion pública, impresionada con el espíritu benevólo del Sumo Pontífice, se manifestó de una manera ostensible en favor de la Santa Sede, mientras el gobierno de Baviera, que le era antes hostil, cedió á las justas reclamaciones del Soberano Pontífice, dejó de proteger á los *viejos católicos* y pudo nombrarse el arzobispo de Munich.

III.

EL PRIMER CONSISTORIO DE LEON XIII.—LA ENCICLICA INSCRUTABIL.—AUDIENCIAS PONTIFICIAS.

Celebró el nuevo Papa su primer Consistorio el 25 de Marzo. Esperábase con ansiedad este acto, porque al dirigirse al Sacro Colegio debía abrirle su corazón y comuni-

carle sus pensamientos trazando la línea de conducta que se proponía seguir.

A las diez de la mañana, el Padre Santo, revestido de la gran capa pluvial de damasco rojo y ceñida la frente con la mitra de oro, ocupó el Trono y dijo á los Emms. Cardenales:

“VENERABLES HERMANOS:

“Cuando en el mes pasado nos vimos llamados por vuestros votos á regir el timon de la Iglesia universal y á ocupar en la tierra el lugar del Príncipe de los Pastores, que es Jesucristo, sentimos repentinamente oprimírsenos el corazón con pena y angustia grandísima. Nos infundió pavor indecible, por una parte, el profundo conocimiento de nuestra indignidad, y por otra, la flaqueza de nuestras fuerzas, completamente insuficientes para soportar tan grave carga, flaqueza que nos parecia tanto mayor, cuanto más hermoso y más espléndido resonaba en todo el mundo el nombre de nuestro inmortal antecesor Pio IX.

“Él, en efecto, Pastor de la grey católica peleando siempre heroicamente por la verdad y la justicia, y sosteniendo maravillosamente fuertes trabajos en el gobierno de la Cristiandad, no solamente había iluminado esta Sede Apostólica con el resplandor de sus virtudes, sino que también había infundido tanto amor y asombro en toda la Iglesia, que verdaderamente del mismo modo que se ha excedido á todos los Romanos Gerarcas en la duracion del Pontificado, puede decirse que ha recibido en mayor número que todos ellos pruebas insignes de pública y constante simpatía.

“Por otra parte, nos desanimaba el tristísimo estado que guarda en nuestros dias, casi en todo el mundo, no solo la humana sociedad, sino también la Iglesia Católica, y especialmente esta Sede Apostólica, que, despojada violentamente de su dominio temporal, se ve reducida al extremo

No hemos podido haber á las manos, á pesar de nuestra diligencia, la contestacion á este Breve, para publicarla; pero cualquiera que haya sido, no dió resultados prácticos aquí donde el liberalismo solo pudo escalar el poder á fuerza de sangrientas revoluciones, no para garantizar las libertades que inscribió en su bandera, sino para oprimir y vejar á la Iglesia y sus hijos.

Dichosamente, no sucedió lo mismo en todas partes, pues los esfuerzos del Papa no tardaron en ser coronados por el éxito más lisonjero. De los Jefes de otros Estados disidentes, obtuvo desde luego contestaciones sumamente corteses y promesas solemnes de cooperar á la realizacion de los deseos formulados por el Padre comun de los fieles en pro de los intereses de la Iglesia. Las relaciones de España con la Santa Sede se estrecharon más, y los lazos que unian al Vaticano con la corte de Viena se consolidaron también con recíprocos testimonios de sincera y profunda amistad, como lo prueba el que Leon XIII, de acuerdo con el gobierno austriaco, restableció los obispos en Bosnia y Herzegovina. Portugal reanuló sus antiguas relaciones con el Vaticano y mejoraron algo las del Imperio alemán, en las repúblicas centro-americanas y en el Brasil se abrió una era de paz religiosa. En Inglaterra la opinion pública, impresionada con el espíritu benevólo del Sumo Pontífice, se manifestó de una manera ostensible en favor de la Santa Sede, mientras el gobierno de Baviera, que le era antes hostil, cedió á las justas reclamaciones del Soberano Pontífice, dejó de proteger á los *viejos católicos* y pudo nombrarse el arzobispo de Munich.

III.

EL PRIMER CONSISTORIO DE LEON XIII.—LA ENCICLICA INSCRUTABIL.—AUDIENCIAS PONTIFICIAS.

Celebró el nuevo Papa su primer Consistorio el 25 de Marzo. Esperábase con ansiedad este acto, porque al dirigirse al Sacro Colegio debía abrirle su corazón y comuni-

carle sus pensamientos trazando la línea de conducta que se proponía seguir.

A las diez de la mañana, el Padre Santo, revestido de la gran capa pluvial de damasco rojo y ceñida la frente con la mitra de oro, ocupó el Trono y dijo á los Emms. Cardenales:

“VENERABLES HERMANOS:

“Cuando en el mes pasado nos vimos llamados por vuestros votos á regir el timon de la Iglesia universal y á ocupar en la tierra el lugar del Príncipe de los Pastores, que es Jesucristo, sentimos repentinamente oprimírsenos el corazón con pena y angustia grandísima. Nos infundió pavor indecible, por una parte, el profundo conocimiento de nuestra indignidad, y por otra, la flaqueza de nuestras fuerzas, completamente insuficientes para soportar tan grave carga, flaqueza que nos parecia tanto mayor, cuanto más hermoso y más espléndido resonaba en todo el mundo el nombre de nuestro inmortal antecesor Pio IX.

“Él, en efecto, Pastor de la grey católica peleando siempre heroicamente por la verdad y la justicia, y sosteniendo maravillosamente fuertes trabajos en el gobierno de la Cristiandad, no solamente había iluminado esta Sede Apostólica con el resplandor de sus virtudes, sino que también había infundido tanto amor y asombro en toda la Iglesia, que verdaderamente del mismo modo que se ha excedido á todos los Romanos Gerarcas en la duracion del Pontificado, puede decirse que ha recibido en mayor número que todos ellos pruebas insignes de pública y constante simpatía.

“Por otra parte, nos desanimaba el tristísimo estado que guarda en nuestros dias, casi en todo el mundo, no solo la humana sociedad, sino también la Iglesia Católica, y especialmente esta Sede Apostólica, que, despojada violentamente de su dominio temporal, se ve reducida al extremo

de no poder ejercer en modo alguno, su plena, libre é independiente potestad.

“Empero, aunque por las razones dichas, nos hallásemos, Venerables Hermanos, dispuestos á rehusar tan grande honor, ¿con qué razon hubiéramos podido resistir la voluntad de Dios, que se nos habia dado á conocer luminosamente por la armonía de vuestros sufragios y [por aquella religiosísima solicitud con que vosotros, mirando solo el bien de la Iglesia, conseguisteis en breve realizar la eleccion del nuevo Papa?

“Por eso hemos creido de nuestro deber aceptar este cargo del Supremo Apostolado y someternos á la Divina voluntad, poniendo toda nuestra fé en el Señor, y esperando confiadamente en que Aquel que nos elevó á tanta altura, sabrá dar vigor á nuestra pequeñez.

“Y puesto que hoy, Venerables Hermanos, nos es dado dirigir desde esta lugar por vez primera la palabra á nuestro respetable Congreso, Nós, ante todo, aquí en vuestra presencia, declaramos que no puede haber para Nós en este cargo de servir á la Iglesia cosa á que debemos mayor importancia que á la de consagrar, con la ayuda del cielo, toda nuestra inteligencia á la escrupolosa custodia del tesoro de la fé católica, á la tutela inolvidable de los principios de la Iglesia y de la Sede Apostólica, á procurar sacarlos todos á salvo, dispuestos para conseguirlo á no economizar ningun sacrificio, á no dar nunca á entender que pensamos más en Nós mismo que en nuestro Pontificado.

“Para cumplir estas obligaciones de nuestro ministerio, estamos seguros de que jamás nos faltará vuestro consejo y vuestra ayuda, como tambien de que siempre ha de ser así. Lo apetece y os lo rogamus de todo corazon, deseando que os convenzais de que así lo decimos, no meramente por decirlo, sino como solemne declaracion de lo que con toda sinceridad os pedimos. ¡Oh! Bien impreso tenemos en la mente lo que dicen las Sagradas Escrituras de haberlo hecho, por mandado de Dios, Moisés, el cual,

abrumado por la pesada carga de regir todo el pueblo, reunió en torno suyo á setenta ancianos de Israel, á fin de que estos dividiesen con él la tarea y le aliviassen con su cooperacion ó su consejo en el peso de gobernar la nacion israelita.

“Teniendo ante los ojos aquel ejemplo, Nós, que, sin merecerlo, hemos sido colocados como guía y norma del pueblo cristiano, no es posible que dejemos de pedirnos á vosotros, que en la Iglesia de Dios representeis á aquellos setenta de Israel, ayuda para nuestros trabajos y consuelo para nuestro espíritu.

“Además, bien sabemos que, segun lo dicen las Sagradas Escrituras, *salutem esse ubi multa consilia sunt*; sabemos, como nos enseña el Concilio de Trento, que en la persona del Romano Pontífice la gobernacion de la Iglesia se esfuerza con el consejo de Cardenales; sabemos, finalmente, que los Cardenales, por la boca de San Bernardo, son llamados asistentes y consejeros del Romano Pontífice: por eso Nós, que durante cerca de veinticinco años hemos tenido la suerte de participar de los honores de vuestro Colegio, al subir á este Trono llevamos, no solo lleno el corazon de afecto y simpatía hácia vosotros, sino además la persuasion de tener en el desempeño de los negocios de la Iglesia, como compañeros y colaboradores de nuestra fatiga y deliberaciones, á aquellos especialmente con los cuales compartimos el honor.

“Entretanto, nos es grato y nos parece muy á propósito poder haceros, Venerables Hermanos, participantes en la alegría de una empresa que hemos visto realizarse felizmente para gloria de nuestra Religion. Esta es aquella que habia emprendido, por el bien del Catolicismo, el alma ardentísima del que fué mi antecesor, de santa memoria; Pio IX; y que ya habia sido deliberada por aquellos de entre vosotros que forman parte de la Sagrada Congregacion para propagar el Cristianismo: es el haber refflorecido la Iglesia de Escocia y restablecido en aquel noble rena-

la gerarquía Episcopal, habiendo Nós tenido, por gracia del cielo, la buena dicha de completar y proveer totalmente á dicha obra con la Bula que hicimos publicar el día 4 de este mes del corriente año.

“Y en verdad que nos ha servido de gran consuelo Venerables Hermanos, haber podido de tal manera satisfacer el ánsia ardiente del clero y fieles de Escocia, nuestros queridos hijos en Jesucristo, habiendo experimentado con muchas y grandes muestras la devocion de que están animados hácia la Iglesia Católica y la Cátedra de San Pedro; Nós alimentamos la íntima confianza de que esta obra realizada por la Santa Sede se verá coronada de frutos óptimos, y que, mediante las oraciones de los Santos protectores de Escocia, en aquel país, de día en día, los montes se vestirán de paz para aquel pueblo y las colinas de justicia.

“Por lo demás, Venerables Hermanos, no podemos dudar un momento de que vosotros unidos en una voluntad con Nós, trabajareis ardentemente por la defensa é integridad de la Religion, por el sostenimiento de esta Sede Apostólica, y por el acrecentamiento de la gloria de Dios; estando convencidos vosotros de que será comun allá arriba en el cielo la recompensa, si son comunes los trabajos hechos en pró de la Iglesia. Vosotros, entre tanto, interponiendo la eficacísima mediacion de la Virgen María Inmaculada, del celeste patron de la Iglesia San José, y de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, rogad juntamente con Nós á aquel Dios, rico en misericordias, á fin de que nos ayude siempre benévolo, con su gracia, guie hácia el bien nuestros entendimientos y nuestras obras, mejore esta época de nuestro Pontificado, y, finalmente, calmado el viento y restablecida la bonanza, conduzca al deseado puerto de la tranquilidad y de la paz á la nave de Pedro, que El, en el furor de la tempestad, ha querido confiar á nuestro gobierno.”

Esta elocuentísima Allocucion del Soberano Pontífice causó honda impresion en el Colegio cardenalicio, y fué

contestada por el Subdecano Di Pietro en términos llenos de fé, de confianza y amor. La prensa liberal italiana con aviesa intencion trató de desvirtuar las palabras del Papa, representando á este como un Pontífice parlamentario é innovador. ¿No habia comparado al Sacro Colegio con los setenta ancianos que Moisés; por orden divina, asoció al poder supremo para regir al pueblo de Israel? Error crasísimo ó insigne mala fé de esa prensa, pues ni los setenta ancianos gobernaban la nacion ni hacian las leyes, sino que eran sencillamente los Jefes de las tribus, el Consejo del legislador de los hebreos, el tribunal supremo de la administracion de la justicia; así como el Colegio de Cardenales no es más que un Consejo, sin poder legislativo ó ejecutivo, que participa del gobierno de la Iglesia universal, cuyo tribunal supremo es el Papa.

En este Consistorio, además de confirmar al Card. Di Pietro en su cargo de Camarlengo, nombró el Papa los titulares de las recién erigidas iglesias de Glasgow, Edimburgo, Aberdeen, Galloway y Argile. Preconizó tambien dos obispos para nuestra América y siete *in partibus infidelium*. Despues, conforme á los usos de la Iglesia, hizo su profesion de fé y prestó juramento á las Constituciones apostólicas.

×

En vano esperaban ó fingian esperar los liberales que el nuevo Papa atenuaría, cuando ménos, las condenaciones de Pio IX contra el progreso, el liberalismo y la civilizacion moderna: la Encíclica *Inscrutabili* disipó bien pronto esas mal fundadas esperanzas, porque en ella repitió Leon XIII todas las condenaciones de su antecesor contra los errores modernos, é hizolo de la manera más elocuente.

Que Leon XIII hablase como Pio IX, ¿por qué de ha sorprendernos? ¿no es, por ventura el Pontificado una cadena de oro, cuyo eslabon primero es San Pedro, y el postrero será el último Papa?

Pio VII, publicó su primera Encíclica casi dos meses

después de su elección (14 de Marzo de 1800 á 15 de Mayo); Leon XII pasados ocho meses (28 de Setiembre de 1823 á 3 de Mayo del siguiente año); Pio VIII á los 55 días (30 de Marzo de 1829 á 24 de Mayo); Gregorio XVI, elegido el 2 de Febrero de 1831, la publicó al cabo de 18 meses; Pio IX, elegido en 16 de Junio de 1846, lo hizo en 3 de Noviembre; Leon XIII, en fin, elegido en 20 de Febrero, hizo la publicación el 21 de Abril.

El espíritu de esta Encíclica es el mismo que informó el *Syllabus*, el mismo de la Encíclica de Pio IX, de 1864, el mismo también de los decretos del Concilio del Vaticano. Empieza Leon XIII por examinar los males de la moderna civilización, encontró su causa en el desprecio de Dios y de la Iglesia, en las calumnias levantadas al Papa, las leyes injustas é impías; en la guerra emprendida contra el episcopado católico, en la supresión de las Ordenes religiosas, en la secularización de la beneficencia, la enseñanza laica y atea, y la brecha de la Puerta Pia. Opone en seguida al cuadro de la civilización cristiana, nacida del Evangelio y desarrollada constantemente por la Iglesia, con lo cual demuestra una vez más que la Iglesia no puede reconciliarse con la civilización moderna; pues, con tal motivo, todas las declaraciones y protestas de Pio IX contra la usurpación del principado civil de la Santa Sede y contra la violación de los derechos de la Iglesia romana.

Cuando Leon XIII llama á los católicos al gran campo de batalla de las luchas contemporáneas, la enseñanza, traza magistralmente en pocas líneas el programa de ésta; que debe estar basada en la alianza fecunda de la ciencia y de la fé; cuando se refiere á la constitución y al gobierno cristiano de la familia, se ve reaparecer el pensamiento dominante de toda la Encíclica: la restauración del reino social de Nuestro Señor Jesucristo. Por último, manifiesta Leon XIII las esperanzas albergadas en su corazón, de que los hombres irán finalmente á buscar la salud en la sanción á la Iglesia, y funda sus augurios de un porve-

nir mejor para el Catolicismo en la unión admirable del episcopado y en los testimonios de adhesión y fidelidad á la Cátedra de San Pedro, dados por todos los fieles del universo católico.

×

Numerosos católicos del mundo entero se apresuraron á ir á Roma, para presentar sus homenajes de amor y filial sumisión al nuevo Papa, quien por su parte desde el siguiente día de su coronación no ha cesado de dar audiencias públicas ó privadas al clero y á los fieles.

El 22 de Febrero, dos días después de su exaltación al Trono pontificio, recibió algunas diputaciones, entre ellas la de los antiguos Zuavos pontificios. El 23 recibió gran número de eclesiásticos franceses, el 2 de Marzo una diputación de Perugia, conducida por su Obispo, Mons. Laurenzi, la cual presentó á Leon XIII un mensaje notabilísimo, con una miniatura que se reputó obra maestra. Su pueblo natal, Carpietto, no fué ménos solícito en las manifestaciones de su alborozo por el advenimiento de Leon XIII, y la Junta Municipal fué á presentarle también los homenajes de su adhesión. El Papa se sintió hondamente conmovido con estas demostraciones de una ciudad y un pueblo por quienes tiene tanto cariño, así es que sus palabras en ambas ocasiones tuvieron tierno y simpático eco.

Los Grandes y los Príncipes felicitaron también al nuevo Pontífice. Entre estos le visitaron personalmente el Duque de Parma, el Conde Enrique de Bardi, D. Miguel de Braganza, la Duquesa Luisa, Princesa de Baviera, el Príncipe Carlos Teodoro, Duque de Baviera, y su augusta esposa María Josefina, Duquesa de Braganza é Infanta de Portugal.

Los enviados del *schah* de Persia se prosternaron también delante de Su Santidad. El Conde Martini depositó á sus piés la carta y los presentes del Rey del Schoa, Melienk. Entre estos dones se hicieron notar dos volúmenes

manuscritos que contenian salmos de David y oraciones á la Santísima Virgen: el Rey africano envió tambien una cruz etiópica de plata.

El General Grant y su familia fueron presentados al Santo Padre por el Cardenal Mac-Closkey, Arzobispo de New-York. El ilustre americano pareció profundamente conmovido de las pruebas de bondad y distincion que le dió Leon XIII.

La nobleza francesa estuvo dignamente representada en Roma por algunos nombres ilustres que Su Santidad honró de una manera particular.

×

En los primeros días duraban las audiencias hasta nueve y diez horas; en una ocasion habló el Papa á doscientas personas que sucesivamente se prosternaron á sus piés. A veces, tenia que detenerse el Papa abrumado de cansancio y fatiga, y habiéndole pedido una vez sus acompañantes que suspendiera las audiencias, repuso Leon XIII, con angelical ronrisa:

—¡No, no! ¡Vienen de tan léjos esas almas queridas!

Dos peregrinaciones españolas fueron recibidas por Su Santidad, una el 27 de Mayo y la otra el 17 de Octubre.

En esta última pronunció Su Santidad el siguiente discurso.

×

“Bendito sea el Señor, que nos consuela en medio de nuestras tribulaciones y amarguras.

“Vuestra presencia, hijos muy amados, que, despreciando toda clase de peligros y penalidades, consiguientes á un largo y fatigoso viaje, habeis venido á venerar el sepulcro de los Santos Apóstoles y á consignar una vez más vuestra adhesion al Vicario de Jesucristo; vuestras palabras, inflamadas de afecto é impregnadas de veneracion, y el

tributo de vuestra piedad filial, conmueven profundamente nuestro corazón y le llena del más dulce consuelo, que es tanto mayor cuanto estamos ciertos de que sale de un pueblo lleno de fé, de una nacion noble y generosa, cuyas tradiciones y gloriosa historia presenta esculpidas tantas y tan profundas huellas de su adhesion inviolable á la Religion Católica.

“Españoles: vuestros Reyes Católicos; vuestros Obispos (algunos de los cuales vemos presentes con gran satisfaccion) que, muy adictos á la Sede Apostólica y celosos de sus prerogativas, se distinguieron tanto en todos tiempos por su virtud y doctrina, y especialmente la numerosa pléyade de Santos que florecieron siempre entre vosotros, hablan muy alto de la piedad y religion del pueblo español. Muchas de las órdenes religiosas (como decia poco há el señor Obispo) que, con los poderosísimos medios que posee la Iglesia y con las obras de la caridad más acendrada en que se inspiraron, tanto han contribuido dentro y fuera de España al verdadero bienestar de la sociedad cristiana y civil, deben á vuestra patria sus gloriosos fundadores.

“Y ahora Nos ofrece una nueva prueba de la piedad tradicional de los españoles esta numerosa peregrinacion, que con acierto habeis puesto bajo la proteccion de Santa Teresa de Jesus, intitulándola *Romería de Santa Teresa*. Esta mujer insigne, compatriota vuestra, llamada con razon Serafin del Carmelo, dotada de nobles y generosos sentimientos, y distinguida por su clarísima inteligencia, supo concebir, para mayor gloria de Dios, los más vastos proyectos y traducirlos en obras maravillosas, con singular firmeza de carácter y con ánimo esforzado, á pesar de las gravísimas dificultades y de la guerra más encarnizada que le declararon sus enemigos.

“Hoy tambien está empeñada la lucha entre la verdad y el error, entre el bien y el mal; lucha que, en nuestros días, parece ser más encarnizada que nunca, merced á los

artificios y poderosos medios con que cuentan los adversarios conjurados contra Jesucristo y su Iglesia, desconociendo así su origen sobrenatural y su misión divina en beneficio de la humanidad.

“No conviene, sin embargo, hijos carísimos, desmayar ante las contrariedades que se os presenten, ni en vista de de las fatigas que hayais de soportar; sino más bien, estimulados con el ejemplo de vuestra santa heroína, inflamados con el fuego de la caridad y fortalecidos con la esperanza de los auxilios divinos, pelead como valientes, y sobre todo, manteneos inquebrantables en la profesión pública y franca de aquella fe, que vive y obra á impulso de la caridad, que ha triunfado siempre del mundo, y ha sido constantemente la joya más hermosa y la bandera más noble de España.

“Vuestros padres, con su nunca desmentida firmeza en la fe católica, han inutilizado, aunque en época no muy remota, los esfuerzos de la herejía que intentaba introducirse y propagarse en vuestras provincias. No abrigamos la menor duda de que vosotros, separándoos, según el consejo del Apóstol, de toda innovación profana, os mostrareis hijos dignos de vuestros mayores.

“Esta unidad de fe y de religión contribuirá también en gran manera á vuestro bienestar y prosperidad temporal, estrechando maravillosamente los corazones, proporcionando á las familias paz y concordia, y promoviendo el verdadero bien y la gloria de la nación entera.

“Contad, hijos muy amados, con estas breves palabras que ha puesto en Nuestros labios Nuestra solicitud paternal por el aumento y conservación de la fe católica en vuestro reino, y que sean prenda de vivo interés y del ardiente amor que profesamos á España, sobre la cual, con todo el corazón imploramos del Dispensador de todo bien la abundancia de las gracias celestiales.

“Recibid, mientras tanto, mis queridos hijos, la bendi-

ción apostólica que de lo íntimo del alma os damos á vosotros á vuestras familias y á toda la nación española.

“*Benedictio Dei, etc.*

×

Quando los delegados de las Universidades católicas de Francia, se presentaron á Su Santidad, pronunció la siguiente alocución:

“Estoy profundamente conmovido con los sentimientos que acaba de expresarme en vuestro nombre el excelente Prelado (Mons. Sauvé, Rector de la Universidad católica de Angers) cuyos méritos y virtudes conozco largo tiempo há. Las Universidades católicas que representais, son para la Iglesia una esperanza y un consuelo. ¿Cómo no admirar la generosidad de los católicos franceses, que en tan corto tiempo han podido fundar obras tan maravillosas? La Universidad de Lila se distingue entre todas por la rapidez con que ha recaudado las grandes sumas necesarias á la organización de sus cinco facultades.

“Las de Angers, Paris, Lion y Tolosa, marchan sobre la misma vía y prometen igualmente felices resultados.

“Así es como la Francia á pesar de sus desgracias, permanece digna de sí misma, y prueba que no ha olvidado su vocación. No es extraño que el Vicario de Jesucristo se apiade de los dolores de la Francia, en quien la Santa Sede ha encontrado siempre uno de sus más sólidos apoyos. Hoy, perdido una parte de su poder, y debilitada por la excisión de los partidos, no puede dar libre expansión á sus nobles instintos. Y, sin embargo, ¿cuánto no ha hecho por la Santa Sede, en medio de sus desastres! Ya le habíamos dado los retoños de sus más ilustres familias, porque el pequeño ejército del Papa estaba compuesto en gran parte de hijos de la Francia; y cuando estos no pudieron servir con la espada la causa del Pontificado, Francia atestiguó de otras mil maneras su adhesión á la Santa Sede.

Sus ofrendas formaron siempre una parte considerable del Obolo de San Pedro.

"Tanta generosidad no podrá quedar sin recompensa. Dios bendecirá á una Nacion capaz de tan nobles sacrificios; y en la historia se escribirán todavia bellas páginas sobre la frase *Gesta Dei per Francos*."

"Nós hallamos una prenda de este porvenir feliz en las Universidades que representais en este momento, pues las sanas doctrinas, primeros elementos de la prosperidad social, se apoderarán de las inteligencias. Los profesores elegidos por el Episcopado, uniendo la pureza de la fé á la profundidad de la ciencia, formarán generaciones cristianas capaces de defender y honrar sus creencias. La familia no tardará en reconocer la superioridad de estas enseñanzas; y las Universidades católicas, bien que dependientes de la caridad de los fieles, podrán sostener ventajosamente la competencia con otros establecimientos provistos de recursos materiales superiores y sostenidos por el Gobierno. Esto es lo que yo mismo he visto en Bélgica, cuando representaba á la Santa Sede en calidad de Nuncio. La Universidad libre de Lovaina tenia ella sola más alumnos que todas las otras reunidas.

"Un éxito igual está reservado á las Universidades católicas de Francia. Yo lo deseo; y para asegurarlo invoco de Dios todopoderoso, en la plenitud de mis poderes, las más abundantes bendiciones sobre vuestras obras."

x

El 6 de Junio recibió Su Santidad al general Kansler, quien puso en sus manos numerosos mensajes de fidelidad de los Zuavos pontificios, y le presentó al mismo tiempo algunos miembros de ese mismo cuerpo, residentes en Roma.

Leon XIII, se dirigió á ellos diciendo:

"Muchas veces, en los años últimos, hemos tenido la

satisfaccion de ver en esta misma sala á los oficiales del ejército Pontificio acercarse al Trono de nuestro llorado y glorioso predecesor Pio IX, á fin de depositar á sus pies el homenaje de su adhesion y de su fidelidad inalterable por la defensa de la Santa Sede.

"La Divina Providencia, en sus secretos designios, ha dispuesto que Nós tengamos el placer de recibir á tantos ilustres defensores de la Sede Apostólica y de oír por boca de su digno general las nuevas protestas de su sincera adhesion á la Iglesia, como á la Cátedra de San Pedro y á Nuestra humilde persona.

"Nós, no podemos expresar bastantemente con palabras la vivísima satisfaccion que sentimos en este momento, y agradecemos de todo corazon al Señor, que en medio de tantos ejemplos de felonía y cuando en nuestros dias se violan tan fácilmente los juramentos más santos, os ha dado la fuerza de conservar en vuestros corazones el sentimiento tan vivo del honor y del deber, hasta el punto de merecer las bendiciones católicas y la admiracion y el aprecio de nuestros mismos enemigos.

"Nós, nos consideramos tambien feliz al dirigiros hoy nuestra palabra de alabanza y de alentarnos á permanecer firmes en vuestros propósitos, de manteneros fieles á la gloriosa bandera que habeis levantado. Y es bien justo que yo diga bandera gloriosa, porque no hay cosa más bella y más santa que defender los derechos sagrados de la Iglesia y de su augusto Jefe: ni hay gloria militar más espléndida que la de llevar muy alto el honor de esa bandera sagrada. Defendiendo el Papado, defendeis una de las más providenciales instituciones; defendiendo el Papado constituís el apoyo y el sostén de esta posicion soberana que la Divina Providencia ha creado al Jefe de la Iglesia para la independencia de su autoridad; defendiendo el Papado, le ayudais á extender en el mundo sus efectos bienhechores y saludables.

“¡Ah! Plegue al cielo que los gobiernos de los pueblos, advertidos por los últimos acontecimientos y los recientes atentados, se persuadan al fin de esta bienchechora influencia de la Iglesia y del Papado, y que devolviendo al jefe del Catolicismo su plena libertad y su independencia, preparen á sus súbditos mejores destinos y á las naciones días más prósperos.

“Pero ¡ay! La guerra contra la Iglesia dura todavía sin piedad: niégase á la Iglesia esa libertad ó independencia, á las cuales tiene derecho como sociedad perfecta; y siendo una institucion divina, las leyes humanas y el Estado quieren imponerla la dependencia de la servidumbre.

“En tales condiciones, debemos adorar profundamente los designios de Dios; y al mismo tiempo fortificarnos con el pensamiento de que su Divina misericordia vela tiernamente por el bien de su Iglesia, y de que sus auxilios están más cerca en el momento en que parecen más lejanos.

“Con esta esperanza, gloriosos campeones del derecho y de la justicia, os diremos para concluir: Permaneced fieles á vuestros deberes; que ningún acto de vuestra vida deje de eternizar vuestra honrosa carrera. Si place á Dios abreviar los días de la prueba, concediéndonos días mejores, vosotros os encontrareis en vuestro puesto, prontos á defender los derechos sagrados de la Iglesia: y si dispone otra cosa, tendreis el consuelo de haber compartido con Nós el infortunio y los reveses.

×

“Pero haríamos interminable este capítulo si quisiésemos dar cuenta de todas las peregrinaciones hechas á Roma, con las cuales los pueblos han manifestado á Leon XIII el entusiasmo de su fé y de su amor; baste decir que esas peregrinaciones se han multiplicado posteriormente, y las audiencias han tenido que ser casi diarias para poder recibir á los grandes señores, á los miembros de la aristocra-

cia y del clero, á humildes campesinos, de Italia, de Bélgica, de Polonia, de Alemania, de Francia, de Holanda, de las principales naciones.

En estas audiencias el ceremonial es idéntico al que regía en tiempos de Pio IX: sentadas ó de pié en un vasto salon las personas admitidas, que en no pocas ocasiones han sido más de doscientas, esperan conmovidas el solemne momento, porque las emociones que produce la presencia de Leon XIII no son ménos vivas ni profundas que las que inspiraba el último Pontífice.

“Leon XIII, dice un escritor, deja en los que se le acercan inefables memorias. Su estatura elevada, su frente majestuosa, su mirada llena de inteligencia, la nobleza de su persona, todo esto se borra ante el acento de incomparable bondad, de dulzura y mansedumbre con que recibe á sus más humildes hijos. La bondad de Pio IX era conocida del mundo entero. Viendo á Leon XIII he creído ver á Pio IX: nótese en el primero el mismo lenguaje, la misma ternura paternal, el mismo acento y el mismo corazón. En una sola cosa difieren esencialmente: en el rostro. Pio IX tenia una serenidad, una apariencia de fuerza y de salud, que no se encuentran en el delgado rostro de Leon XIII. Mas no es de extrañar que fatigado por las audiencias continuas, y estando siempre de pié, el nuevo Pontífice tenga las facciones un poco alteradas, ¿pero qué importan el trabajo y los sufrimientos físicos al que se consagra todo entero á la causa de la Iglesia, y no quiere con motivo de sus ocupaciones, privar á sus hijos de la dicha de ver á su padre y de ofrecerle su amor?”

×

En cuanto á las audiencias particulares, sabido es que para obtenerlas hay que dirigirse desde luego á Mons. el Maestro de Cámara. El traje de rigor se compone para los hombre de casaca y pantalon negros, corbata blanca y za-

pato bajo; las señoras deben presentarse de mantilla y falda negra; los sacerdotes de sotana y manteo de ceremonia. El maestro de ceremonias introduce al solicitante en la pieza que precede inmediatamente al gabinete del Papa. "De repente—dice un corresponsal de *Le Monde*, que tuvo la dicha de ser recibido por León XIII—se abre la puerta y el Maestro de ceremonias os anuncia, pronunciando vuestro nombre; y entráis en el gabinete particular del Santo Padre. Por tres veces os prosternáis, según el ceremonial acostumbrado, y de rodillas á los pies de ese anciano, de ese Padre tan amado, procuráis besar la cruz que lleva en sus pies como emblema de humildad y sufrimiento. Pero entonces él os tiende los brazos con inefable sonrisa: os habla, os pregunta, y os dirige algunas de esas palabras que penetran en el corazón de aquellos á quienes es dable entenderlas. Vosotros mismos, con un delicioso abandono, le confiais vuestras necesidades, y para colmo de sus favores, el Santo Padre baja la mano sobre vuestra frente, á fin de atraer las bendiciones celestiales para vosotros y para los que os son queridos, para las obras de vuestra vida y para todo lo que amáis en el mundo."

IV.

LEÓN XIII Y EL SOCIALISMO.

Alguna vez dijo el Príncipe de Bismarck, refiriéndose al *Reichstag*: "cualquier palo sirve para golpear á un perro." Y con efecto, ésta ha sido su política: se ha servido siempre de cualquier instrumento que estuviera al alcance de la mano, para el logro de sus fines, y después lo ha arrojado, cuando no le era ya útil. Así fué como el enemigo jurado de todo lo que se llama gobierno liberal ó representativo, socio ya que no amigo de Lassalle, el principal expositor y propagandista del socialismo en Alemania, se valió de los socialistas y de su prensa para empeñar ardoroso combate contra la Iglesia, en tanto que los millo-

nes arrancados á Francia hacían extragos en Berlin. Prusia había sido hasta entónces un país pobre, así es que su repentina riqueza enriqueció á muchos, así es que millares de trabajadores, después del triunfo obtenido sobre Francia, bebían champagne en vasos de peltre é iban á su trabajo en carruaje. Pronto pasó la orgía, porque pronto se agotó el dinero gastado tan locamente. La miseria orilla á los pueblos á la revolución; ésta nace las más veces en medio de los andrajos y el hambre. El pueblo se volvió naturalmente al gobierno, diciéndole: "Estoy pobre, dame dinero; estoy desnudo, dame vestido; tengo hambre, dame pan."

La legislación de Prusia, sus leyes de Falk, y una prensa que supo arrastrarse como un reptil, se habían combinado para eliminar el cristianismo de las inteligencias y de los corazones del pueblo alemán; en gran parte había desaparecido el respeto á la autoridad divina, y solo un pequeño rincón quedaba en las almas donde se conservaba algún respeto á cualquiera autoridad.

Así fué como subió el partido socialista en Alemania y más particularmente en Prusia, para extenderse á todo el mundo. El Príncipe de Bismarck vió con disgusto la aparición del nuevo partido, ¿pero no le había abierto él mismo camino con su guerra á la religión católica? Pronto enviaron los socialistas representantes suyos al Parlamento, para oponerse á las disposiciones del gobierno; quejábanse del constante aumento del ejército, de los armamentos y de las contribuciones, y la misma conciencia de su poder y de su fuerza los hizo audaces y exigentes. Entretanto, los católicos, agrupados en torno de su doctrina, con poderoso impulso y esfuerzo inaudito se lanzaron á la lid. Acudieron á las urnas, apelaron á su fé, y en corto tiempo pudieron contar con un partido en el *Reichstag*, guiado por caudillos hábiles, y capaces de ponerse frente á frente del príncipe de Bismarck. El Canciller se encontró detenido por todas partes, rompió entónces con los liberales nacio-

pato bajo; las señoras deben presentarse de mantilla y falda negra; los sacerdotes de sotana y manteo de ceremonia. El maestro de ceremonias introduce al solicitante en la pieza que precede inmediatamente al gabinete del Papa. "De repente—dice un corresponsal de *Le Monde*, que tuvo la dicha de ser recibido por León XIII—se abre la puerta y el Maestro de ceremonias os anuncia, pronunciando vuestro nombre; y entráis en el gabinete particular del Santo Padre. Por tres veces os prosternáis, según el ceremonial acostumbrado, y de rodillas á los pies de ese anciano, de ese Padre tan amado, procuráis besar la cruz que lleva en sus pies como emblema de humildad y sufrimiento. Pero entonces él os tiende los brazos con inefable sonrisa: os habla, os pregunta, y os dirige algunas de esas palabras que penetran en el corazón de aquellos á quienes es dable entenderlas. Vosotros mismos, con un delicioso abandono, le confiais vuestras necesidades, y para colmo de sus favores, el Santo Padre baja la mano sobre vuestra frente, á fin de atraer las bendiciones celestiales para vosotros y para los que os son queridos, para las obras de vuestra vida y para todo lo que amáis en el mundo."

IV.

LEÓN XIII Y EL SOCIALISMO.

Alguna vez dijo el Príncipe de Bismarck, refiriéndose al *Reichstag*: "cualquier palo sirve para golpear á un perro." Y con efecto, ésta ha sido su política: se ha servido siempre de cualquier instrumento que estuviera al alcance de la mano, para el logro de sus fines, y después lo ha arrojado, cuando no le era ya útil. Así fué como el enemigo jurado de todo lo que se llama gobierno liberal ó representativo, socio ya que no amigo de Lassalle, el principal expositor y propagandista del socialismo en Alemania, se valió de los socialistas y de su prensa para empeñar ardoroso combate contra la Iglesia, en tanto que los millo-

nes arrancados á Francia hacían extragos en Berlin. Prusia había sido hasta entónces un país pobre, así es que su repentina riqueza enriqueció á muchos, así es que millares de trabajadores, después del triunfo obtenido sobre Francia, bebían champagne en vasos de peltre é iban á su trabajo en carruaje. Pronto pasó la orgía, porque pronto se agotó el dinero gastado tan locamente. La miseria orilla á los pueblos á la revolución; ésta nace las más veces en medio de los andrajos y el hambre. El pueblo se volvió naturalmente al gobierno, diciéndole: "Estoy pobre, dame dinero; estoy desnudo, dame vestido; tengo hambre, dame pan."

La legislación de Prusia, sus leyes de Falk, y una prensa que supo arrastrarse como un reptil, se habían combinado para eliminar el cristianismo de las inteligencias y de los corazones del pueblo alemán; en gran parte había desaparecido el respeto á la autoridad divina, y solo un pequeño rincón quedaba en las almas donde se conservaba algún respeto á cualquiera autoridad.

Así fué como subió el partido socialista en Alemania y más particularmente en Prusia, para extenderse á todo el mundo. El Príncipe de Bismarck vió con disgusto la aparición del nuevo partido, ¿pero no le había abierto él mismo camino con su guerra á la religión católica? Pronto enviaron los socialistas representantes suyos al Parlamento, para oponerse á las disposiciones del gobierno; quejábanse del constante aumento del ejército, de los armamentos y de las contribuciones, y la misma conciencia de su poder y de su fuerza los hizo audaces y exigentes. Entretanto, los católicos, agrupados en torno de su doctrina, con poderoso impulso y esfuerzo inaudito se lanzaron á la lid. Acudieron á las urnas, apelaron á su fé, y en corto tiempo pudieron contar con un partido en el *Reichstag*, guiado por caudillos hábiles, y capaces de ponerse frente á frente del príncipe de Bismarck. El Canciller se encontró detenido por todas partes, rompió entónces con los liberales nacio-

nales que le habian ayudado en la guerra anticatólica, trató de aniquilar á los socialistas, y se encontró con que el falso resplandor de sus conquistas desaparecia ante el cuadro de miseria y desmoralizacion del pueblo alemán. Los católicos, unidos, disciplinados, seguian trabajando lealmente al amparo de la ley. Los socialistas trabajaban tambien, pero con deslealtad, segun su costumbre, hasta que estallaron por fin en abierta sedicion, y en corto espacio de tiempo se cometieron dos atentados á la vida del Jefe del nuevo imperio.

Por toda Europa corrió entónces el azote de los asesinatos reales. Todos los asesinos, ya fuesen alemanes, españoles, rusos ó italianos, pertenecian á alguna sociedad secreta, y las confesiones de todos ellos, durante el juicio, eran por el mismo estilo y mostraban unidad de doctrina, la doctrina socialista. Entre tanto, prominentes miembros de las sociedades secretas recibian pensiones de los gobiernos contra quienes conspiraban, así como habian sido recibidos con honores por el gobierno, el pueblo y el presunto heredero del trono de Inglaterra. Lord Palmerston, saludaba á Garibaldi sombrero en mano, mientras que Lord Gladstone se burlaba del Papa; Bismarck se sentaba á la mesa con Lassalle, en tanto que ordenaba al conde de Armin cerrase la legacion de Prusia cerca del Vaticano, á ménos que el Papa consintiese en romper la etiqueta, y permitiese al representante prusiano entrar al Vaticano en carruaje de un solo caballo.

Vino despues la guerra entre Rusia y Turquía con sus resultados y consecuencias: ella llevó á Berlin á todas las grandes potencias para que diesen nueva forma al mapa de Europa y creasen ó restaurasen algunos principados orientales del territorio que la reforma protestante y las

rivalidades de los príncipes cristianos habian permitido que ocupasen los turcos. En Berlin, es decir, en el país de donde partió el primer grito de guerra contra el Catolicismo, se reunió ese areópago que tenia por objeto poner en salvo los intereses de muchas potencias, comprometidos por el tratado de San Stéfano.

Allí reservaba la Providencia á Leon XIII uno de sus triunfos más legítimos y consoladores, pues aunque en un principio no se admitió que concurriese al Congreso de Berlin un representante de la Santa Sede, no obstante que los intereses católicos debian tener en él representacion, el Papa y su malogrado Secretario de Estado, el Card. Franchi, por la mediacion de dos potencias católicas, de Francia y Austria, hicieron llegar al Congreso una nota diplomática, relativa á los intereses del Catolicismo en Oriente, cuyos derechos estaban desconocidos, puesto que la comunicacion de los católicos con la autoridad eclesiástica se hallaba sin cesar interrumpida por la mala voluntad á la impotencia de la Puerta Otomana, y la autonomía religiosa que se concedia á los cismáticos y á los judíos se negaba á los católicos. Pero merced á la habilidad y energía del Padre Santo, el ejercicio de los derechos necesarios para el desarrollo del catolicismo en Oriente fué definitivamente sancionado por el Congreso presidido por el príncipe de Bismarck, porque uno de los primeros artículos de la constitucion de los nuevos principados proclamó la libertad religiosa.

La guerra turco-rusa, como todas las guerras, llevó á Rusia algunas ideas nuevas ó dió nuevo impulso á fuerzas ocultas que fermentaban en aquel pueblo.

La francmasonería de Italia, el comunismo de Francia, el socialismo de Alemania, aparecieron repentinamente en Rusia bajo la desnuda y espantosa forma de *nihilismo*, especie de Ismael social, como dice un escritor, que levanta

ta su mano contra todos. Despues de escapar muchas veces el czar Alejandro II de los siniestros atentados de los nihilistas, cayó finalmente á sus repetidos ataques, y su hijo y sucesor vió tambien amenazados sus dias. Pudo verse entónces cómo el gran imperio ruso, tan lleno de capacidades para bien suyo, lleno de heroismo, abnegacion y fé en las masas, lleno de corrupcion, venalidad y podredumbre en su cismática Iglesia y en el Estado, se estremecia con las convulsiones de un moribundo.

x

Por todas partes se oyó el ruido del conflicto habido entre el gigante alemán y el Vaticano, y los hombres esperaban atentos su desenlace; pero lo que cuenta la historia con respecto á todas las herejías y á todas las persecuciones, se verificó en esta vez, á la vista de todos, en una época en que los hombres son arrastrados por la corriente de la incredulidad. El altanero grito: "No iremos á Canossa," habia sido aplaudido y aceptado en un tiempo en que el mundo estaba especialmente resentido con el Pontificado que se habia atrevido á advertirle cómo caminaba por la senda del error. Pero el mundo pudo ver que de todos los elementos de la sociedad alemana, el católico romano y los que más se le acercaban en las creencias y en las obras, eran la única fuerza conservadora.

En sentido social, y más especialmente en sentido político, encontró el príncipe de Bismarck absolutamente necesaria la ayuda de los católicos, para que le fuera posible desempeñar el gobierno del país. En 1880 estaba tan desencantado con el aspecto de los negocios, que presentó su dimision y aconsejó al Reichstag formase un gobierno de coalision de los partidos católicos y conservadores, como único que podia defender el imperio y salvar el Estado. El emperador se rehusó á aceptar la dimision.

Falleció el gran Pontífice Pio IX, y fué elegido pacíficamente el nuevo Papa. Antes de ese fallecimiento

habia ya preliminares de un arreglo entre la corte de Berlin y el Vaticano, con la mira de establecer un *modus vivendi* en Prusia entre la Iglesia católica y el Estado. Un solo medio existia, pero eso sí eficaz, para alcanzar el *modus vivendi*: deshacer la legislacion injusta y anticatólica de Falk.

x

Leon XIII sucedió á Pio IX en todas las cargas que sobre él pesaban, y diez meses despues de su exaltacion á la Sede apostólica publicó su segunda Encíclica *Quod apostolici*, contra el socialismo, en la cual resaltan sus tendencias á la conciliacion de todos los poderes, y además, saliendo del campo de la metafísica, se concretan de la manera más precisa los males sociales y políticos que turban la paz de Europa y sirven de presagio á un porvenir pavoroso. Allí descubre Su Santidad las grandes úlceras que corroen el organismo del cuerpo social, representadas por todas las ideas sectarias que se presentan en son de guerra enfrente de los poderes más formidables; y fijando más particularmente su atencion en Alemania y Rusia, dá la voz de alerta á los gobiernos de ambos pueblos para que se prevengan contra el socialismo y el nihilismo, que trastornan profundamente la paz de aquellos dos poderosos imperios.

Esta última parte de la Encíclica *Quod Apostolici* tiene una intencion moral y política que no puede desconocerse, porque pone el dedo en la llaga que aniquila á Prusia y debilita las fuerzas del coloso moscovita; por lo cual la palabra del Papa produjo honda impresion en aquellos imperios, gravemente amenazados de una disolucion interior.

A la larga, el mundo fué para el Pontificado ménos hostil de lo que habia sido hasta entónces. Las lecciones de la persecucion católica en Prusia, el desórden social de toda Europa, la Comuna de Paris y los atentados á

la vida de los soberanos estaban á la vista; habia en perspectiva graves peligros para los gobernantes y los pueblos, para la moral, las leyes y la propiedad, peligros que no podian precaver las balas ni las bayonetas, peligros que solo el poder que viene de lo Alto podia conjurar. Lo que se necesitaba era curar, no matar, y la gran fuerza curativa de la Iglesia católica se puso á disposicion de los gobiernos y los pueblos.

Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que las dos primeras Encíclicas de Leon XIII fueron como el arcoiris de paz que aplacó los furiosos embates de la tempestad revolucionaria; las conturbadas naciones volvieron sus miradas hácia los principios conservadores del órden y de la sociedad, y entre ellas la Alemania muy particularmente.

El príncipe de Bismarck y el emperador Guillermo recibieron una leccion bien amarga con la persecucion anticatólica que concibieron y sancionaron. Así, al celebrar el 85º aniversario de su nacimiento, decia el emperador Guillermo á una diputacion provincial, que cada nuevo periodo de su vida le traia á la memoria cómo el Todopoderoso elije sus instrumentos para castigar á los pueblos; y volviendo á un texto que el anciano emperador ha citado con frecuencia en estos últimos tiempos preguntó quién podria considerarse hoy salvo, de entre todos los monarcas. "Los tiempos son serios, añadió; considerando que el Czar sucumbió un año há, víctima de la anarquía, ¿quién puede hoy reputarse salvo?" Y siguió encareciendo con énfasis la importancia de propagar en los pueblos los sentimientos religiosos, que son realmente la salvacion, la salvaguardia única de los Estados; precisamente lo mismo que la legislacion de Falk se habia empeñado vanamente en arrancar del corazon de los católicos alemanes!

EL VATICANO Y EL QUIRINAL.

Mientras que las potencias más hostiles á la Santa Sede se le acercan reconociendo lo que nunca debieran haber olvidado, esto es, que ella constituye la fuerza más conservadora del mundo, ¿qué hace entre tanto la Italia revolucionaria y saertilega? Al siguiente dia de la exaltacion de Leon XIII, la prensa atea y revolucionaria propaló la absurda especie de una conciliacion entre la Santa Sede y el gobierno de Humberto: "el Papa es moderado, dijo, y la conciliacion se hará, ó lo que es lo mismo, el Papa abdicará sus derechos." Pronto se desvanecieron estas esperanzas, porque Leon XIII, que cuando era Arzobispo de Perugia publicó numerosos documentos notables en defensa del poder temporal de los Papas, y entre ellos una famosa Pastoral en que trató de la manera más enérgica y luminosa este asunto tan debatido,—siguió las huellas de su santo Predecesor, y en sus Encíclicas, en sus Alocuciones y discursos formuló las más solemnes protestas y reivindicaciones de todos los derechos de la Iglesia, violados por la Casa de Saboya. No quiso tampoco acogerse á la ley de garantías ni aceptó la asignacion que en ella señalaba á los Papas el gobierno italiano.

¿Y qué se vió entonces? Que el gobierno usurpador arrojaba lejos de sí, como pesada carga, todo resto de pudor y se empeñaba en la más cruel persecucion contra un poder que no podia destruir y que consideraba como rival suyo.

Así, no sin justo motivo decia Leon XIII á los peregrinos franceses, el 15 de Octubre de 1882:

la vida de los soberanos estaban á la vista; habia en perspectiva graves peligros para los gobernantes y los pueblos, para la moral, las leyes y la propiedad, peligros que no podian precaver las balas ni las bayonetas, peligros que solo el poder que viene de lo Alto podia conjurar. Lo que se necesitaba era curar, no matar, y la gran fuerza curativa de la Iglesia católica se puso á disposicion de los gobiernos y los pueblos.

Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que las dos primeras Encíclicas de Leon XIII fueron como el arcoiris de paz que aplacó los furiosos embates de la tempestad revolucionaria; las conturbadas naciones volvieron sus miradas hácia los principios conservadores del orden y de la sociedad, y entre ellas la Alemania muy particularmente.

El príncipe de Bismarck y el emperador Guillermo recibieron una leccion bien amarga con la persecucion anticatólica que concibieron y sancionaron. Así, al celebrar el 85º aniversario de su nacimiento, decia el emperador Guillermo á una diputacion provincial, que cada nuevo periodo de su vida le traia á la memoria cómo el Todopoderoso elije sus instrumentos para castigar á los pueblos; y volviendo á un texto que el anciano emperador ha citado con frecuencia en estos últimos tiempos preguntó quién podria considerarse hoy salvo, de entre todos los monarcas. "Los tiempos son serios, añadió; considerando que el Czar sucumbió un año há, víctima de la anarquía, ¿quién puede hoy reputarse salvo?" Y siguió encareciendo con énfasis la importancia de propagar en los pueblos los sentimientos religiosos, que son realmente la salvacion, la salvaguardia única de los Estados; precisamente lo mismo que la legislacion de Falk se habia empeñado vanamente en arrancar del corazon de los católicos alemanes!

EL VATICANO Y EL QUIRINAL.

Mientras que las potencias más hostiles á la Santa Sede se le acercan reconociendo lo que nunca debieran haber olvidado, esto es, que ella constituye la fuerza más conservadora del mundo, ¿qué hace entre tanto la Italia revolucionaria y saertilega? Al siguiente dia de la exaltacion de Leon XIII, la prensa atea y revolucionaria propaló la absurda especie de una conciliacion entre la Santa Sede y el gobierno de Humberto: "el Papa es moderado, dijo, y la conciliacion se hará, ó lo que es lo mismo, el Papa abdicará sus derechos." Pronto se desvanecieron estas esperanzas, porque Leon XIII, que cuando era Arzobispo de Perugia publicó numerosos documentos notables en defensa del poder temporal de los Papas, y entre ellos una famosa Pastoral en que trató de la manera más enérgica y luminosa este asunto tan debatido,—siguió las huellas de su santo Predecesor, y en sus Encíclicas, en sus Alocuciones y discursos formuló las más solemnes protestas y reivindicaciones de todos los derechos de la Iglesia, violados por la Casa de Saboya. No quiso tampoco acogerse á la ley de garantías ni aceptó la asignacion que en ella señalaba á los Papas el gobierno italiano.

¿Y qué se vió entonces? Que el gobierno usurpador arrojaba léjos de sí, como pesada carga, todo resto de pudor y se empeñaba en la más cruel persecucion contra un poder que no podia destruir y que consideraba como rival suyo.

Así, no sin justo motivo decia Leon XIII á los peregrinos franceses, el 15 de Octubre de 1882:

.....“Pues bien; la Iglesia militante que reproduce en este mundo la imagen de la vida mortal del Salvador, debía esperar también ser tratada por los hombres como lo fué su divino Fundador. ¿No la vemos, en efecto, objeto incesante del desprecio, de las persecuciones, y del odio de los impíos? Al que por voluntad del Altísimo ocupa en la tierra el terrible cargo de Jefe supremo de la Iglesia, no podía ménos de estar reservado en todos los tiempos los punzantes dolores de Jesucristo. Pero en verdad, amados hijos, esos dolores parecen haber excedido en nuestros días toda medida, sobre todo desde que la impiedad ha establecido violentamente su sede en Roma.

“La soberanía que aun se deja al Papa recuerda la púrpura y el cetro de de Nuestro Señor en el pretorio; las calumnias, los insultos, los ultrajes con que se ve abrumado á cada instante, despiertan el recuerdo de las humillaciones sufridas por el Hijo de Dios. El Pontífice Supremo, privado de su libertad, se encuentra á merced de poderes que le son hostiles, como antes lo fueron á su Divino Maestro.....”

El odio inepto y brutal de las sectas revolucionarias y demagógicas atizado constantemente contra la Santa Sede por una prensa impudente, hicieron temer en todo tiempo á los amigos del Pontificado los más desastrosos excesos; pero inspiran ménos repugnancia y disgusto que esa astucia sin dignidad ni provecho con que teje el gobierno italiano la trama cotidiana de su política con respecto á la Santa Sede.

X

Los corazones católicos y los hombres políticos recordarán por largo tiempo las odiosas escenas, que por espacio de tres horas, de un extremo á otro de Roma, en un trayecto de 5 kilómetros, se verificaron en torno del cadáver

de Pio IX, conducido á su última morada la noche del 13 de Julio de 1880. Las tentativas furiosas y violentas que se hicieron en las tinieblas de la noche para detener y dispersar el cortejo de los funerales, los cantos obscenos que ahogaban las plegarias de los fieles, las pedradas lanzadas contra el féretro, los bastonazos, ultrajes y violencias dirigidas contra los fieles y los dignatarios eclesiásticos que lo seguían, los silbidos y gritos salvajes lanzados contra el convoy mortuorio y principalmente contra el cadáver, pues se podía desafortadamente:

¡AL AGUA EL PAPA! ¡AL AGUA EL PAPA! ¡BUTATELO AL FIUME! ¡AL TEBERE LA LAROGNA!; esas ruidosas amenazas de arrojar al agua unas cenizas venerandas, los esfuerzos que se hicieron para despedazar el carro fúnebre, este carro, ora asaltado por una banda de foragidos, ora abandonado á sí mismo y al instinto de los caballos asustados y arrastrados en rápida carrera, por los chicotazos de los agentes de policía que no veían otro remedio de evitar las indignidades y profanaciones supremas; ese conjunto de dolorosos incidentes, que el gobierno italiano pudo y debió evitar, no ya por hacer respetar la ley de garantías, no porque se trataba del cadáver de un Papa, que dicha ley considera como soberano, sino por evitar una profanación estupefanda é indigna de un pueblo culto, por mera cuestión de policía; ese conjunto de dolorosos incidentes, decíamos, esas manifestaciones salvajes del radicalismo revolucionario, produjeron un resultado inesperado: resucitaron la cuestión romana. Parecía que la diplomacia europea había tomado su decisión con respecto á las condiciones de existencia impuestas al Papado por los acontecimientos de 1870, y en la esfera política los hechos consumados estaban fuera de discusión; pero de 1880 acá ya no es así: la situación del Sumo Pontífice y las eventualidades á que podía dar lugar, comenzaron desde entonces á ser la preocupación de las Cancillerías, y el objeto de estudios serios de parte de los publicistas

ménos sospechosos de simpatía por la causa del Pontificado.

La conciencia pública pudo desde entonces apreciar mejor cuán ilógica, insostenible y llena de peligros es la actual situación de Italia ante la situación actual del Papa. Las escenas tumultuosas de la noche del 13 de Julio, revelaron palmariamente lo falso de semejante posición. El gobierno del rey Humberto nada encontró mejor para disimular el ridículo papel que hizo en aquella circunstancia que prevalerse de la existencia de la *ley de garantías*, a pesar de la cual no supo ni quiso garantizar nada.

"Una feliz experiencia de más de diez años (escribía sin vacilar el Sr. Mancini, ministro del rey Humberto, en su despacho diplomático de 27 de Julio, en el cual trataba vanamente de atribuir á *provocaciones clericales* los desórdenes aludidos), ha demostrado con qué escrupulosa lealtad y con qué entera eficacia ha velado el gobierno italiano por la seguridad é independencia del Soberano Pontífice, en el ejercicio de su autoridad espiritual..... Un accidente, artificialmente provocado, y exagerado por aquellos mismos á quienes sirve hoy de pretexto para recriminaciones, es una nueva demostración de que la soberanía italiana es la mejor de las garantías para la independencia espiritual del Pontificado"

Pero es imposible ocultarlo: el hecho característico y singularmente vergonzoso fué, que la fuerza pública no se tomó el trabajo de impedir ni de reprimir nada. En el momento en que las saturnales habían colmado toda medida y tocaban á su término, los agentes de policía, que recibieron algunos golpes de los destinados á los clericales, acabaron por aprehender, á cinco ó seis de los alborotadores.

El ministro de negocios extranjeros, deseando calmar la emoción profunda que experimentó Europa toda al saber por el telégrafo semejantes excesos, insistió en sostener la tesis de una provocación, en su citada circular.

Fingió ignorar que el gobierno había sido advertido previamente, no solo por los organizadores del cortejo fúnebre, sino también y particularmente por los delegados de las asociaciones populares y católicas. Habiendo sabido el público la hora de la piadosa ceremonia, por indiscreción de la misma prensa oficiosa, dichas asociaciones y cofradías resolvieron formar parte del acompañamiento mortuario, según es costumbre en el pueblo romano; pero como personas previsoras y prudentes, los jefes de estas sociedades tuvieron cuidado de informarse con el prefecto de policía de que este funcionario no tenía objeción que oponerles; lo cual no impidió que el Sr. Mancini escribiese á sus agentes lo siguiente: "Toda la culpa está de parte de los clericales, que osaron profanar una piadosa ceremonia, convirtiéndola en provocación y demostración política, clandestinamente organizada....."

x

Jamás recibió ningún documento ministerial un mentís más completo y sangriento que el de esta increíble circular del Sr. Mancini. Desde el siguiente día en que fué expedida, 23 de Julio, la Corte de Apelaciones examinó el juicio correccional que pocos días antes había condenado á los seis perturbadores arrestados á algunas semanas de prisión.

Y bien: ¿acaso dicha Corte redujo esa pena, ya de por sí muy insignificante? Por el contrario, manifestó solemnemente y jurídicamente la absoluta falsedad de la tesis que el ministro de negocios extranjeros quiso hacer aceptar á la Europa! Después de un relato, que aunque incompleto (1) y todo, demostró las provocaciones de los perturbadores (liberales, no clericales), terminó la sentencia de la Corte

(1) No se hizo en él ninguna alusión al art. 519 del Código Penal Italiano, relativo á los insultos hechos á los cadáveres, que se castiga según la gravedad del caso, con arresto hasta de 5 años y multa hasta de cien pesos.

de Apelaciones con el siguiente considerando: "No es más fundada la tesis de la provocacion, del sentimiento nacional herido, de la legitima defensa, invocada en favor de los acusados, á fin de descargarlos de toda responsabilidad penal. Prescindiendo de que en los delitos cometidos contra el orden público, entre los cuales se comprenden las ofensas hechas á la religion, semejante excusa sería jurídicamente inadmisibile; de la pruebas recogidas resulta que el fúnebre cortejo atravesó en perfecto orden y tranquilidad la plaza de San Pedro, cuando en la plaza Rusticucci un grupo de jóvenes que se unió al cortejo, entonó un canto incompatible con las preces religiosas, y perturbando así el recogimiento de los concurrentes dió origen á los posteriores desórdenes....."

El ministro de negocios extranjeros debió lamentar profundamente no haber esperado el 29 de Julio para firmar y expedir su circular del 27; porque de esta suerte la habría podido redactar en otros términos.

x

El ultraje hecho al Papa difunto, como lo hizo notar Leon XIII en su alocucion del 4 de Agosto de 1881, implicaba necesariamente un ultraje al Papa vivo.

Estaba, pues, trazado el procedimiento, porque el Código italiano de procedimientos penales establece este principio: "la accion penal es esencialmente pública," particularmente en materia criminal; y la ley de garantías asienta:

"Art. I. La persona del Soberano Pontífice es sagrada e inviolable.

"Art. II. El atentado cometido contra la persona del Soberano Pontífice, y la provocacion á cometerlo serán castigados con las mismas penas que el atentado contra el rey y la provocacion á cometerlo; las ofensas y las injurias públicas hechas directamente contra la persona del Soberano Pontífice, por discursos ó por actos y medios conside-

rados en el art. 1º de la ley de imprenta, serán castigados con las penas establecidas en el art. 19 de dicha ley de imprenta.

"Estos hechos son de accion pública y de la competencia del Tribunal de Apelaciones."

El artículo relativo de la ley de imprenta es como sigue:

"Art. 19.—El que por uno de los medios indicados en el art. 1º se haya hecho culpable de ofensas á la persona del rey ó á la familia real ó á los príncipes de la sangre, será castigado con prision hasta de dos años y una multa que no podrá bajar de \$200 ni pasar de \$1000, segun la persona contra quien sea dirigida la ofensa, las circunstancias de tiempo y de lugar, y calidad y gravedad del delito."

Esta disposicion está conforme con el art. 471 del Código penal italiano.

El orden judicial exigia, segun esto, que el Ministerio público, el Procurador general, el Procurador del rey ó los sustitutos de ambos, promoviesen de oficio las necesarias diligencias para que los principales promotores y organizadores del atentado fuesen buscados, arrestados y consignados á la única jurisdiccion competente en tal materia, la Corte de apelaciones.

Pero no fué así y el Ministerio público permaneció impasible: evitóse con cuidado la pesquisa de los verdaderos culpables, aunque la voz pública los designó con precision é insistencia. Juzgóse que se hacia bastante cometer el 14 de Julio, al TRIBUNAL CORRECCIONAL (!) á los 6 desgraciados que aprehendió la policia, que no eran instigadores sino instigados, y fueron sentenciados dos de ellos á 1 mes prision y 20 pesos de multa, otros tres á 6 dias de prision y 10 pesos de multa, y uno fué absuelto.

El atentado tan criminal cometido contra el cadáver de un Papa, ese atentado que envolvía tambien un delito grave contra la Santa Sede, fué castigado á título de simple y vulgar delito correccional! Y eso fué lo que dió valor al Sr. Mancini para decir á Europa, en su citada circu-

car: "La autoridad ha cumplido con su deber; ha condenado á los culpables á penas que la opinion pública ha juzgado excesivas!"

x

Pero aún hay más: la prensa oficiosa italiana no ha cesado de repetir diariamente que la ley de garantías era y debía ser la solución definitiva y más que suficiente de la *cuestión romana*, mientras la prensa intemperante de los sectarios no ha cesado de pedir la derogación de aquella ley.

El mismo Sr. Bonghi, citado ya y testigo nada sospechoso, después de significativas confesiones, en las cuales reconocía en 1881 que la situación del Papa era, en efecto, intolerable (1), no veía otro remedio que la mejor aplicación de la ley de garantías.

Esta mejor aplicación, no ha podido sin embargo resolver la cuestión, ni asegurar esa *entera eficacia* de que se envanecía el Sr. Mancini; pero por lo ménos resguardaría en cierto modo la lealtad y dignidad de la conducta del gobierno italiano, porque cuando á las reclamaciones de los católicos y á las preocupaciones de los gobiernos se ha opuesto en todas ocasiones la existencia de esa ley, sería fácil y lógico procurar su observancia, y acatarla: así lo exigía el respecto más elemental de sí mismo.

Ahora bien, un principio absolutamente contrario ha inspirado constantemente la actitud y los actos del gobierno italiano.

Las disposiciones principales de la ley de garantías reconocen en el Papa las prerogativas de la soberanía, asimilando su persona á la de los demás soberanos, y en particular á la del rey de Italia. Los atentados, ofensas é injurias dirigidas contra el Soberano Pontífice, de cualquier manera que sean, y particularmente por la prensa, debe-

(1) *Nueva Antología*, Diciembre de 1881.

rán ser castigados de igual manera que los ataques dirigidos contra la majestad del rey. La ficción de la ley considera al Papa colocado frente á frente del gobierno italiano, en las mismas condiciones de independencia é inviolabilidad internacional que los demás soberanos.

Y sin embargo, la prensa italiana, y en especial la romana, no ha cesado de hablar con lenguaje cínicamente ultrajante, no solo de la religión, de la Iglesia y de sus instituciones, sino de la persona misma del Pontífice! ¿Cómo, pues, se pregunta uno con indefinible disgusto, comprende é interpreta el gobierno su ley? Toda libertad de lenguaje respecto del rey ha sido y es bien pronto reprimida; pero los ultrajes hechos al Papa han sido y siguen siendo enteramente libres. Ante la barbarie de este hecho, las protestas de un ministro de negocios extranjeros que hablaba á Europa, en 1881, de la *escrupulosa lealtad* y de la *plena eficacia* con que se acataba la ley de garantías, revelan un pensamiento singularmente irónico.

Y para que no haya ni siquiera la excusa de que esto solo ha sido simple indulgencia, reclamada a veces por las circunstancias, el mismo gobierno italiano, de tiempo en tiempo, comete algún acto positivo y directo que es la más caracterizada violación de la cómoda ley de garantías. Así, ¿no supo el mundo con asombro en 1882, cómo ese gobierno citó ante sus tribunales al Secretario de Estado y al mayordomo de Leon XIII, en su calidad de administradores de los bienes pontificios, para que contestasen la demanda de un antiguo empleado del Vaticano, cuyos servicios pretendía no habían sido suficientemente recompensados? Y hubo un ministro italiano capaz de insertar esta singular cita en la *Gaceta Oficial*, y de pretender que un tribunal real hiciese comparecer al primer ministro del Papa, á quien la ley de garantías reconoce el carácter y prerogativas de la soberanía! Desde el momento en que el Papa, en la persona de sus ministros, es declarado con lugar á la formación de causa por los tribunales del reino

de Italia, ¿cómo pudo decirse á la Europa que aquel gobierno aseguraba *la mejor* de las garantías á la soberanía pontificia?

Pronunciada la sentencia por los tribunales italianos, en el asunto Martinucci, el Vaticano trasladó sus reclamaciones á los gobiernos europeos. Fundó su Nota del 11 de Setiembre de 1862 en la violación de la ley de garantías, sin que por esto deba entenderse que la Curia romana reconocía en derecho la repetida ley y se colocase en el terreno de los hechos consumados, no; se invocaba allí como simple argumento *ad hominem*. (1)

Si los acontecimientos del 13 de Julio hicieron ver con toda claridad la precaria situación del Pontificado, abriendo los ojos aun de los más preocupados, despertando la indignación en todos los pechos generosos, creando una atmósfera de simpatía en torno de la Santa Sede, la Nota del 11 de Setiembre puso nuevamente sobre el tapete la *cuestión romana*, y como decíamos poca há, esa cuestión comenzó á ser la preocupación de las Cancillerías.

Bismarck contestó á la Santa Sede declarando que el gobierno prusiano tomaba en consideración sus quejas, y formuló en consecuencia las naturales observaciones al gobierno del Quirinal.

¡Así fué como quedó sentado el precedente, funesto para la Italia oficial que se empeñaba en hacer creer al mundo lo contrario, de que la cuestión romana es de derecho internacional!

(1) Es notable el incidente que á propósito del ruidoso asunto Martinucci recordó la *Gaceta de Colonia*, por eso transcribimos sus propias palabras, que por nadie fueron desmentidas.

En 1875, cuando el *Kultur kampff* estaba en toda su violencia en Prusia, el príncipe de Bismarck se quejó á los ministros de Víctor Manuel de ciertas manifestaciones emanadas del Vaticano [sic], y hasta llegó á pedir que fuesen objeto de informaciones judiciales.

“Se contestó que la ley de garantías proclama los derechos y extraterritorialidad del Soberano Pontífice y del Vaticano, y que tales informaciones eran imposibles.”

¿Cómo, pues, reivindicaba el gobierno italiano en 1862 un derecho de jurisdicción civil de que no se creía investido algunos años ántes?

Hé aquí uno de los timbres más gloriosos de la profunda y sagaz política de Leon XIII.

×

El Padre Santo, con motivo de la intervención irregular y atentatoria de las autoridades italianas, publicó el siguiente:

MOTU—PROPRIO

“En la situación penosa y difícil creada á la Santa Sede por la expoliación de Roma y de sus Estados, Nós hemos creído necesario proveer, por medio de un *Motu-Proprio* especial al curso regular de Nuestras administraciones; adoptando algunas medidas extraordinarias que correspondan del mejor modo posible á las exigencias del periodo excepcional porque atravesamos.

Como fuera de las relaciones económicas y disciplinarias que rigen las diversas administraciones de Nuestra casa pontificia, pueden surgir con ellas discusiones y litigios fundados en títulos de justicia; como Nós no podemos, además, admitir en tales cuestiones de orden interior, la intrusión de autoridades extranjeras, y por otra parte, no queremos cerrar en manera alguna la vía del exámen jurídico de estos litigios y discusiones; Nós estimamos necesario proveer al curso regular de la justicia, en el modo y forma que Nos es permitido por las dificultades de Nuestra situación.

“Así, pues, en la plenitud de Nuestra autoridad, Nós instituímos por Nuestro presente *Motu-proprio* dos comisiones, compuestas cada una de tres Prelados nombrados por Nós, á los que podrá recurrir en primera y segunda instancia quien quiera que crea tener derechos y acciones que ejercitar contra las dichas administraciones.

“Estas comisiones, despues de examinar maduramente las razones de las partes, pronunciarán los derechos relativos; y en el caso de que estos no concuerden entre sí;

habrá un juicio de tercera, reuniéndose las dos comisiones bajo la presidencia del Oidor general de la Reverenda Cámara apostólica.

"Estas disposiciones serán ejecutorias, y producirán pleno efecto hasta que Nos dispongamos otra cosa.

"Nuestro Cardenal secretaio de Estado, queda encargado de establecer las reglas prácticas para su ejecucion.

"Dado en Nuestro Palacio Apostólico del Vaticano, el 25 de Mayo de 1882, año V de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

Al publicar *El Monitor de Roma* el anterior *Motu-proprio*, decia con plena justicia:

"Este documento demuestra una vez más cuán ilusorias son las garantías tan ensalzadas, y de que modo se respeta la extraterritorialidad del Vaticano. Él prueba al mismo tiempo que si la Santa Sede rechaza todo lo que es incompatible con su independencia y dignidad, no deja de acudir á la administracion de justicia, segun los medios que le permiten las presentes circunstancias."

VI.

CONCLUSION.

Importaba fijar la atencion del lector sobre los primeros actos de Leon XIII, y los principales sucesos acaecidos en el principio de su Pontificado, para comprender mejor la situacion del Papa y de la Iglesia, el influjo grandioso de un gobierno sabiamente equilibrado; pero no podriamos llevar más lejos esta gratísima tarea sin dar á los presentes Apuntes extraordinarias dimensiones; y por otra parte, trazar el cuadro de la concentracion de las fuerzas católicas en torno del Papado, demostrar cómo Leon XIII ha sabido quitar á las artes, á las ciencias, á la historia, á la diplomacia, á la piedad y á la política sus rayos más

brillantes para hacer que resplandezca el Catolicismo en toda la majestad de su grandeza y en toda la belleza de su mision, cómo ha reunido á la ciencia eclesiástica de Benedicto XIV el gusto delicado y exquisito de Leon X, el arte del gobierno de Inocencio III á la tenacidad y fuerza leonina de Gregorio VII; referir todas esas grandes cosas seria supérfluo: tantos amigos como enemigos se inclinan ante la régia y venerable figura de Leon XIII.

En esta aparicion de la *luz del cielo* se encierran tesoros de enseñanza. ¿De dónde proviene esa claridad prodigiosa? ¿Qué fuerza secreta ha suavizado tanto los resortes del gobierno pontificio, ensanchando y profundizando á la vez su accion pacificadora. Porque no debemos olvidarlo: durante este reinado fecundo en grandes hechos, Leon XIII ha logrado extinguir el cisma armenio, ha restablecido la gerarquía eclesiástica en Rumania, ha reanudado las más amistosas relaciones con las principales potencias; acaba de celebrar un Concordato con el Portugal y otro con el Montenegro; China trata de que el Vaticano le envíe un representante mientras en Holanda discute el Parlamento la restauracion de una embajada cerca del Vaticano; despues de haber solicitado la protestante Alemania la mediacion del Pontifice en la ruidosa cuestion de las Carolinas, Bismarck, ha ido *Canosa*, dando el primer ejemplo, honroso para él, de un estadista que vuelve sobre sus pasos, que deshace una obra intecua emprendida en momentos de ofuscacion, que repara por sí mismo una persecucion emprendida contra la Iglesia y de acuerdo con la Curia romana devuelve la paz religiosa á un gran pueblo. Inglaterra, la patria de Enrique VIII y de Isabel, la guardadora fiel de las tradiciones protestantes, desprendiéndose de arraigadas preocupaciones, comienza á comprender la necesidad de entablar relaciones con el Vaticano, á despecho de su aliada la Italia.

Entre las causas humanas de estas restauraciones debe señalarse, ante todo, la existencia de un programa. Leon

habrá un juicio de tercera, reuniéndose las dos comisiones bajo la presidencia del Oidor general de la Reverenda Cámara apostólica.

"Estas disposiciones serán ejecutorias, y producirán pleno efecto hasta que Nós dispongamos otra cosa.

"Nuestro Cardenal secretaio de Estado, queda encargado de establecer las reglas prácticas para su ejecucion.

"Dado en Nuestro Palacio Apostólico del Vaticano, el 25 de Mayo de 1882, año V de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

Al publicar *El Monitor de Roma* el anterior *Motu-proprio*, decia con plena justicia:

"Este documento demuestra una vez más cuán ilusorias son las garantías tan ensalzadas, y de que modo se respeta la extraterritorialidad del Vaticano. Él prueba al mismo tiempo que si la Santa Sede rechaza todo lo que es incompatible con su independencia y dignidad, no deja de acudir á la administracion de justicia, segun los medios que le permiten las presentes circunstancias."

VI.

CONCLUSION.

Importaba fijar la atencion del lector sobre los primeros actos de Leon XIII, y los principales sucesos acaecidos en el principio de su Pontificado, para comprender mejor la situacion del Papa y de la Iglesia, el influjo grandioso de un gobierno sabiamente equilibrado; pero no podriamos llevar más lejos esta gratísima tarea sin dar á los presentes Apuntes extraordinarias dimensiones; y por otra parte, trazar el cuadro de la concentracion de las fuerzas católicas en torno del Papado, demostrar cómo Leon XIII ha sabido quitar á las artes, á las ciencias, á la historia, á la diplomacia, á la piedad y á la política sus rayos más

brillantes para hacer que resplandezca el Catolicismo en toda la majestad de su grandeza y en toda la belleza de su mision, cómo ha reunido á la ciencia eclesiástica de Benedicto XIV el gusto delicado y exquisito de Leon X, el arte del gobierno de Inocencio III á la tenacidad y fuerza leonina de Gregorio VII; referir todas esas grandes cosas seria supérfluo: tantos amigos como enemigos se inclinan ante la régia y venerable figura de Leon XIII.

En esta aparicion de la *luz del cielo* se encierran tesoros de enseñanza. ¿De dónde proviene esa claridad prodigiosa? ¿Qué fuerza secreta ha suavizado tanto los resortes del gobierno pontificio, ensanchando y profundizando á la vez su accion pacificadora. Porque no debemos olvidarlo: durante este reinado fecundo en grandes hechos, Leon XIII ha logrado extinguir el cisma armenio, ha restablecido la gerarquía eclesiástica en Rumania, ha reanudado las más amistosas relaciones con las principales potencias; acaba de celebrar un Concordato con el Portugal y otro con el Montenegro; China trata de que el Vaticano le envíe un representante mientras en Holanda discute el Parlamento la restauracion de una embajada cerca del Vaticano; despues de haber solicitado la protestante Alemania la mediacion del Pontifice en la ruidosa cuestion de las Carolinas, Bismarck, ha ido *Canosa*, dando el primer ejemplo, honroso para él, de un estadista que vuelve sobre sus pasos, que deshace una obra intecua emprendida en momentos de ofuscacion, que repara por sí mismo una persecucion emprendida contra la Iglesia y de acuerdo con la Curia romana devuelve la paz religiosa á un gran pueblo. Inglaterra, la patria de Enrique VIII y de Isabel, la guardadora fiel de las tradiciones protestantes, desprendiéndose de arraigadas preocupaciones, comienza á comprender la necesidad de entablar relaciones con el Vaticano, á despecho de su aliada la Italia.

Entre las causas humanas de estas restauraciones debe señalarse, ante todo, la existencia de un programa. Leon

XIII no solamente tiene ideas generales, también tiene su plan, plan vasto y amplísimo que se impone cada vez más claramente; que ha sido el ideal de su vida y la estrella de su gobierno. Le ha sido fiel como á un talisman sagrado é infalible, como se es fiel á las convicciones acariadas y alimentadas en todas las fases de una existencia dilatada y fecunda, lo mismo en la soledad que en medio de los hombres, tanto en la administración apostólica cuanto en el seno de los más complejos y elevados asuntos políticos. Esa seguridad serena y arrogante jamás ha abandonado su alma, y aunque no siempre ha podido seguir el camino más fácil, el que conduce á un fin inmediatamente, ha sabido salvar los obstáculos.

A pesar de las luchas y de las recriminaciones, á pesar de oposiciones en apariencia insuperables, á través de ese laberinto providencial por donde pasan las cosas humanas, Leon XIII no ha desviado un solo instante su mirada del ideal que brillaba en lo alto de su Pontificado. Tenacidad y calma, abnegación humilde y dolorosa, paciencia en las pruebas, confianza del hombre lleno de fé y cálculo propio del político y del diplomático, todas esas virtudes de austero aspecto han determinado las conquistas del Pontificado y de la Iglesia en estos últimos 8 años.

A esa fidelidad á sí mismo y á su programa se debe en gran parte la pacificación religiosa de Prusia, la revisión de las leyes de Falk, esa unanimidad del Parlamento, el gobierno y la Santa Sede, á la cual Leon XIII y el Canciller de hierro contribuyeron con feliz emulación, al siguiente día de la mediación del Sumo Pontífice, que confirmó en Europa su poder político y su soberanía temporal. Desde el principio de su Pontificado con su mirada perspicaz había fijado Leon XIII los límites de la obra de pacificación. Merced á esa perseverancia, jamás desmentida, se ha modificado en Italia la opinión con respecto á la independencia pontificia. A pesar de las persecuciones, en

medio de los acontecimientos más contrarios á su idea, cuando se expoliaba á la Propaganda y hubo un momento en que el Pontificado parecía un islote sin importancia rodeado por un mar sin orillas, cuando las potencias estaban enfurecidas contra la Santa Sede é Italia convidaba á disfrutar las dulzuras de la triple alianza; en cada fase de la cuestión romana Leon XIII mantuvo su ideal, adaptándolo provisionalmente á las circunstancias. Ganar por medio de la paz la causa de la más hermosa y la primera de todas las libertades, la libertad del ministerio de las almas, ese pensamiento de unidad y continuidad resplandece en todos los actos de Leon XIII y ha dado por fruto la concentración de las fuerzas católicas, la agrupación de las potencias en torno de la Santa Sede.

×

Pero Leon XIII aduna á esta síntesis continua de su programa la forma apologética del método, porque ha revestido á este de carácter inflexible, de rigor de principios, de equilibrio perfecto, de tacto delicado en la elección de los medios, de esa belleza de lenguaje que seduce la imaginación y desarma los ánimos, de esa actitud noble y sencilla, digna y correcta en la que el más encarnizado enemigo nunca ha podido descubrir más que esta inspiración única: el bien y lo justo. Esta faz puramente humana del gobierno de las almas tiene infinito precio. Merced á Leon XIII, vemos que la moderación es la fuerza y el equilibrio el arte más fecundo, y que presentar á la Iglesia bajo sus más seductores aspectos y hacer aparecer al Pontificado, no como potencia dominadora, sino como institución social y religiosa, que proporciona á los pueblos la primera de las riquezas, la riqueza de los corazones, es imponer respeto siempre, no pocas veces la admiración, algunas ocasiones la paz.

En lo que pudiera llamarse la política interior de Leon XIII, esto es, en la misma administracion de la Iglesia, se precisa el mismo programa en el inmenso cuadro de la aplicacion práctica. Reunir todas las grandezas del pasado, juntar y concentrar todos los elementos y todas las manifestaciones del renacimiento católico en el siglo XIX y en todo orden de cosas, en teología, filosofía, estudios literarios, restauracion de la ciencia histórica, ensanchamiento de todos los horizontes y elevacion del nivel intelectual del clero, piedad, caridad, organizacion y union del bien, y progresivo desarrollo de las misiones; desprender del pasado, en todas las ramas de la actividad religiosa, lo que tienen de vivo y fuerte, adaptarlo á las necesidades del presente, colocando piedras miliarias para el porvenir: tal es la obra de Leon XIII. La unidad, la universalidad, la concentracion sintética aparecen en ella y forman sus naturales caracteres, el eslabon que une el pasado con el porvenir, resumiendo éste y preparando aquel.

Ante la sociedad contemporánea Leon XIII tiene la misma actitud, igual política de concentracion y restauracion en el bien. Sus enseñanzas con respecto al socialismo, á la francmasonería, á la constitucion de los Estados cristianos, sus Encíclicas sobre la Tercera Orden y el matrimonio, sus esfuerzos para encarrilar al mundo en la senda que conduce á la solucion del problema social; las misiones del Africa, de la Oceanía, de la Australia, de la China y el Japon, de todo el extremo Oriente, que fortifican el régimen de expansion colonial de Europa en todo el universo, toda esa organizacion de los elementos del orden contra la conspiracion y la liga del desorden y la revolucion, hace aparecer actualmente á la Iglesia como el mayor poder cosmopolita del bien ante la internacional del mal: he aquí la carta del *Instaurare omnia in Christo*, opuesta al *credo* de la anarquía; he aquí la obra doctrinal de Leon XIII. Contenida en este volumen, muestra los admirables resplandores que se desprenden del que es luz

en el cielo de su siglo, que disipa las tinieblas de los errores contemporáneos.

x

Aun no hace dos meses un católico insigne, D. Teodoró de la Riva, decia en el Circulo de las obras católicas de Ginebra, á propósito de las enseñanzas de Leon XIII:

“Aquellos de mis oyentes que hayan visitado á Roma quizá se habrán encontrado alguna vez, al caer la tarde, en la inmensa plaza de San Pedro. Hase restablecido el silencio y la calma: al incesante rumor de los carruajes, al ir y venir de los visitantes, *touristas* y peregrinos, ha sucedido el discreto murmullo de esas dos fuentes que como aquellas de Chantilly, de que nos habla Bossuet, no callan ni de dia ni de noche. Poco despues, de todas las campanas de las iglesias se eleva el cántico sagrado del *Ave Maria*, como la gran voz de la Ciudad Eterna. Poco á poco las sombras de la noche invaden la columnata del Bernini y la fachada de la Basílica, que hacia poco alumbraban los rayos del sol, y en el cielo siempre azul y siempre luminoso, claro, trasparente, se dibuja como masa sombría ese vasto palacio que es un mundo y se llama el Vaticano. Repentinamente, uno de los puntos de aquella masa oscura se ilumina; en una de las ventanas de la regia morada brilla una lámpara, semejante a un cirio que se enciende en las profundidades de una catedral, semejante á una estrella que aparece en las profundidades del firmamento. Más avanzada la noche, todavía distingue el transeunte ese fulgor, que cual si fuese un faro en medio de las tinieblas, domina á la ciudad entera. Muy á menudo persiste esa luz la mayor parte de la noche, y solo los primeros albores de la mañana la obligan á palidecer y morir.

“Ya lo habeis adivinado; ese misterioso vigilante, ese infatigable trabajador que se recoge dentro de sí mismo, que medita y ora, mientras Roma y el mundo se entregan al descanso ó á locos devaneos, es la Cabeza infalible de

la Iglesia visible, es el Vicario de Jesucristo. Desde ese gran faro del Vaticano que domina toda la tierra, su penetrante mirada escudrina y penetra las tinieblas que se amontonan sobre la humanidad. Parece que de tiempo en tiempo se deja oír una voz que viene de lo alto y le dice, como al profeta de la Escritura: *Custos, quid de nocte?* Y en efecto, el Papa es el guardian del mundo, el gran atalaya de la humanidad. A cada una de estas interrogaciones contesta el Padre Santo. El ha desenmascarado al enemigo que se ocultaba en las tinieblas, con su profunda y penetrante mirada ha examinado las llagas secretas de nuestra sociedad; entonces da el grito de alarma, señala el peligro, denuncia el mal y propone el remedio, y desde las augustas alturas del Vaticano desciende sobre Roma y sobre el mundo esa fuerte y grave palabra que el mismo mundo, por distraído ó frívolo que sea, no puede menos de escuchar.

“Ya muchas veces el santo Pontífice que en nuestros días preside la Iglesia, ha dado esos gritos de alarma que resuenan en el universo entero, porque en sus vastas solitudes no podría Leon XIII permanecer indiferente á ninguna de las miserias, á ninguna de las necesidades de la cristiandad: ora trata de defender á los gobiernos conmovidos hasta en sus cimientos por las secretas arterias del socialismo, y les recuerda los grandes principios de autoridad, de órden y discreta libertad, que son los únicos capaces de comunicarles estabilidad y fuerzas, ora procura esclarecer é iluminar á la pobre razón humana, que se conturba ó que vacila, para darla asiento en las bases inmutables de la sana filosofía tradicional. A veces el mundo desconoce la institución divina de uno de los sacramentos de la Iglesia y trata de borrar el carácter esencial del matrimonio, y él proclama sus santas leyes é imprescriptible indisolubilidad; á veces, en fin, se dirige á una de las naciones del globo para darla preciosos consejos, para hacerle tiernas y paternales reprensiones, como si fuese un

apremiante y significativo reclamo. Entonces resultan esas admirables Encíclicas, en las que los esplendores doctrinales de la verdad resplandecen bajo la moderación fuerte á la vez que apacible del lenguaje (1).”

Y en efecto, vuelva el lector la hoja, examine una por una esas enseñanzas con la veneración del creyente, y sintiendo entonces henchido su corazón de gratitud hácia Leon XIII, verá en él la realización de las palabras de Jesucristo á los Apóstoles, que se refieren de una manera especial á Pedro y sus sucesores:

“VOS ESTIS LUX MUNDI.”

Enero 3 de 1887.

(1) *Menitor de Roma*, Diciembre de 1886.

LIOTE